

David Foenkinos

La familia Martin

Narrativa Internacional Traducción de María Teresa Gallego Urrutia y Amaya García Gallego



ALEAGUARA

David Foenkinos

La familia Martin

Narrativa Internacional Traducción de María Teresa Gallego Urrutia y Amaya García Gallego



David Foenkinos

La familia Martin

Traducción del francés de María Teresa Gallego Urrutia y
Amaya García Gallego

ALFAGUARA


El valor de una casualidad es igual a su tasa de improbabilidad.

MILAN KUNDERA

1

Me costaba escribir; no avanzaba. Había pasado años imaginando muchas historias y nutriéndome muy pocas veces de la realidad. Estaba entonces con una novela relacionada con los talleres de escritura. La trama transcurría durante un fin de semana dedicado a las palabras. Pero quien no tenía palabras era yo. No sentía interés alguno por mis personajes, me aburrían tanto que me daban mareos. Pensé que cualquier relato real sería más interesante. Cualquier existencia que no fuese ficticia. Cuando iba a firmar libros, muchos lectores acudían para decirme: «Debería usted contar mi vida. ¡Es increíble!». Seguro que era cierto. Podía bajar a la calle, parar a la primera persona que pasara, pedirle que me proporcionase algunos elementos biográficos y estaba casi seguro de que iba a motivarme más que una nueva invención. Así fue como empezó todo. Me dije en serio: «Bajas a la calle, te acercas a la primera persona que veas y será el tema de tu libro».

2

Debajo de mi casa hay una agencia de viajes; paso a diario delante de esa extraña oficina sumida en la penumbra. Una de las empleadas sale a menudo a fumar delante del local y se queda ahí quieta, mirando el móvil. A veces me he preguntado en qué estaría pensando; creo firmemente que los desconocidos también tienen una vida. Así que salí de casa diciéndome: «Como esté ahí fumando, va a ser la protagonista de mi libro».

Pero la desconocida no estaba. Y yo había estado a una voluta de humo de convertirme en su biógrafo. A pocos metros vi entonces a una señora mayor que cruzaba la calle tirando de un carrito morado. Me absorbió la mirada. Esa mujer no lo sabía, pero acababa de entrar en el territorio de la novela. Acababa de convertirse en el tema principal de mi nuevo libro (si aceptaba mi propuesta, claro). Yo podría haber esperado a que llegara la inspiración u otra persona que me atrajera más. Pero no, tenía que ser «la primera persona que viera». No había *más* alternativa. Tenía la esperanza de que esa casualidad organizada me condujera a una historia emocionante o hacia uno de esos destinos que permiten comprender alguna de las apuestas esenciales de la vida. A decir verdad, lo esperaba todo de esa mujer.

3

Me acerqué, disculpándome por molestarla. Me dirigí a ella con la cortesía melosa de los que quieren venderte algo. Aflojó el paso, sorprendida seguramente de que alguien se le acercase así. Expliqué que vivía en el barrio y que era escritor. Cuando paras a alguien que va andando hay que ir al grano. Suele decirse que las personas de edad son desconfiadas, pero la mujer me dirigió en el acto una amplia sonrisa. Me sentí lo bastante a gusto como para exponerle mis planes.

—Pues verá: me gustaría escribir un libro sobre usted.

—¿Cómo dice?

—Ya sé que puede sonar un poco raro... Pero es como un reto que me he puesto a mí mismo. Vivo justo ahí —dije señalando mi edificio—. Le ahorro los detalles, pero se me ha ocurrido que me gustaría escribir sobre la primera persona con quien me cruzase.

—No entiendo.

—¿Podríamos ir a tomarnos un café para que le explique la situación?

—¿Ahora?

—Sí.

—No puedo. Tengo que subir a casa a meter algunas cosas en el congelador.

—Ah, sí, claro, me hago cargo —contesté, preguntándome si ese primer contacto no estaba tomando un giro de lo más patético. Me había animado

mucho seguir mi impulso, pero resulta que ya había llegado al extremo de escribir sobre la necesidad de no volver a congelar los productos descongelados. Pocos años después de haber recibido el premio Renaudot, notaba cómo me bajaba por la espalda el escalofrío del declive.

Le propuse esperarla en el café que estaba al final de la calle, pero prefirió que la acompañase. Al pedirme que fuera con ella me estaba brindando, ya de entrada, su confianza. Yo en su lugar no habría permitido nunca que un escritor se me metiese en casa con tanta facilidad. Sobre todo un escritor carente de inspiración.

4

Pocos minutos después estaba sentado a solas en el salón de la señora, mientras ella trajinaba en la cocina. De forma totalmente inesperada, me embargó una intensa emoción. Mis dos abuelas llevaban muchos años muertas y hacía mucho que no me encontraba así metido en el decorado de la vejez. Había tantas cosas en común: el hule, el reloj ruidoso, los marcos dorados rodeando la cara de los nietos... Con el corazón oprimido, me acordé de cuando iba a visitarlas. No nos decíamos nada, pero me gustaban nuestras conversaciones.

Mi protagonista volvió trayendo una bandeja con una taza y unas pastas. No se le ocurrió poner algo para ella. Para tranquilizarla, le conté mi trayectoria en pocas palabras, pero no parecía preocupada. La idea de que pudiera ser un hombre peligroso, un impostor o un manipulador no se le había pasado por la cabeza. Más adelante le pregunté a qué se había debido ese exceso de confianza. «Tiene usted cara de escritor», me contestó, dejándome un tanto perplejo. A mí, la mayoría de los escritores me parecen libidinosos o depresivos. A veces, ambas cosas. Así que, para esta mujer, tenía la cara adecuada para mi trabajo.

Qué ganas tenía de descubrir mi nuevo argumento de novela. ¿Quién era? Lo primero era saber cómo se llamaba:

—Tricot —me desveló.

- ¿Tricot, como de tricotar?
- Sí, eso es.
- ¿Y el nombre?
- Madeleine.

Así que me hallaba en presencia de Madeleine Tricot. Un nombre que me dejó dubitativo unos segundos. Nunca habría sido capaz de inventarlo. A veces me he pasado semanas buscando el nombre o el apellido de un personaje, completamente convencido de la influencia de la sonoridad en un destino. Era algo que me ayudaba incluso a entender algunos caracteres. Una Nathalie no podía portarse como una Sabine. Sopesaba los pros y los contras de cada denominación. Y resulta que, sin tener que cavilar, tenía una Madeleine Tricot. Esa es la ventaja de la realidad: se ahorra tiempo.

En cambio, hay un inconveniente de envergadura: la falta de alternativas. Había escrito ya una novela sobre una abuela y la problemática de la vejez. ¿Iba a tener que someterme otra vez a ese tema? La verdad era que no me entusiasmaba, pero tenía que aceptar todas las consecuencias del proyecto. ¿Qué interés tendría la cosa si empezaba a distorsionar la realidad? Tras pensarlo, se me ocurrió que no me había encontrado con Madeleine por casualidad: los escritores tienen con su tema predilecto una relación no muy distante de la cadena perpetua.^[1]

Madeleine llevaba cuarenta y dos años viviendo en el barrio. A lo mejor ya me había cruzado con ella, acá o allá, pero su cara no me sonaba de nada. Dicho lo cual, yo todavía era relativamente nuevo por allí, pero me gustaba pasarme horas recorriendo las calles para pensar. Soy de esos para quienes escribir está emparentado con una forma de anexionar un territorio.

Madeleine debía de saberse la historia de muchos de los moradores del barrio. Debía de haber visto crecer niños y morir vecinos, debía de saber detrás de qué comercio nuevo se ocultaba una librería desaparecida. Seguramente pasarse la vida entera en el mismo perímetro conlleva cierto

placer. Lo que yo veía como una cárcel geográfica era un mundo de referencias, de evidencias, de protecciones. Mi afición inmoderada por la huida me impulsaba muchas veces a mudarme (también soy de esa clase de gente que nunca se quita el abrigo en el restaurante). A decir verdad, me gustaba alejarme del decorado de mis recuerdos, al contrario que Madeleine, que seguramente iba pisando a diario por las huellas de su pasado. Cuando pasaba delante de la escuela de sus hijas, quizá volvía a verlas corriendo hacia ella y echarse en sus brazos gritando: «¡Mamá!».

Aunque aún no fuéramos íntimos, nuestra charla había arrancado de forma muy fluida. Al cabo de unos minutos, a los dos se nos había olvidado, me parece, el contexto de nuestro encuentro. Lo cual confirma algo evidente: a la gente le gusta hablar de sí misma. Un ser humano es un condensado de autoficción. Notaba que Madeleine estaba radiante al pensar que le interesaba a alguien. ¿Por dónde íbamos a empezar? Lo último que quería yo era guiarla por la jerarquía de sus recuerdos. Acabó por preguntarme:

—¿Tengo que empezar por hablarle de mi infancia?

—Bueno. Pero no es obligatorio. Podemos empezar por otras épocas de su vida.

—¿...?

Pareció un poco perdida. Era preferible que la guiase por el laberinto del pasado. Pero, en el momento en que iba a empezar a entrevistarla, giró la cabeza hacia un marco pequeño.

—Podríamos hablar de René, mi marido —dijo—. Hace mucho que murió... Así que le gustará que hablemos primero de él.

—Ah, de acuerdo —contesté, tomando nota de paso de que, además de a los lectores vivos, también iba a tener que contentar a los muertos.

Entonces Madeleine inspiró hondo, como si fuera a bucear a pulmón libre y los recuerdos, precisamente, estuviesen ocultos bajo el agua. Y el relato empezó. Había conocido a René a finales de la década de 1960, en el baile del 14 de julio en un cuartelillo de bomberos. A una amiga y a ella se

les había metido en la cabeza buscarse a un guaperas para bailar. Pero fue una silueta más bien enclenque la que se le acercó. De entrada a Madeleine la conmovió ese hombre; se le notaba que no solía acercarse a hablar con desconocidas. Lo cual era cierto. Algo excepcional habría sentido, en el cuerpo o en el corazón, para tener la osadía de lanzarse así.

René le contó más adelante las razones de su turbación. Según él, Madeleine era clavada a la actriz Michèle Alfa. Igual que me ocurría a mí, Madeleine no la conocía. Hay que señalar que no hizo demasiadas películas después de la guerra. Al descubrir su cara en una revista, la joven se quedó sorprendida: el parecido era remoto. En el mejor de los casos, podía decirse que se daban un aire. Pero, para René, Madeleine era casi la doble de esa actriz poco conocida. Esa emoción tenía origen en una dimensión distinta. Aquello lo había remitido a un episodio aterrador de su infancia, durante la guerra. Su madre pertenecía a una red de la Resistencia. Una vez que la perseguía la milicia, escondió al niño en un cine.^[2] Muerto de miedo, René se aferró, por decirlo de alguna manera, a las caras de la pantalla. La de Michèle Alfa se había convertido en una inolvidable fuerza protectora y reconfortante. Y resulta que, algo más de veinte años después, volvía a encontrar una de sus expresiones en la mirada de una mujer con la que se había cruzado en el baile de los bomberos. Madeleine le preguntó el título de la película. *La aventura está en la esquina*, le contestó René. Disimulé mi pasmo: era un curioso guiño a mi proyecto.

Madeleine tenía por entonces treinta y tres años. Todas sus amigas estaban ya casadas y con hijos. Se planteaba si no le habría llegado el momento de «ser formal». Aclaró que usaba esa palabra refiriéndose al libro de Simone de Beauvoir *Memorias de una joven formal*, publicado unos años antes. Aunque no pretendía faltarle al respeto a su marido, prefería decirme la verdad: por entonces había hecho más caso al cuchicheo de la razón que al de la pasión. Le gustaba mucho que la quisiera un hombre reconfortante y seguro de lo que sentía; tanto que hasta le resultaba posible olvidarse de lo que sentía de verdad. Con el tiempo, la delicadeza de René acabó triunfando. No quedaba ya la menor duda. Madeleine lo había querido. Pero nunca había notado por él los estragos de su primer amor.

*

Calló un instante, sin duda con reticencias ante la perspectiva de recordar esa historia que parecía dolorosa. «Hay sufrimientos que no cicatrizan nunca», pensé. Por supuesto, me intrigaba esa referencia a una pasión trágica, con toda verosimilitud. Para mi novela, me parecía una pista que había que tomarse en serio. Las confidencias que ya me estaba haciendo Madeleine eran tan espontáneas que no quería forzarla pidiéndole que desarrollase aquello que acababa de esbozar. Ya volvería a salir más adelante. Y, aunque no puedo desvelar ahora mismo lo que iba a saber más adelante, sí que puedo anunciar que esa historia, por su naturaleza intensa, va a ocupar un lugar determinante en el relato.

*

Por ahora, sigamos con René. Después de conocerse en el baile, se prometieron volver a verse muy pronto. A los pocos meses ya estaban casados y, a los pocos años, eran padres. Stéphanie nació en 1974 y Valérie, en 1975. Por entonces era bastante inusual convertirse en madre casi a los cuarenta. Madeleine lo había ido retrasando más que nada por razones profesionales. Aunque había disfrutado de la maternidad, le habían sentado muy mal las consecuencias que había tenido para su carrera. Bajo su punto de vista, era una injusticia que les imponía a las mujeres una sociedad de hombres. «Y mi marido, en cambio, trabajaba cada vez más. Muchas veces yo estaba sola con las niñas...», dijo entonces con lo que aún sonaba a amargura. Pero parecía bastante inútil echárselo en cara a un muerto.

Seguramente, René no había caído en la cuenta de lo frustrada que se sentía su mujer. Estaba orgulloso de su trayectoria en la RATP, el consorcio de transportes de París. De simple conductor de metro había acabado en uno de los mayores puestos de responsabilidad del consorcio. Para él era una segunda familia, hasta tal punto que la jubilación le cayó como una condena a muerte. Madeleine se encontró con un marido completamente desvalido. «No soportó quedarse sin hacer nada», repitió tres veces, cada vez más bajo. Hacía ya veinte años que se había ido, pero nuestra conversación otorgaba al pasado el brillo de una emoción muy reciente. René se

levantaba por las mañanas como un combatiente sin guerra. Su mujer lo animaba a volver a estudiar, a dedicarse a algún voluntariado, pero él rechazaba toda proposición. A decir verdad, le había herido profundamente la forma en que todos sus antiguos compañeros se habían ido desentendiendo de él. Se dio cuenta de la absoluta vacuidad de las relaciones que había trabado y, a partir de ahí, todo le pareció absurdo.

Un cáncer de colon acompañó esa decadencia; una forma de poder ponerle nombre a un estado difuso. El día del entierro, apenas un año después de la jubilación, acudieron muchos directivos y empleados de la RATP. Madeleine los miró uno por uno sin decir nada. Algunos pronunciaron unas palabras durante la ceremonia, elogiaron a un hombre recto y cordial, pero él no estaba allí para oír esos tardíos testimonios de una amistad indeleble. A su mujer le pareció un comportamiento francamente patético, pero no dijo nada. Cedió más bien al recuerdo de lo bonito que había habido entre ellos, esa forma de apacible entendimiento. Habían llevado a cabo tantas cosas juntos, habían tenido alegrías y penas, y ahora todo se había acabado.

De qué manera tan viva habló Madeleine de René (casi se podía creer que iba a aparecer en el salón para unirse a nosotros). Desde mi punto de vista, era la posteridad más hermosa; seguir existiendo en un corazón. Me pregunté cómo era posible sobrevivir al amor de una vida. Pasar cuarenta o cincuenta años con una persona, tener a veces la sensación de que es tu propio reflejo en el espejo, y luego un día ya no queda nada. Al estirar la mano tocas el aire, notas movimientos raros en la cama o dices palabras que se convierten en conversaciones huérfanas. No vives solo, sino con una ausencia.

Madeleine, al final, me dijo: «A lo mejor podríamos ir a hacerle una visita al cementerio». Escurrí el bulto cortésmente, pretextando que yo no era quién (cada cual tiene sus disculpas). Sobre todo, no quería dejarme embarcar en escribir una novela que sirviese de regadera para las flores de

una tumba. Prefería dedicarme a los vivos. Aproveché para sacar a colación a sus hijas. El nombre de Stéphanie causó en el acto una incomodidad. No podía preguntar a Madeleine de frente; debía tener paciencia con la certeza de que pronto conseguiría iluminar todas las zonas oscuras.

Stéphanie se había ido a vivir a Boston, después de conocer a un estadounidense. Casi cabía pensar, al oír a Madeleine, que su hija se habría casado con cualquier hombre con tal de que no fuera francés. Por lo demás, no parecía saber gran cosa sobre el estadounidense ese. Las pocas veces que Madeleine lo había visto, siempre había estado sonriente a más no poder. Pero, según ella, esa sonrisa era como *una grieta en una pared*, solo te fijabas en eso, así que te olvidabas de la pared y de la casa de alrededor. Trabajaba en un banco, pero Stéphanie nunca entraba en detalles. Se comunicaba con su madre por Skype y a Madeleine le desesperaba tener esa clase de conversaciones virtuales con su hija y sus dos nietas. La verdad es que resultaba complicado para darles un abrazo. Y, además, había otra cosa: el idioma. No entendía por qué Stéphanie no hablaba francés con sus hijas. Madeleine oía así, a través de la pantalla del ordenador, unos «Hello, mamie» y «Happy birthday, mamie» el día de su cumpleaños. Era como una barrera adicional que construía su hija.

Menos mal que Valérie vivía en el barrio y pasaba a verla casi todos los días. Madeleine se puso a sonreír: «¡A una no la veo nunca y a la otra casi la veo demasiado!». No era algo hilarante, pero me tomé como una buena noticia que mi protagonista tuviera cierto sentido del humor o cierta capacidad para reírse de sí misma. Pero me parecía admirable que una mujer de mi edad fuera con tanta frecuencia a ver a su madre y a preguntarle si necesitaba algo. Valérie debía de ser la clase de persona con quien se puede contar, que debía de «cargar con todo», como suele decirse para hablar de esas vidas plagadas de obligaciones familiares y de permanente abnegación. Simple suposición, tanto más cuanto que Madeleine prefirió no extenderse más acerca de sus hijas. Yo había notado claramente una separación entre las dos hermanas. Iba a enterarme más adelante de que ya no se dirigían la palabra y las razones de un conflicto que se remontaba a muchos años antes.

Estaba contento con estas primeras confidencias. Mi novela avanzaba más allá de mis expectativas. Pero no debía cantar victoria. Desconfío de lo fácil. Todo lo obvio lleva consigo un regusto anticipado de desastre. Esa certidumbre me convierte sin duda en un pesimista; así son las cosas, prefiero anticipar las decepciones. Tenía tantas esperanzas puestas en que la vida de Madeleine no terminase en una enésima novela sin acabar...

Por el momento, no había nada que temer. Ella se abría espontáneamente y yo la dejaba que fuese a la deriva por sus recuerdos sin guiarla nunca. Tras dejar de lado rápidamente el tema de sus hijas, llegó con toda naturalidad a hablar de su profesión. Había trabajado de modista, sobre todo con Karl Lagerfeld. La interrumpí en el acto; ¿no le parecía curioso apellidarse Tricot y dedicarse a esa actividad? Era como si estuviera predestinada, ¿no?[3] Debían de llevar toda la vida repitiéndole machaconamente eso mismo: no andaba yo muy fino con mis comentarios. Me puntualizó que se trataba del apellido de su marido y que cuando lo conoció ya trabajaba en esa profesión. Pero yo llevaba razón, en su segunda cita René le había dicho: «Usted es modista y yo me llamo Tricot. Estamos hechos el uno para el otro». Él tampoco debía de tener siempre réplicas ocurrentes. Pero Madeleine había sonreído y ocurre que comprometemos toda una vida por una sonrisa.

Aproveché para preguntarle qué opinaba de Lagerfeld. «Era el hombre más sencillo que puede haber —contestó—. Sin ninguna complejidad. Se podía entender todo a la primera». No era para nada la imagen que tenía yo de él. Me permití fugazmente una digresión mental: esa información era muy positiva para mi libro. En el caso de que Madeleine acabase resultando un poco decepcionante, desde un punto de vista novelístico, se entiende, siempre podía ir destilando por acá o por allá elementos sabrosos acerca del gran creador alemán. Lagerfeld tenía todas las cualidades para ser un tema de repuesto emocionante.

Habló maravillada de los que parecían haber sido los años más hermosos de su vida; los años Chanel. Nunca podría olvidar la llegada de Lagerfeld, en un momento en que la casa había perdido su prestigio. Incluso se había hablado de cerrarla. Cuando el modista se presentó por primera vez, cruzó en silencio por todas las plantas. Un caminar errante que a todos se les hizo eterno. Nadie sabía lo que iba a hacer; ¿iba a aceptar la propuesta de hacerse cargo de las colecciones? Observó atentamente los tejidos, se impregnó del ambiente del lugar. A Madeleine le pareció particularmente guapo. Al contrario de lo que podría pensarse, no era un hombre rápido. Él, que adoraba los libros, caminaba como quien pasa las hojas de una novela. Acabó por acercarse a ella y hacerle unas cuantas preguntas: ¿desde cuándo llevaba allí? ¿Qué opinaba de la empresa? ¿Cómo veía el futuro? Era esa sencillez la que nunca se le había olvidado. La de tomarse tiempo para pensar y escuchar a los presentes. Ese mismo día, a última hora de la tarde, volvió con unos cuantos bocetos. No dijo que sí, fue un acuerdo implícito. Y así fue como surgió el segundo aliento increíble de Chanel.

Madeleine tenía cincuenta años, sus hijas se iban convirtiendo en adolescentes; su educación, en menos voraz, y ella podía implicarse como nunca en su trabajo. Le gustaba el frenesí de los desfiles, cuando todo el equipo se afanaba en medio de la histeria entre bastidores; era la gran época de Inès de La Fressange, mujer elegante y adorable según Madeleine. «Vino incluso a mi copa de despedida, que no es poca cosa, la verdad...». Una vez más, Madeleine pareció emocionada al recordar el pasado. Todo le parecía tan cerca... Hay épocas remotas que dan la impresión de que vamos a poder tocarlas si alargamos la mano.

Sonrió al recordar los excesos de ese oficio. Cada colección adquiría proporciones demenciales con esa sensación de poder inventar una época con un trozo de tela. Con eso se volvían todos un poco locos. Se acordó de tantas riñas que parecían fútiles vistas con perspectiva; peleas entre ignorantes de lo efímero: ahora estaban en pie de igualdad bajo tierra. La evocación de ese pasado febril, de rebote, devolvió a Madeleine a una vida cotidiana carente de proyectos. Quizá mi presencia le diera una razón de ser

algo distinta a sus horas. En cualquier caso, mi entusiasmo parecía hacerla feliz.

Luego empezó a hacer pausas, a mostrarse menos precisa, a repetir las mismas anécdotas. Seguramente era el cansancio por llevar hablando más de dos horas. No debía agotar mi manantial. Le propuse dejarla descansar, pero me pidió que por favor me quedase un ratito más: su hija estaba al caer.

Valérie era exactamente como me la había imaginado. No había visto ninguna foto suya, pero, escuchando a Madeleine, había trazado una silueta en mi mente que resultaba que tenía un parecido. Era una mujer más bien elegante, pero se le podía notar como un cansancio en esa apariencia. Dicho lo cual, su actitud debió de influir en mi primera impresión. De entrada, mostró desconfianza hacia mi persona y, sin discreción alguna, dejó que la sospecha asomara en sus ojos. Era comprensible: su madre había metido en casa a un desconocido que la acribillaba a preguntas. Estaba claro que Valérie me tomaba por un timador, lo que, por lo demás, no andaba tan lejos del oficio de escritor.

Me volvió a preguntar:

—¿Se han encontrado en la calle y mi madre le ha propuesto que viniera a tomar un té a su casa?

—Eso es.

—¿Y le ocurre muy a menudo lo de subir así, de buenas a primeras, a casa de las señoras mayores?

—Voy a explicárselo todo. Soy escritor...

Valérie se acercó a su madre:

—¿Estás bien, mamá?

—Muy bien —contestó Madeleine con una amplia sonrisa que pareció sorprender a su hija.

Para intentar apaciguar los ánimos, escribí mi nombre en el buscador del móvil y se lo alargué a Valérie. Pudo comprobar que no estaba mintiendo, que había publicado ya muchos libros y que algunos habían tenido cierto éxito. Aprovechando esta imagen, ahora positiva, le volví a explicar el porqué de mi presencia. Desconcertada, contestó:

—¿Un proyecto literario? ¿Mi madre... un proyecto literario?

—Sí.

—¿Mi madre? ¿Un proyecto literario?

—Es una idea un tanto peculiar, lo reconozco... Pero decidí parar a la primera persona con la que me cruzase por la calle... y escribir sobre ella.

—¿Y le tocó a mi madre?

—Sí. Se me ocurrió que cualquier vida podía ser apasionante.

—Seguramente. Sí, seguramente. Pero ¿a quién le van a interesar las historias de mi madre? Si incluso yo, que soy su hija, a veces desconecto.

—Créame, tendrá fuerza. Me ha hablado de su padre, de su hermana..., de Lagerfeld.

—Anda, ¿y qué le ha dicho de mi hermana?

—¿Ve usted? Sencillamente... Esa forma que tiene de hacerme la pregunta..., de forma un tanto vehemente..., me hace pensar que...

—Ah, ya lo he pillado. Su novela es para desenterrar las historias familiares. Todo lo que duele.

—De ninguna manera..., nunca haría nada en contra de su voluntad.

—Eso es lo que dicen todos. No leo muchas novelas contemporáneas, pero me queda muy claro que escribir es, a menudo, saldar las propias cuentas pendientes.

—...

No sabía qué contestar. No le faltaba razón. Las novelas se venden cada vez menos y eso, a la fuerza, aumenta la atracción de los editores por las polémicas y las confesiones escabrosas. ¿También a mí me suponía una tentación? No podía negar que esperaba de mi protagonista unos cuantos secretos familiares con los que entrasen ganas de pasar páginas. Detrás de mi expresión apasionada por la vida de una abuela, no era sino un vampiro sediento de desastres. Seamos sinceros, la felicidad no le interesa a nadie.

—¿No dice usted nada? —añadió Valérie.

—Disculpe, disculpe..., estaba pensando. Comprendo muy bien lo que siente. Piensa que lo que va a interesarme es lo doloroso. Prefiero ser honrado con usted: no puedo garantizarle nada. Su madre ha aceptado hablar conmigo y debo tener libertad para transcribirlo. Pero no tiene obligación de decírmelo todo...

—Sabe muy bien lo que va a pasar. Se sentirá cómoda con usted, es mayor, no se da cuenta de todo.

—¿Por qué dices eso? —intervino Madeleine, muy seca.

—Perdona, mamá. No era eso lo que quería decir. Solo quiero comprobar las motivaciones de este señor.

—Repito que entiendo sus reticencias —dije—. Pero mis intenciones no son malas...

Valérie me miró fijamente en silencio antes de indicarme con el gesto que fuera con ella a la cocina. «Enseguida volvemos», le dijo a su madre, a quien apenas pareció extrañar que la dejaran así al margen de una conversación que tenía que ver con ella. Esas cosas, con la edad, se convierten seguramente en una costumbre, hablan de ti como si tu opinión no contase. Según seguía a Valérie, volví a pensar en su vehemencia. ¿Por qué había afirmado que «no se da cuenta de todo»?... Hubiérase dicho que tenía miedo de algo, miedo de que su madre me revelase por inadvertencia cosas demasiado íntimas o molestas.

Ya en la cocina, empezó a hablar muy bajito. Con visible apuro, hilvanó unas cuantas frases con las precauciones habituales. Antes de explicar que mi proyecto con su madre seguramente resultaría complicado porque estaba perdiendo la memoria. Ya sospechaba yo que con la edad la precisión de los recuerdos se difuminaba un poco. Pero Valérie añadió: «Padece un principio de alzhéimer. Todavía resulta manejable, pero día a día voy viendo que es cada vez más difícil, que se le olvidan momentos de su vida, nombres...». Yo no había notado nada, Madeleine se había pasado dos horas navegando por su vida con absoluta claridad. Valérie apuntó lo estimulante que podía resultar el primer encuentro, como esas sesiones iniciales en la consulta del psiquiatra que parecen extraordinarias: lo sueltas todo con un alivio extático y luego, con el tiempo, te das cuenta de que, más que elevarte, te hundes más.

Madeleine había parecido dichosa yendo a buscar los recuerdos en lo hondo de su memoria, como para demostrarse a sí misma que ella era una novela, cada una de cuyas páginas conocía.

—Creo que mi proyecto solo puede sentarle bien —me permití decirle a Valérie.

—No lo dudo. Y es evidente que será interesante hablar con usted, pero me temo que al cabo de un rato se tope con sus propias incapacidades.

¿Entiende usted por qué me agobio? De momento, mi madre se encuentra bien, pero no sabe que padece los primeros síntomas de alzhéimer. Solo es que no me apetece que su proyecto le haga daño...

En aquel momento, esa mujer a quien yo no conocía dejó de hablar, como si se le hubiera echado encima la emoción. A mí me había parecido suspicaz, e incluso un poco agresiva, pero ahora entendía que estaba defendiendo a su madre; la defendía como se defiende un territorio que ataca el enemigo y que cada día merma un poco más. Le habría dirigido una sonrisa, algo compasiva, pero me avergonzaba de esa sonrisa, pues era una sonrisa embustera. Lo cierto es que estaba pensando en mi novela. Como para todo escritor, eso era lo único que contaba. Pensé: «Tu proyecto es parar a una persona para escribir sobre ella y das con alguien que está perdiendo la memoria». La ironía era demasiado grande. Pero en el acto recapacité; a lo mejor era magnífico escribir sobre la memoria que se desmenuza, podía dejar páginas en blanco, capítulos inválidos.

Decidí entonces que iba a espaciar las visitas, no cansar a mi protagonista. Podía, sin más, pasar un rato con ella, sin tener por qué pensar en la rentabilidad. Paseos por el barrio o compras en el supermercado, momentos de la vida cotidiana, todo podía resultar interesante. Valérie interrumpió mis divagaciones:

—Por supuesto que me parece estupendo que escriba sobre mi madre. Me parece hasta cierto punto una locura, pero estupendo. También lo veo como un regalo para mis hijos, pero...

—Pero ¿qué?

—Me gustaría proponerle algo.

—Sí, dígame.

—Supongo que, si escribe sobre mi madre, también va a querer hacerme preguntas a mí.

—Sí, probablemente.

—En ese caso, podría también escribir sobre mí. En fin, no sobre mí, sino sobre toda mi familia. Mi marido, mis hijos.

—La verdad es que eso no es lo que tenía planeado...

—¿Su proyecto no es ir siguiendo a una persona real?

—Sí.

—Nada le impide ampliar ese proyecto a sus allegados. No sé si somos interesantes, pero siempre habría cosas que contar.

—Desde luego, pero...

—Mire, le propongo esto para colaborar. No me apetece decirle que se vaya a la calle a buscar a otra persona.

—...

Se quedó callada un momento y luego añadió:

—He visto que su presencia le ha sentado bien. Lo he visto nada más llegar. Pero mi intuición me mueve a hacerle esta propuesta. No quiero que mi madre sienta que todo su proyecto se basa en ella. Me da miedo.

—...

No sabía qué pensar de la propuesta. La veía como una infidelidad a mi intuición primitiva. Pero mi proyecto era someterme al azar y nada me impedía continuar siguiendo ese azar. Valérie elogió un rato las ventajas de su oferta y entendí por qué actuaba así. No quería ponerle trabas a una aventura que, vista su sonrisa, había entusiasmado a su madre. Pero deseaba aligerar un dispositivo que corría el riesgo de presionar una memoria titubeante. Por lo demás, parecía que no me quedaba otra alternativa.

Volvimos al salón y Valérie anunció: «Ya está todo arreglado, mamá. Un escritor va a escribir tu vida. ¿A que es bonito? Y también va incluir la nuestra. Por cierto, esta noche me lo llevo a cenar a casa...». Así que, en efecto, no me quedaba otra alternativa. Pero no dejaba de ser un descanso tener unos personajes que se hicieran cargo de la narración.

Así fue como me encontré cenando con una familia que no conocía de nada. Yo, que esquivaba todas las invitaciones y otros actos sociales incómodos, me hallaba en el centro de una situación de lo más inverosímil.

Al presentarme, Valérie les anunció a su marido y a sus hijos que iba a cenar con ellos con el objetivo de escribir un libro. En los ojos se les veía como perplejidad. Una muchacha, a quien me habían presentado con el nombre de Lola, masculló: «¿Y esta nueva locura de mamá?». A lo que su

hermano respondió: «Me gustaba más lo de la alfarería». Su madre los interrumpió con un «¡que os estoy oyendo!». Patrick, el marido, no dijo nada. Podría haber sido cordial, preguntarme si quería beber algo, parecerle graciosa la situación, pero qué va, tenía toda la pinta de un hombre que tiene que aguantar un capricho de su mujer. Lucía una muequecilla dubitativa destinada a mostrarle a Valérie que aceptaba, para complacerla, una situación absurda. Pero ella sabía ser convincente; en pocas horas se había convertido en embajadora de mi búsqueda literaria.

Cuando estuvimos todos sentados a la mesa, pasó un ángel. Todo el mundo esperaba que yo hablase, seguramente que hiciera preguntas. Acabé por presentarme en pocas palabras, antes de balbucir que esencialmente estaba allí para oírlos a ellos. Pero nadie quería hablar. Valérie, visiblemente molesta por la actitud de los suyos, intentó relajar el ambiente: «¡Es una situación intimidante!». Hice una especie de ademán tranquilizador para indicar que no había prisa. Comprendía perfectamente ese tiempo de adaptación y quizá debía ganarme su confianza antes de pasar a las confidencias.

Fijé entonces la atención en Patrick. Tenía el aspecto de un niño que hubiera tenido que irse endureciendo continuamente. Parecía algo mayor que Valérie; en realidad, habían nacido el mismo año. Se habían conocido en los baños de la facultad. Se habían gustado de una forma bastante instintiva, pero no podía hablarse de flechazo. Sin ánimo de minimizar ninguna otra cosa, creo que se podría hablar de un amor sensato. Para Patrick fue su primera relación importante. Antes de Valérie, las chicas más bien lo habían rechazado, una especie de adolescencia un tanto ingrata, pero no iba a enterarme de nada más; en nuestras futuras conversaciones evité entrar en ese período complejo. Sin embargo, me daba cuenta de sobra de que el meollo de su personalidad, esa falta de confianza en sí mismo, se había formado ahí, entre los trece y los dieciséis años, en esa sensación de estar evolucionando al margen de los estímulos afectivos. A veces basta con unos pocos fracasos para volverse para siempre insensible al éxito.

Acorralado por la enésima mirada de su mujer, a Patrick no le quedó más remedio que decir algo. En vez de contar su infancia o cualquier

recuerdo, prefirió lanzarse a contar el día que acababa de pasar. Trabajaba en una compañía de seguros desde hacía diecisiete años. Yo intentaba imaginar lo que podía suponer una vida tan lineal, ir todos los días al mismo sitio, cruzarse con las mismas personas y tener las mismas conversaciones delante de la máquina de café, que también tenía sopa. Debía de haber algo reconfortante en el hecho de que la vida profesional transcurriera así. A decir verdad, Patrick se hallaba en una inquietante zona de turbulencias. Hacía unos meses que habían enviado a su unidad a un director nuevo. Jean-Paul Desjoyaux era la caricatura de un mercenario de la rentabilidad. Su meta era estar siempre controlándolo todo. Hablando claro: andaba a la caza de los mínimos errores que le permitieran despedir sin indemnización y no vacilaba en animar a sus empleados a denunciarse entre sí.

Aquella mañana, Desjoyaux lo había llamado para citarlo dentro de tres días. Qué tortura. ¿Por qué no le había comunicado sobre la marcha lo que quería decirle? Iba a pasar los siguientes días con un nudo en el estómago. Desjoyaux no había dejado traslucir nada en los ojos, tenía cara de suizo. El grado supremo del acoso: esa forma fría y casi sonriente de cometer un asesinato salarial. Esa actitud no podía estar exenta de sadismo, Desjoyaux era muy consciente, dado el contexto general, de que estaba haciendo sufrir a un empleado al anunciarle que iban a verse al cabo de tres días; peor aún, había añadido que quería verlo «a toda costa». Las palabras tienen un significado. «A toda costa» quiere decir que se trata de algo de primer orden, determinante; olía a condena.

La noche que nos conocimos, Patrick estaba cenando con su familia convencido de que pronto estaría en paro. Era lo que le había ocurrido a Lambert; despedido de la noche a la mañana. Recorte de personal. «No es para tanto —le habían dicho—. Es usted joven, no tiene hijos, será fácil volver a levantar cabeza». Hacía dos semanas que Patrick se había cruzado con Lambert y estaba demacrado. Él había hecho como si todo fuera bien, pero estaba claro que no era cierto. Patrick había puesto cara de creerse lo que contaba Lambert para que no se sintiera incómodo, pero ahora se arrepentía. Debería haberle dicho: «Mira, se nota que no estás bien. Vamos a tomar un café. A ver qué puede hacerse». Pero no había dicho nada. Había dejado a Lambert meterse por la boca de metro y perderse entre el gentío.

Patrick había intentado llamarlo, pero se había encontrado con un mensaje que decía que el número no existía. ¿En qué casos ocurría eso? Todo el mundo quería conservar su número. Estar localizable es el eslogan de estos tiempos. Debía de ser que no había pagado los recibos y le habían dado de baja la línea. No había más explicación. Patrick no tenía ya, pues, modo de localizarlo; no tenía ya la posibilidad de hablar con él de algo más que de las trivialidades de dos antiguos compañeros que se cruzan por la calle y se mienten con su mejor sonrisa. En eso era en lo que estaba pensando Patrick. A lo mejor le llegaba a él el turno dentro de tres días. A lo mejor él también se iba a quedar sin número de teléfono. Dentro de tres días, el perverso ese de Desjoyaux le explicaría por qué quería verlo «a toda costa».

Obviamente, algunos de esos detalles me los contó Patrick más adelante. Pero durante esa cena acabó por decir mucho de lo que pensaba. Valérie parecía sorprendida, tanto más cuanto que los preliminares de la velada no habían hecho presagiar nada de aquello. Definitivamente, yo no había calibrado la necesidad que tiene todo el mundo de hacer confidencias y de expresar lo que se calla en cuanto un oído ajeno se brinda a escucharlo. Mi papel no era ni comentar ni aconsejar, al menos de momento. Me conformaba con mostrar algunas señales de compasión, manteniendo la distancia que iba a necesitar para transcribir esas cosas sin que me afectasen demasiado. Fue seguramente esa actitud la que hizo que me preguntase:

—Pero ¿de verdad le interesan mis historias con Desjoyaux?

—Sí, de verdad. Y creo que a los lectores les va a resultar apasionante. Todos tenemos en nuestro entorno a un Desjoyaux —dije de la forma más seria que puede haber.

Lo pensaba. No porque todos tengamos un jefe psicópata, pero en mi opinión todas las historias se hacen eco entre sí. A menudo, me sorprende comprobar hasta qué punto los lectores se hallan a sí mismos en las novelas, incluidas aquellas que tienen las tramas más perturbadoras. Vamos persiguiendo por todas partes los reflejos de nuestra intimidad. Así que sí, estaba seguro de que ese Desjoyaux podría retumbar como un símbolo del maltrato que todos padecemos en uno u otro momento de la vida. Por lo

demás, podía sentirse empatía por ese hombre vulnerable, ese hombre que intentaba mantenerse en pie frente a una forma de humillación organizada. En cualquier caso, eso era lo que sentía yo.

11

Patrick concluyó su relato. Había hablado mucho y le di las gracias. Pasó otro ángel. ¿Quién iba a hacerse cargo de la continuación de mi novela? Durante esa pausa me acordé de *Seis personajes en busca de autor* de Pirandello. Me gusta esa idea de invertir una situación creativa, de la misma forma que un color podría salir en busca de un pintor. Como mis personajes tenían un autor sentado a su mesa, les correspondía a ellos seguir alimentándome.

Los hijos de la pareja se encargaron de enfriarme el ánimo. No les inspiraba el mínimo interés. Vivimos en una época en que todo parece normal. ¿Será por culpa de la televisión en que ponen continuamente reportajes «de inmersión» en los que se vive por delegación todo tipo de situaciones improbables? La cosa va desde policías en un campamento de naturistas hasta parejas en crisis en una isla desierta. Verlo todo o saberlo todo quizá acaba bajándole la libido a la curiosidad; tiempo llegará en que viajar habrá perdido su encanto por culpa de Google Maps. En eso estaba pensando mientras miraba los rostros pasivos de los dos adolescentes. Intentaba imaginar cómo me habría sentado a mí que, cuando tenía su edad, mi madre hubiese invitado a un escritor a nuestra mesa; creo que habría querido saber más de él, de sus motivaciones, y que incluso habría querido hacerme el interesante (cosa que habría resultado difícil por la poca confianza que tenía en mí mismo). Me sorprendía su actitud, aunque supiera muy bien que la adolescencia es una edad en que a veces el mundo exterior es una naturaleza muerta.

A sus quince años, Jérémie parecía cargar un peso inmenso sobre los hombros. Impresión que acentuaba la lentitud con la que llevaba a cabo el mínimo movimiento. Incluso masticar parecía un maratón. Resumiendo, era bastante típico; parecía ser muy representativo de su edad. Estaba

empezando a preguntarme si el destino no me había llevado hacia unos personajes iguales a los que podría haber concebido yo. Una abuela que pierde la memoria, una mujer un poco triste, un hombre al que acosan en el trabajo, y resulta que aquí tenía un adolescente que no rebotaba plenitud. ¿Eran fruto de mi imaginación cansada? No, eran completamente reales.

¿Cómo interrumpir esta espiral negativa que me arrastraba la mente? Había que creer en la fuerza del pensamiento positivo. Si nos convencemos de que pueden pasar cosas extraordinarias, resulta que quizá acaben ocurriendo. Me fascina la gente que, desde el disfrute de una vida plena, confiesa: «Siempre he creído en mí mismo. Sabía que iba a tener éxito...». Aunque la confianza en uno mismo no sea garantía de bienestar, es sin duda un terreno favorable para cualquier florecimiento dichoso. Así que tenía que creer en mis personajes. Tenía que convencerme de que, pese a su aparente vulgaridad, surgirían vicios cautivadores o actos inesperados que convertirían su existencia en emocionante. A pesar de mi postulado inicial («cualquier vida es apasionante»), esperaba de ellos un suplemento anímico; dicho lo cual, tiene que existir algún lector o lectora a quien le apasione el análisis de los bostezos de un adolescente parisino nacido en 2005; seguramente es un nicho editorial, pero ya dicen que hay público para todo.

*

Podría, por supuesto, modificar la realidad; sería fácil añadir acá o allá unas cuantas peripecias repentinas o neurosis encantadoras. ¿*La promesa del alba* es el retrato exacto de la madre de Romain Gary? ¿No ha cargado un poco las tintas el autor al narrar el incansable y desbordante cariño de esa mujer? Esa loca pasión por su hijo, esa forma de colocarlo por encima de las estrellas, la hacen sublime y de lo más novelesca. En toda autobiografía existe la tentación de coquetear un poco con la imaginación.

*

¿Me leyó Jérémie la mente intranquila? En estos pensamientos andaba yo cuando se enderezó. Fue bastante raro verlo desencogerse así en la silla:

ya no tenía para nada el mismo aspecto, también la mirada parecía más vivaz.

—¡Mola! Tenemos un biógrafo oficial —dijo.

—Gracias —contesté, sin saber muy bien si era un cumplido o solo un punto de vista.

—Pero, bueno, habría preferido a Amélie Nothomb.

Para no parecer nervioso, sonreí ante esa salida. Era algo más bien positivo; me había encontrado con un ejemplar en vías de extinción: un adolescente capaz de dar una referencia literaria. A decir verdad, ese rayo de sociabilidad fue el único de la velada. No hay que pedir peras al olmo: una respuesta por cena ya era mucho.

Aunque no sería por falta de estímulos. Valérie animaba a su hijo a ser algo más locuaz. Acabó por balbucir que ojalá tuviera una entrada en la Wikipedia para no tener que presentarse (intento humorístico que no tuvo mucho efecto porque apenas lo farfulló). Abrumado por la presión materna, soltó, con un suspiro postrero, que su color favorito era el azul. Intenté ser irónico también yo indicando lo decisivo que iba a ser en mi narración ese elemento cromático; una gracia que también fracasó en aquel ambientazo más bien frío. Tampoco importaba tanto; podía esperar a que mis nuevos personajes vinieran a mí como había ocurrido con Madeleine o con Patrick. A decir verdad, también me sucede con la ficción. Puedo inventar hombres o mujeres a los que no les apetece nada pasar a la acción. También tengo que soportar su voluntad. O eso que podríamos llamar «el mal humor de lo imaginario».

¿Cómo habría sido el tenor de esa cena sin mi presencia? Me bastaba con mirar la televisión enorme que presidía el salón para hacerme una idea. Me había metido en casa de una familia cansada que se dejaba llevar por una indudable rutina; pasajeros de una misma vida que acababan rozándose sin encontrarse. No por ser vulgar aquella tragedia casera resultaba menos dolorosa. ¿Sería que la vida no es más que una máquina para sentir hastío? Intentaba imaginar a Valérie y a Patrick queriéndose y acostándose,

viajando y soñando con el porvenir y siendo los felices padres de dos niños rebosantes de alegría. ¿Qué había sido de todas esas imágenes? Podía escribir sobre ese mundo que había sepultado el peso de los años. Siempre veo el pasado en el rostro del presente; siempre veo al niño en el adulto y el resplandor de la pasión en las sombras de las parejas que se aburren. Pese a las reservas con las que me habían recibido, esas personas me conmovían, notaba su fragilidad y era el eco de emociones que yo también había sentido. Nos unía el asombro de una vida cotidiana agotadora.

Aunque Valérie hubiera querido invitarme para que su madre soportase menos presión, también debía de pensar que mi presencia iba a insuflar una nueva energía a su familia. Por fuerza, tendrían que reaccionar ante una situación tan divertida. Pero no ocurría nada de eso, yo seguía siendo un intruso. Veía perfectamente que Valérie intentaba ocultar su decepción. Su hijo no entraba en el juego. Y su hija, ya sabía ella de antemano que no iba a hacer el mínimo esfuerzo. Me lo había dicho en voz baja nada más llegar: «Lola está en esa edad tan puñetera. No hay forma ya de compartir nada con ella». No puedo decir que fuera desagradable conmigo, indiferente sin más. Todo su rostro respiraba unas ganas locas de estar en otra parte. Estaba sin estar, hasta tal punto que tuve como la impresión de cenar delante del cuadro *Blanco sobre blanco* de Malévich.

Lola estaba en el penúltimo curso de bachillerato y la verdad es que no sabía qué quería hacer después. Según su madre, eso la tenía muy agobiada. Desde la primera noche eludió cualquier presentación diciendo: «No me apetece nada que escriba usted sobre mí. Estoy en mi derecho». Con lo que, en el acto, me entraron ganas de ahondar. Durante la cena la miré en varias ocasiones sin conseguir hacerme una opinión. Podía ser triste, trivial o intensa, estar maravillada en secreto o de vuelta de todo, ser una persona soñadora, melancólica, ambiciosa, creadora y a saber qué más. Quizá se lo estaba pensando. El destino, a su edad, tiene muchas veces trazas de borrador. Durante la cena me lanzó unas cuantas miradas que podían parecer algo duras («¿Y este quién es?»), pero le notaba cierta dulzura («¡Qué pena me da con esa chorrada de proyecto!»). En el fondo, me agradó preguntarme quién era y cómo iba a moverse por mi libro; no me agobiaba demasiado la idea de descubrirla en el capítulo 45 o en el 114.

Tenía toda la pinta de ser una personalidad de mitad de novela; la que vuelve a dar impulso a una trama.

Aquella cena no había cumplido todas las expectativas, pero no debía esperarme que cada segundo que pasaba con mis personajes sirviera para alimentar la fiera novelística. Era un proyecto que tenía que florecer lo más cerca posible de la realidad, incluyendo todos los silencios y los momentos no sometidos a la perfecta representación narrativa que eso implicara. Podría más adelante decidir podar los momentos demasiado laxos. ¿Quién iba a creerse el relato de una vida que siempre resultara emocionante? Lo más frecuente es que en nuestra vida cotidiana engarcemos peripecias alrededor del aburrimiento. Así que tenía que conformarme con lo que habían compartido conmigo y considerar ese principio como muy prometedor. Por lo demás, me gustaba esa idea de «promesa».

En vista del giro que había tomado la cena, Valérie me propuso que nos viéramos mejor al día siguiente a la hora de comer. Tendría más libertad para hablar conmigo. No le faltaba razón; yo había subestimado hasta el momento ese punto esencial. Seguramente era estéril ver juntos a todos los protagonistas; por separado se sincerarían de mejor grado, como sucede en esos interrogatorios de la policía en que los cómplices pasan uno a uno para evitar interferencias.

Dejé, pues, a la familia Martin. Sí, se me había olvidado indicarlo, es el apellido de Patrick. Un apellido muy habitual en Francia; no puedo calcular con exactitud el porcentaje de probabilidades que tenía de dar con un Martin, pero debe de ser bastante elevado. En mis novelas, los personajes suelen tener nombres más alambicados. Me encanta meter la letra K; siempre me da la impresión de que una K ayudará a mi protagonista a ser interesantísimo. Así que, no puedo negarlo, me pareció una señal poco tranquilizadora encontrarme con unos Martin entre manos. ¿Se podía construir una buena novela que tratase de unos Martin?

Para tranquilizarme, me fui a dar una vuelta por internet y tecleé los nombres completos. Me topé con una avalancha de Patrick Martin o de Valérie Martin. Fue un elemento que me gustó mucho. Para empezar, es un nombre ideal para que no den nunca contigo en Facebook. No existe ninguna probabilidad de que un psicópata pueda dar con el rastro de una Valérie Martin a la que hubiera conocido en una fiesta. El anonimato de los Martin constituye una gran fuerza que, necesariamente, les confiere la capacidad de luchar por su existencia entre la muchedumbre. Son los chinos de los apellidos. Y eso no se puede negar que es novelesco.

Quise estudiar a unos cuantos homónimos de mis personajes. Hasta cierto punto para saber cuál conseguiría sobresalir de las masas (cada cual tiene sus curiosidades). Entre los cientos de Patrick Martin, el más visible era un pez gordo. De hecho, era ni más ni menos que el vicepresidente de la patronal MEDEF, el Movimiento de Empresas de Francia. Es cierto que el Martin queda muy de dirigente. Se le debe de dar bien hablar de ahorro salarial y planes sociales. Para Valérie Martin se me fueron los ojos a una osteópata de Verrières-le-Buisson. Qué tranquilizador, una Valérie Martin para una hernia de disco. No es un nombre ni remotamente capaz de cambiar de sitio la vértebra equivocada. Desde luego, el detalle de Verrières-le-Buisson contribuía a esa imagen reconfortante. Es un topónimo tan acogedor... No te cuesta nada imaginarte tomando un té de jazmín en la sala de espera de Valérie Martin. Apunté la dirección para mi próximo lumbago antes de seguir con mis investigaciones. Con Jérémie Martin pasaba lo mismo, eran legión. Al final escogí a un miembro de la asamblea regional del Sudeste, la mano derecha de la presidenta. Desde luego, ¡cuántos puestos de poder ocupaban los Martin! Me imaginaba cuantísimo se podía contar con este. Seguro que a la presidenta le encantaba decir:

—Llame a Jérémie Martin, tenemos un problema con la vivienda social en Marsella.

—Pero, señora presidenta, está de vacaciones.

—¡Que lo llame, he dicho!

Y tenía toda la razón. Jérémie Martin era el típico que interrumpe las vacaciones. Volvería desde las Baleares *ipso facto* con los expedientes debajo del brazo. Su mujer y sus tres hijos lo acompañarían al aeropuerto

para decirle adiós moviendo los brazos, con una sincronización increíble. Y, al llegar, le diría a la presidenta:

—Nada, nada, de esto me encargo yo.

Y todo el mundo se sentiría muchísimo mejor.

Por último, me llevé una pequeña sorpresa. Al teclear en un buscador «Lola Martin» te encuentras con una cantante de *beguine*.^[4] Una cantante de *beguine*, difícilmente podía esperar algo mejor. En el acto escuché su canción *Ti Paule*, auténtica oda a la Martinica con aroma a ponche y a felicidad fácil. Mientras la escuchaba en Deezer, aproveché para leer los comentarios sobre ella. Pimpky 46 publicó: «¡Puro sol en los oídos! ¡Y además no es nada fácil sobresalir así en este entorno de hombres! *Respect Love!*». Cuánto valor esta Lola. Y siempre sonriente, encarnación de la elegancia en la lucha.

Me había dado una vuelta por todas esas páginas para tranquilizarme; no sé por qué tengo una relación tan angustiada con los nombres. Lo mismo me había pasado con Madeleine Tricot. Tengo la impresión de que lo más importante para un personaje es el nombre. De él nace todo lo demás. Al no estar escogiendo el de mis personajes, me sentía como si fuera a convertirme en padre de un niño al que ya le habían puesto nombre. Así que había querido observar la vida de algunos Martin, y sobre todo de los homónimos, para calibrar su potencial novelístico. Ya tranquilizado, lo cierto es que me sentía muy feliz con mi familia Martin.

Llegué a casa algo antes de las once. Encima del escritorio, el portátil estaba abierto. Pude leer las últimas palabras que había escrito antes de renunciar. Pocas horas antes me había entrado como un mareo con la ficción y me había bajado a la calle a buscar una historia. Todo esto me parecía una locura o una incongruencia; aunque, en el fondo, qué más da, no hay por qué ponerles nombre a las intuiciones. Todo cuanto sabía es que ahora tenía a mi disposición una familia entera. Cinco personas cuyas vidas iba a

contar. Qué emocionado estaba ya al pensar en volver a verlas y enterarme de cómo seguía su historia. De momento, hice una breve recapitulación.

LO QUE SÉ DE MIS PERSONAJES (1)

Madeleine Tricot, unos ochenta años (no he preguntado la edad exacta). Viuda. Dos hijas: Valérie y Stéphanie. Una se fue a vivir al extranjero. Al parecer, hubo algún problema entre ambas hermanas. Madeleine trabajó en el mundo de la moda y sabe unas cuantas cosas sobre Lagerfeld (ahondar). Ha mencionado un primer amor con un final trágico. Muchas ganas de enterarme de más. Padece alteraciones de la memoria. Un principio de alzhéimer, según su hija. Pero yo no se lo he notado nada.

Valérie Martin, cuarenta y cinco años. Casada, dos hijos. Para que no presione demasiado a su madre, le ha parecido que también debo escribir sobre ella y su propia familia. Profesión: profesora de Geografía e Historia en un centro de secundaria a las afueras de París. Va a ver a su madre con frecuencia. No parece muy realizada.

Patrick Martin. Misma edad que su mujer. Trabaja en seguros. Su nuevo jefe, Desjoyaux (comprobar la ortografía), lo ha citado dentro de tres días. Tiene miedo de que lo despidan, de que lo aparten. Parece del tipo pesimista y ansioso. Marca externa: lleva bigote (no sé todavía si ese detalle tiene algún interés, pero lo apunto).

Jérémie Martin, quince años. Prototipo del adolescente dormido e indolente. Aunque ha demostrado cierto sentido del humor.

Lola Martin, diecisiete años. Más bien reservada, casi no ha hablado en la cena. Aparte de su desconfianza hacia mí, me ha parecido que estaba ausente, como si viviera en sus pensamientos. No quiero entusiasmarme, pero tiene toda la pinta de ser alguien que lleva un secreto dentro.

He tenido unos sueños muy raros esta primera noche. Toda la familia Martin me echaba en cara cosas terribles y amenazaba incluso con matarme. Era algo inédito para mí que mis personajes me acusaran públicamente. Sin embargo, tenía la sensación de estar siendo respetuoso y de no actuar sin su consentimiento. ¿Por qué se sentía acorralado mi subconsciente? Escribir es una forma de traición. Convertirse en escritor es el destino de los culpables. A lo mejor estaba anticipando un momento que llegaría, ese en que mis personajes no soportarían lo que iba a escribir sobre ellos. Me desperté con el regusto de una premonición ácida en la boca.

Valérie me había propuesto que fuera a buscarla al trabajo para comer juntos. Parecía tomarse muy a pecho mi proyecto, lo que me ratificaba en la idea de que había hecho bien en aceptar su propuesta. Pero no por ello abandonaba mi punto de partida: contaba con ir a ver a Madeleine por la tarde. Ahora, mi vida se reducía a quedar con los miembros de la familia.

Al salir de casa vi a la empleada de la agencia de viajes fumándose un cigarrillo. Esa mujer a quien, la víspera, se me ocurrió que podría haber convertido en mi protagonista. Me pasaba la vida viéndola al pie de mi casa. ¿Y si escribiese otra novela paralela con ella? Podría ir siguiendo varias historias y ver, al final, cuál era más interesante. No, imposible. Tenía que seguir siéndole fiel a mi primera intuición y, aún más, al azar. Renuncié inmediatamente a ese proyecto de adulterio novelesco.

Y, además, literariamente hablando, Valérie me gustaba. Siempre me han atraído los personajes que no están aquí ni allá. Ni en la felicidad ni en la desdicha. Vegetan en una zona extraña donde el tema de la realización personal se pierde en el laberinto de los años que van pasando. Sin embargo, se nota que la situación no puede prolongarse. Las frustraciones acumuladas empiezan a volverse insostenibles. Se nota que todo puede dar un vuelco de un momento a otro. La sonrisa con la que me recibió no hizo

sino acentuar esa sensación. Vi que me saludaba con la mano desde bastante lejos, al fondo del todo del patio de recreo. Lo cruzó con paso ágil, como aliviada por esa ocasión de escapar del centro durante una hora.

Solía almorzar en el comedor escolar, en una sala reservada a los profesores. Hablaban de los alumnos y de sus dificultades, lo que realmente no suponía una interrupción de la jornada laboral. Valérie podría haberse ido a comer sola a un restaurante para tomarse un respiro. Pero si alguien se hubiera cruzado con ella podría haber causado mala impresión. Podría haberse visto en ello una insumisión al *diktat* de la vida colectiva. La necesidad de estar solo se considera a veces como un comportamiento antisocial. Todo es complicado en las relaciones humanas, de forma tal que a veces renuncias a lo que anhelas para evitar tener que justificarte, hipotéticamente. Así que Valérie no se tomaba nunca un rato a la hora de la comida y consentía en alistarse en la obligación de vivir con los demás. Eso era lo que explicaba su entusiasmo. «Haber quedado fuera» era un pase legítimo; una coartada divina.

17

Nos acomodamos en un café sin ningún atractivo, con un televisor grande al fondo del local donde ponían videoclips. Me pareció que Valérie se había arreglado un poco, pero de una forma lo bastante discreta como para que no pudiera estar del todo seguro. Quizá quisiera salir en mi libro lo más favorecida posible.^[5] Aunque yo tenía previsto aprovechar al máximo el tiempo del que disponíamos para hacerle un montón de preguntas, se me adelantó:

- He comprado un libro suyo esta mañana.
- Ah, gracias. Podría haberle dado un ejemplar.
- No me lo agradezca. Sencillamente me apetece conocer algo mejor al hombre a quien voy a contárselo todo.
- Es comprensible. Pero no hablo mucho de mí en mis novelas.
- Ya he visto que no tenía una pinta muy autobiográfica. Creo que, aun así, me permitirá situarlo un poco. Por el tono, por ejemplo. Solo he leído

unas cuantas páginas, pero tengo como la impresión de que hay cierta ironía algo desilusionada.

— Ah, sí... Quizá. Eso es lo que ha notado usted.

— ¿No tendrá cierta tendencia a deprimirse? — dijo sonriente.

— ¿Yo? Qué va..., para nada.

— Tiene un sentido del humor de depresivo.

— Si usted lo dice...

— Y eso, bien pensado, tiene mucho encanto.

— Gracias.

— ¿Puedo hacerle una pregunta personal?

— Sí.

— ¿Está usted casado?

— ...

Podría, simplemente, no haber transcrito esta conversación ni la respuesta que iba a darle. No dejar en mi novela más que lo que tuviera que ver con la familia Martin. Pero no puedo ocultar las posibles interacciones; forman parte de mi proyecto. Al inmiscuirme en otras vidas me convierto en un protagonista de ellas. De modo que ya no podía descartarse que me convirtiera a mi vez en un actor de esa historia.

Por lo pronto, tenía que contestar. ¿Qué podía decir? Con lo que siempre me ha costado hablar de mí. Mis novelas no son autobiográficas y mis relaciones humanas tampoco lo son. Nunca he sentido la necesidad de sincerarme con nadie. Claro está, los consejos o el consuelo de un allegado en los momentos difíciles pueden ser un bálsamo. Pero tengo la sensación de que, estando en pleno sufrimiento, no hay nada que decir. A menudo, he cicatrizado gracias al silencio. Y hay algo más, a lo mejor es absurdo, pero me da la impresión de que yo me conozco mejor de lo que me pueda conocer nadie: veo dónde están mis errores y mis defectos, veo perfectamente lo que me sale mal. Y por eso guardo en mí las palabras de lo íntimo. A veces me he explayado comiendo con amigos, por ejemplo, solo para pagar alguna prenda en la obligada puesta en común de confesiones. Al fin y al cabo, no es de extrañar que escribir se haya convertido en mi obsesión; sigue siendo la mejor forma de viajar fuera de uno mismo. Y aspiro mucho más a escapar de mí que a entenderme. Pero hete aquí que

tenía que contarle mi vida sentimental a Valérie y, de paso, al lector. Siempre pasa lo mismo: no puedes evitar que te salpiquen los interrogatorios. Todo el rato tienes que estar diciendo quién eres, qué te gusta o a qué te dedicas o si estás solo o con otra persona. Siendo así que pensar en desnudarme para mí equivale a irme de vacaciones en mi propia calle.

Otra duda me dejaba paralizado. Recordé lo que había dicho de mí Valérie. Había mencionado que mi sentido del humor «tenía mucho encanto». Lo cual no presagiaba nada bueno. Definitivamente, esta comida estaba yendo por mal camino. Yo estaba allí para escribir sobre ella y, desde luego, no para crear la mínima alteración. Ahí reside el problema de acaparar personas reales; hay que dar con la distancia que resulta adecuada con ellas. Mostrar frialdad no llevaría a nada; y ser demasiado cordial podría desnaturalizar el relato. Con mis ficciones no se me planteaba ese problema; mis personajes no aspiraban a relacionarse conmigo. ¿Se imagina alguien a Julieta preguntándole a Shakespeare si está casado? Estaba empezando a dudar de mi capacidad para sacar adelante un proyecto así. Por no mencionar que Valérie no debía de estar en su mejor momento si le parecía que yo tenía encanto. Mi capacidad de seducción se asemejaba desde hacía ya bastante tiempo a la de una película de Bergman (sin subtítulos).

Tenía que dejar de marear la perdiz y limitarme a ser lo más natural posible.

—No estoy casado —contesté—. Y llevo soltero desde hace poco.

Vi en los ojos de Valérie que quería saber más; en cualquier caso, era evidente que estaba esperando que me explayase. Cosa que hice. Mi última compañera, después de seis años de vida en común, había decidido dejarme. Casi de un día para otro. Teníamos rachas mejores y peores, desde luego, pero durante mucho tiempo pensé que nuestra relación era así, pasional, y que los vagabundeos del corazón no ponían en tela de juicio lo esencial: nos queríamos. Era lo que me contaba a mí mismo porque no tenía alternativa; había que dar para recibir. Valérie acabó interrumpiéndome:

—Perdone que le pregunte esto, pero ¿está seguro de que no había conocido a alguien?

- No creo.
- ¿No cree?
- No.
- No, lo cierto es que estoy seguro. Sé que me lo habría dicho.
- No siempre dices la verdad cuando dejas a alguien.
- No es nuestro caso.

Añadí un «eso es lo que hay» que en general significa que quieres zanjar el tema en cuestión. No quería seguir y decirle que Marie se había ido diciendo la siguiente frase: «Prefiero la soledad a ti». Sí, eso fue lo que me dijo. Y yo me quedé resentidísimo. Pero supongo que la finalidad de esas palabras era hacerme daño, a falta de hacerme reaccionar. Yo no había visto todas las señales que me había estado enviando; las de su tristeza, su desamor, la ausencia de plenitud. Fue en el momento en que se iba cuando entendí muchas cosas. Entonces noté que me alcanzaba una melancolía súbita, esa melancolía que creía haber expulsado por fin de mi vida desde hacía varias semanas. Menos mal que Valérie, en un impulso de perfecta delicadeza, me cortó así:

—Debía de ser usted insoportable. Estoy segura de que vivir con un escritor no hay quien lo aguante.

—...

—Pero, bueno, al menos con usted seguro que siempre pasa algo.

Por fin tiraba de la manta de la conversación. Una alusión a la vida taciturna con su marido. Pero la hizo sonriendo; a menudo, antes de caer en la desesperación, se pasa por una breve fase de ironía. Valérie había visto en el relato de mi ruptura la marca de una vida emocionante. Cuando no estás a gusto, la vida de los demás te parece estupenda; una opinión que te formas sin la mínima lucidez. Si yo le hubiese contado que padecía cáncer, me habría dicho: «¡Ah, espléndido! ¡Por lo menos en su cuerpo ocurre algo!». Estaba cada vez más convencido de haber llegado a la vida de esa mujer en un momento crítico.

Ahora que habíamos hablado de mi vida sentimental para dar gusto a Valérie, llegaba el momento de centrarnos en ella. Pero yo tenía que demostrar que tenía un método. No podía permitirme recibir con una anarquía total elementos biográficos dispares y resentimientos recientes. Ella entendió lo que le pedía y lo hizo dócilmente. Yo quería ante todo entender el contexto de su vida profesional. Hacía ya doce años que trabajaba en el centro de secundaria Karl-Marx de Villejuif. Cogía el metro todos los días con una rutina implacable. Por lo que decía, su deseo se había ido embotando de año en año. Recordaba con pasión cuando estudiaba Historia en la universidad y sus primeros años de docencia. No sabía realmente en qué momento las cosas habían empezado a torcerse. Recordó que un año, en septiembre, a principio de curso, le había entrado como una pereza inmensa al pensar en volver a clase. El verano le había parecido especialmente corto.

A lo mejor lo único que pasaba era que su oficio se había vuelto más difícil que antes. Se oía hablar cada vez con más frecuencia de padres de alumnos que se quejaban y podían incluso ponerse violentos. Los profesores se estaban convirtiendo en los chivos expiatorios de una sociedad en crisis. Qué va, no era nada de eso. Valérie no se había topado nunca con un solo problema destacable en su centro y siempre le habían tocado unos alumnos en su mayoría aplicados y con ganas de aprender. Cuando le ofrecieron una plaza en París, y eso que era un centro que le caía más cerca de su casa, prefirió quedarse en Villejuif; allí donde tenía sus puntos de referencia, allí donde le alegraba ir siguiendo la trayectoria de algunos alumnos por los que sentía especial cariño. ¿Por qué entonces había perdido el gusto por transmitir conocimientos?

Unos meses antes se había sincerado con una compañera profesora de Español, una mujer algo mayor que ella con quien tenía una relación cordial.

—Eso que sientes es de lo más normal —le dijo esta—. A todos los docentes les pasa antes o después. Tenemos una vida profesional basada en una rutina que va con el calendario; el comienzo de curso siempre en septiembre, las vacaciones en las mismas fechas; al final puedes llegar a pensar que los años se confunden unos con otros y que la vida, así, va

pasando sin contratiempos. Te corresponde a ti ingeniártelas para que la cosa cambie. Puedes llevarte a los alumnos de viaje, introducir innovaciones, inventarte cosas...

A su compañera no le faltaba razón. Valérie sentía que le aplastaba una especie de rutina y no intentaba combatirla, a pesar de que tenía un amplio margen de maniobra. Al final decidió llevarse a los alumnos a Auschwitz. La clase formó una piña, los alumnos parecían transfigurados con ese viaje a la memoria del horror. Sin embargo, Valérie recordaba muy bien que por las noches, en su habitación del hotel de Cracovia, no conseguía desprenderse de un sentimiento de vacuidad absoluta. Echaba muchísimo de menos algo en su vida, pero no sabía qué.

Como si de repente le diesen apuro esas confianzas, Valérie cambió de asunto y quiso volver a hablar de mí.

—Confieso que no sabía nada de usted. Pero se lo he mencionado a mi compañera de Lengua y Literatura. Le encantaría que aceptase usted dar una charla a sus alumnos.

—Sí, puede, más adelante. De momento estoy centrado en mi novela. Y precisamente prefiero que nos quedemos en ella y sigamos hablando de usted.

—¿De verdad que le interesa?

—Me está haciendo usted la misma pregunta que su marido.

—Así tenemos algo en común —dijo sin disimular la ironía.

—En cualquier caso, por supuesto que me interesa. El hastío es una cuestión de primer orden en nuestra época. Seguramente por nuestro concepto de la realización personal, que ha cambiado por completo.

—¿A saber?

—Ahora todo el mundo tiene la ambición de ser feliz. Eso, por fuerza, cambia nuestras expectativas.

—Si usted lo dice...

—A mi alrededor no paro de ver gente que cambia de vida profesional. «Reconvertirse» se está volviendo la norma. A los cuarenta años te das cuenta de que ya no quieres trabajar en una agencia inmobiliaria, sino que prefieres enseñar yoga. Lo veo constantemente. ¿Por qué iban a librarse los profesores? ¿Porque son funcionarios? Lo que usted siente me parece bastante comprensible. A lo mejor le apetece hacer otra cosa.

—¡Yoga no, desde luego! Lo que me entristece es que mi oficio ya no me inspire deseo. En el fondo, no quiero cambiar, sino recuperar las ganas.

—Eso lo entiendo muy bien, lo de perder las ganas.

—El caso es que lleva usted razón en eso de las trayectorias profesionales fragmentadas. ¡Tengo una amiga que era pediatra y lo dejó todo para abrir una quesería en Córcega! Es una mujer extraordinaria. Debería haber escrito usted sobre ella, mejor. Si algún día le parezco decepcionante, puedo darle su teléfono.

—No es usted decepcionante —respondí espontáneamente.

Valérie pareció como feliz al oír ese cumplido atípico: ser una protagonista interesante. Yo no tenía previsto implicarme tanto en este intercambio de información, quería quedarme en la retaguardia y acoger las confidencias. Pero el tema me había afectado. Conocía muy bien esa sensación de perder el deseo. Cuántas veces me había encontrado perdido en medio de una novela sin sentir ya la mínima motivación. Y, como por milagro, el gusto por las palabras regresaba antes o después. Qué fácil es volverse bipolar cuando se escribe. Así que entendía a Valérie y su impresión de estar bloqueada dentro de un oficio que había perdido el lustre.

19

El tiempo iba pasando, faltaba poco para que terminase el encuentro. Podría haber esperado al siguiente para preguntarle por su hermana, pero no me la quitaba de la cabeza.

—¿Me puedo tomar la libertad de hablarle de otra cosa?

—Sí, claro.

—Noté ayer una tirantez al nombrar a Stéphanie. Su madre también parece molesta...

—...

—¿Qué pasó?

—Hay cosas de las que no me apetece hablar.

—Ya.

—No ponga esa cara. He prometido ser sincera y lo seré. Pero, en lo que se refiere a mi hermana, aún es demasiado pronto.

Me había precipitado de una forma muy tonta para espigar unas cuantas cosas a los postres y, sin embargo, ya me había dado cuenta de que se trataba de un asunto conflictivo; y seguramente doloroso. Me arrepentía de haber sido tan poco sutil. Valérie ya se había desnudado mucho y, sobre todo, me había permitido entrar en su familia. Le di a entender que la dueña del momento de sincerarse sería ella y que no tenía ninguna obligación de contarle todo. Estaba convencido de que la cosecha es mayor cuando no atosigas a la gente. He escrito así a menudo, no tratando de atrapar a toda costa las palabras, sino esperando a que acudieran a mí.

Salimos del restaurante como unos amigos que comen juntos de vez en cuando. La charla había sido sencilla y fluida, y me habría gustado que pudiera prolongarse. Pero Valérie llegaba tarde a seguir dando clase. Le tendí la mano, pero me dio un beso diciéndome:

—¡Nos vemos en casa esta noche!

Se fue con paso veloz y animado, pero al cabo de pocos metros dio media vuelta.

—Tengo que decirle... Creo que no quiero ya a mi marido. Voy a dejarlo. Es importante que usted lo sepa... para su libro.

Luego se fue como si me hubiera dicho algo sin importancia; solo un punto y coma en una novela.

Me quedé pasmado. ¿A qué venía ese anuncio repentino? Sin darme siquiera la posibilidad de contestar. Así que pensé que se había comportado así para que mi novela fuese más intrigante. Había dejado bien claro: «Es importante que usted lo sepa para su libro». Era pues una confidencia para dar alas a mi proyecto. Había notado varias veces durante la comida que temía que su vida fuera poco emocionante y había tenido que tranquilizarla. ¿Había hecho esa declaración para demostrarme lo contrario? ¿Pensaba de verdad lo que decía? Yo había cenado con una pareja agotada que recorría

la vida sin verdadero entusiasmo. Pero no dejaba de parecerme raro que me revelase un dato tan íntimo. Pese al pacto que nos unía, seguía siendo un desconocido. Empecé a pensar que era, al contrario, mi presencia la que la impulsaba a poner palabras a sus pensamientos. Al obligarla a hablar de sí misma, le abría una nueva lucidez. No había presentido ese aspecto de la situación, pero puedo decirlo ya: mi intrusión en la familia Martin iba a causar estragos.

21

Valérie iba a contarme ciertos detalles algo más adelante. Su marido ya no la tocaba. Se sentía muerta para la vida sensual. Sí, esa era la expresión que usaba: muerta para la vida sensual. Cuánta violencia había en esas palabras. Las personas podían morir de que ya no las mirasen.

Sin embargo, Valérie notaba perfectamente que todavía podía gustar. Pierre, uno de sus compañeros, se le insinuaba cada vez más abiertamente. Le hacía cumplidos por su aspecto y le proponía ir a tomar algo después del trabajo. Ella no era inmune a esas manifestaciones masculinas, pero en el fondo no podía por menos de parecerle patético. No le apetecía que se la follara en un hotel de Villejuif al terminar las clases un hombre que no la excitaba ni pizca y que no tenía intención alguna de dejar a su mujer. Esos adulterios penosos la repugnaban. Quería que la tocasen, pero no a costa de lo que fuera; carecer de afecto no significaba estar desesperada.

Mandó a Pierre a freír espárragos y él acabó por acostarse con Malika, la orientadora. A Valérie le asqueaba que todo el mundo estuviera enterado; le habría resultado odioso ser un tema de vil cotilleo. Se imaginaba esos dos cuerpos tristes enzarzados durante unas semanas o unos meses como mucho. No había ninguna probabilidad de que a esos dos los embargase de repente una pasión devoradora. No, no podía suceder algo así. Todo estaba ya escrito, una historia sin sorpresas. Sin embargo, había ocurrido una peripecia sorprendente: la mujer de Pierre había descubierto la relación de su marido. Cabría esperar entonces un psicodrama conyugal, pero ni siquiera. Así debe de ser el colmo del hastío: no reaccionar cuando el otro te

deshereda el cuerpo. A Pierre, en plena locura de la paradoja humana, le había dolido. Lo que quería era que su mujer reaccionase, aunque fuera un poquito, pero qué va, no había dicho nada ni lo haría nunca.

Valérie estaba convencida de que su marido no habría reaccionado de la misma manera. Aunque ya no la tocase, se habría derrumbado al pensar que su mujer pudiera engañarlo. La reconfortaba pensarlo. Era quizá todo cuanto les quedaba, ese tenue sentimiento de ser aún un poco el uno del otro.

22

Después de comer decidí ir a ver a Madeleine. Me recibió con una sonrisa de oreja a oreja y acto seguido se metió en la cocina para prepararme un té. Habríase dicho exactamente la misma escena que la víspera. De nuevo, en el salón, volvía a acordarme de mis abuelas. Cuántas veces me había preguntado a qué dedicaban el día. Me pasaba lo mismo con Madeleine. ¿Qué hacía para ir cruzando por las horas? Salía a comprar, daba un paseo, veía a su hija y a veces a sus nietos, y supongo que también veía la televisión (una de mis abuelas se quedaba mirando inmutable la cadena TF1). ¿Era posible llenar así una vida? ¿Qué relación guardas con el tiempo cuando lo tienes contado? Me obsesionan todas esas preguntas.

Cuando volvió, le pregunté qué tal había pasado la mañana. Me contestó enseguida: «¡Uy, no he parado!». No sabía a qué había dedicado el tiempo, pero ya tenía la respuesta. No tenía sensación de aburrirse. De hecho, resulta asombroso comprobar que las personas mayores casi nunca se aburren. Al contrario de los niños, que se quejan en cuanto están un minuto sin alguna actividad. Sin duda, hay una relación diferente con las horas después de determinada edad, una relación que no es ya un sometimiento a las ocupaciones. Me acuerdo de que un día vi por la ventana (vivía en una planta baja) a mi abuela sentada en el sofá sin hacer nada. Cualquiera podría haber creído que estaba meditando, pero no, estaba como de vacaciones de sí misma. Y en la cara se le podían leer todo tipo de emociones, pero desde luego no el aburrimiento.

Cuando iba a empezar la sesión de recuerdos, Madeleine me preguntó:

—¿Todo bien ayer en casa de mi hija?

—Muy bien.

—¿Y qué le pareció su marido?

—Muy majo —me sentí en la obligación de responder para respetar una forma de neutralidad.

—¿Y Jérémie? ¡Estoy segura de que ese no calló un momento!

—...

¿En serio estábamos hablando de la misma persona? Debía de haber tantas novelas diferentes como miradas, pero aun así me parecía muy improbable imaginar a un adolescente que no dice esta boca es mía como un campeón de locuacidad. ¿Se reservaba todas las palabras que llevaba dentro para no soltarlas más que en presencia de su abuela? Madeleine acabó por decirme que estaba muy contenta de que escribiese también sobre el resto de la familia. Le quitaba de encima el peso de sentir que yo esperaba demasiado de ella. Exactamente lo que había pensado Valérie. De hecho, iba a darme cuenta de que tenía la razón en cuanto a la memoria vacilante de su madre. En esta segunda cita le noté a Madeleine, acá y allá, algunas ausencias. Era muy poca cosa, y quizá me estaba centrando en ello por lo que había dicho la hija, pero me pareció que tardaba más en dar con las palabras.

Propuse que hojeásemos juntos unos álbumes de fotos. Nos embarcamos así en un periplo gráfico rumbo al pasado. Había muchísimos recuerdos con sus hijas. Vi a Valérie a la edad de siete u ocho años. Resultaba fuera de lugar pensar que acababa de comer con aquella niña convertida en una adulta. Al mirar la foto, le veía como una tristeza en la mirada, una tristeza cuyo eco era la que había notado durante nuestra cita. ¿Podían hallarse en la expresión de un niño las vibraciones de su porvenir? La Valérie de hoy seguramente me había contaminado la mirada con la que veía a la de ayer. En una de las fotos su hermana la tenía cogida de la mano. Stéphanie parecía más luminosa; pero con esa luz que ciega un poco.

Había muchos otros recuerdos por recorrer. Me topé con una foto de boda de Madeleine, en blanco y negro, claro.^[6] Con lo cual, me entraron

ganas de volver a hablar de René. Pero no quería contrariar a mi anfitriona. Me imagino el dolor de sumergirse en lo que ya no existe. Haces como que te acostumbras a vivir sin el otro, como una cortesía humana, siendo así que tienes el corazón amputado. A decir verdad, desde las primeras palabras de Madeleine noté lo mismo que el día anterior. Le había encantado pasar la vida con aquel hombre, pero la pasión no aparecía por ninguna parte. Hablaba de él como de un compañero de ruta, casi un amigo. Recordó lo discreto que era, incluso al morir: «Sufrió, pero acabó por marcharse con tanta tranquilidad, mientras dormía». Luego añadió en un susurro: «Lo ideal...».

Así que esa es la aspiración postrera de una vida: escaparte mientras duermes.

Aquella discreción podía yo notarla en las fotos. Ese hombre parecía quedarse aparte, esbozando sonrisas no del todo sinceras, como si le diese apuro estar allí; un hombre con aspecto de sombra. Madeleine volvió a hablarme de la pasión de René por su trabajo. Cuánto le gustaba la RATP. Se sabía la mínima anécdota de las estaciones; nada le entusiasmaba más que las prolongaciones de las líneas. El día en que anunciaron que la línea 7 iba a llegar hasta Villejuif fue su Armstrong en la Luna. Según Madeleine, había que encontrar el origen de esa obsesión rectilínea en su infancia. Me repitió la anécdota de que había tenido que esconderse en un cine. Y añadió que era algo que había sucedido en muchas ocasiones. Había vivido, así, con el temor de tener que ocultarse continuamente, de no dormir nunca en el mismo sitio, de respirar con el corazón encogido de miedo. A su madre habían acabado por detenerla después de que la denunciase uno de los miembros de su propia red. Murió casi enseguida, seguramente mientras la torturaban; pero no pasaba de ser una hipótesis; su familia no había podido enterarse de la verdad. Así que Madeleine estaba convencida de que fue durante esa infancia dispersa y zarandeada cuando había nacido su amor por la línea recta. Extraña teoría, pero que podía sostenerse. El metro es por excelencia el camino del que no te puedes desviar. Es el paroxismo del trayecto tranquilizador, un antídoto para cualquier vagabundeo, cualquier persecución.

Como no podía ser menos, René aborrecía los cambios. La existencia se basaba en ritmos regulares y en lugares familiares. Todos los veranos se iban de vacaciones al mismo sitio: un camping de Vichy. «Por las aguas termales», precisó Madeleine al leerme en los ojos que asociaba esa ciudad con el colaboracionismo. Se me hacía raro que a un hombre que había perdido a su madre durante la guerra le apeteciera pasar allí todas sus vacaciones. Cuanto más me hablaba Madeleine de su marido y de su afición a lo previsible, más desconcertante me parecía René. Existe una gran fuerza novelística en lo habitual. De hecho, casi todos los psicópatas tienen vidas tan rígidas como el papel pautado. Por supuesto, me guardé muy mucho de hacerle ese comentario a Madeleine, pero ella parecía tan contenta de que yo encontrara interesante a su marido. Era como si le estuviera brindando una gloria póstuma.

23

Aunque Madeleine a veces parecía que deambulaba por un mundo paralelo, suspendida de a saber qué sensación del pasado, me miró a los ojos, de frente, para decirme: «René fue un buen marido y un buen padre, pero el hombre a quien más quise en este mundo se llamaba Yves. Lo conocí a los veintidós años y durante tres años tuvimos una relación maravillosa. Pero me dejó de repente. Se marchó a vivir a Estados Unidos. Padebí un martirio. Fue la temporada más dolorosa de mi vida...». Madeleine se calló de pronto. Hay relatos que no pueden interrumpirse sino brutalmente, como si los guillotinasen la emoción. Yo no sabía qué decir. Claro está, quería preguntarle más sobre ese hombre, entender las razones de su separación, pero más que nada estaba conmovido. Con cuánta intensidad acababa de pronunciar esas pocas palabras. Su confianza me llegaba al alma. Le revelaba a ese desconocido que era yo lo que llevaba desde siempre oprimiéndole el corazón.

Tras un prolongado silencio, acabé por preguntarle:

—¿No intentó nunca saber de él?

—No. Y nunca más lo volví a ver. Bueno, una vez estuve a punto de volver a verlo...

—¿Cuándo?

—La verdad es que ya no lo sé. Las niñas debían de tener diez o doce años. Recibí una nota en las oficinas de Chanel. No sé muy bien cómo me localizó allí. Yo había cambiado de apellido...

—Sabía que trabajaba usted en la industria de la moda. A lo mejor llamó a todas las casas de costura preguntando por una Madeleine.

—¿Pero por entonces todas nos llamábamos Madeleine!

—El caso es que la buscó y la encontró. ¿Y entonces? ¿Qué pasó?

—Nada.

—¿A saber?

—Me escribió una nota porque estaba en París y me decía que le gustaría volver a verme. Ya está, solo unas pocas líneas, así, con el nombre de su hotel. Después de tantos años de silencio. Podría haberme alegrado, pero fue todo lo contrario. Estaba resentida con él por volver a aparecer de repente. Yo tenía mi vida, mi trabajo, mis hijas. Había sacado la cabeza del hoyo. No estaba bien por su parte hacerme eso. Me dije que no iría. Me mantuve firme..., pero...

—Pero fue a pesar de todo.

—Sí. Era un deseo demasiado fuerte. Y, además, necesitaba saber por qué se había ido de aquella forma. No entenderlo me había vuelto loca. Así que fui a su hotel...

—¿Y...?

—Nada. Se había marchado esa misma mañana. Ya está. El destino no quiso que nos volviésemos a ver. Aquello me sumió de nuevo en el desconcierto. Me obsesionaba la idea de ese encuentro que había estado a punto de ocurrir.

—Es terrible. ¿No había dejado una nota o una dirección?

—No. Como yo no había acudido, no le pareció necesario dejar ninguna pista, supongo.

—¿Y ya está?

—Sí.

—¿No intentó nunca localizarlo?

—¿Cómo?

—No lo sé. Poniendo su nombre en internet. O en Facebook. ¿Cuál es su apellido?

—Grimbert.

- ¿Quiere que lo intente?
- ¿El qué?
- Encontrarlo.
- ...

Madeleine hizo un ademán con la cabeza que interpreté como un asentimiento. Me conecté a Facebook en el móvil. Encontré a unos cuantos Yves Grimbert, pero solo uno parecía tener la misma edad que ella. Difícilmente se podría encontrar a alguien más rápido. A cuántos detectives privados habrá dejado en el paro nuestra modernidad, ya se acabaron los tiempos en que se seguía a la gente. El perfil indicaba que el hombre vivía en Los Ángeles. Le pregunté a Madeleine si quería ver la foto y volvió a decir que sí por señas. Sin que se le notase la mínima emoción, dijo: «Es él». Debía de estar acusando el impacto. Siguió con los ojos clavados en su amor de juventud y al fin dijo: «No ha cambiado nada». En una novela no me habría atrevido a poner una frase así. Qué hermoso me pareció que pudiera decir eso de aquel hombre casi sesenta años después de haberlo visto por última vez. El poder de un sentimiento es capaz de congelar el tiempo.

Pensé que iba a querer saber más de él. No debía de ser complicado profundizar más. Pero lo que acababa de ver parecía haberla privado de toda energía. Ahora quería descansar, cosa que yo entendí perfectamente. Al acompañarme a la puerta, volvió a decirme: «Gracias». Yo no había hecho nada de particular. Solo teclear un nombre en el móvil. En el último momento, me retuvo: «Ya sé que me canso, que a veces no sé muy bien dónde tengo la cabeza, pero hay algo de lo que estoy segura: quiero volver a ver a Yves, quiero volver a ver a Yves antes de morirme».

Bajé las escaleras cada vez más despacio y acabé por sentarme en un peldaño. La expresión «antes de morirme» me había dejado perplejo. Al ver la foto de ese hombre, había decidido inmediatamente que tenía que llevar a cabo un acto postrero. Sin pretenderlo, al hilo de la conversación, yo había

puesto en marcha un deseo increíble. Y, por supuesto, no lo puedo negar, estaba pensando en mi novela. ¿Y si fuera esa mi historia? Esa y solo esa. Me veía ya yéndome a Estados Unidos con Madeleine para describir la belleza de su reencuentro.

Esta historia me recordó un reportaje que había visto hacía poco. Unas imágenes que habían dado la vuelta al mundo, desencadenando sistemáticamente una intensa emoción. Setenta y cinco años después del desembarco de Normandía, un estadounidense había vuelto a encontrar a una mujer a la que había querido. Maravillados por esta locura del destino, estaban cogidos de la mano con los ojos llenos de lágrimas. El tiempo lo altera todo al pasar, menos el amor. Eso es lo que había que creer al mirarlos.

En plena deriva sentimental, volvió a surgir una pregunta. La misma que había provocado mi encuentro con Valérie. Las dos citas se correspondían con un extraño eco. Era como si ambas se hubieran esforzado por crear cierta forma de tensión narrativa. En el caso de Valérie, no podían ya quedarme dudas. En el último instante de nuestro encuentro, al volverse hacia mí de ese modo para anunciarme que se iba a separar, estaba claro que había intentado crear un suspense. Exactamente igual que se desvela al final de cada uno de los episodios de una serie un acontecimiento que desencadena en el espectador el deseo frenético de ver el siguiente. En inglés eso se llama un *cliffhanger*, una forma de dejar al espectador como «colgando del acantilado». Igual que un guionista de su propia vida, Valérie había creado en mí esa expectativa. Y, por lo tanto, también potencialmente en el lector, si yo conseguía escribir esa historia.

Y resultaba que ahora Madeleine hacía algo similar. Desde luego, no creía que hubiera podido hacerlo conscientemente, con un sentido de la narración. No me la imaginaba dominando plenamente el concepto de *cliffhanger*. Sin embargo, esta última escena tenía todos los ingredientes necesarios. ¿Qué iba a pasar a continuación? Quería volver a ver a Yves. Me parecía evidente que yo iba a desempeñar un papel en la organización de ese reencuentro. Y, una vez más, era mi presencia la que había provocado ese giro en su vida. Era como un psicólogo a quien no le has pedido cita. Te encuentras frente a él con la sensación de no tener nada que

soltar, pero al cabo de tres minutos te pone a confesar qué es lo que anda mal. Aquí no se trataba de una patología cualquiera, sino de un tesoro escondido en lo hondo del corazón. Aunque a Madeleine, obviamente, le había perturbado la foto de Yves, yo lo que más había notado era lo feliz que estaba por poder revelarme su secreto. Por respeto hacia René, nunca les había mencionado a sus hijas la intensidad de ese primer amor. Mi novela le permitía, por fin, escribir esa historia.

25

Ya en la calle, me fui a dar una vuelta por el barrio. Por todas partes, a mi alrededor, no veía ya vecinos sino personajes. Me había sentado muchas veces en la terraza de un café y me había inventado la vida de los transeúntes; en esta ocasión, me había levantado para poner fin a la imaginación. Al volver a pensar en mi novela, me daba la impresión de que estaba tomando «un giro afectivo». Entre las incertidumbres de Valérie y los recuerdos de Madeleine, le dedicaba mucho tiempo a las agonías del corazón. Me fastidiaba un poco, porque a veces me habían echado en cara que me pasaba escribiendo sobre el amor. Pero seamos claros: lo de ahora no era cosa mía. Estaba sometido a la vida de mis personajes. Y parece evidente que la trama sentimental de cada individuo sigue siendo relativamente prioritaria.

26

Ya se anunciaba la caída de la tarde. Por segunda vez en dos días iba a cenar en casa de los Martin. Llegué antes de la hora a propósito para poder hablar con los hijos. Lola me abrió la puerta y me obsequió con un «buenas tardes, señor escritor». Pero eso fue todo. Se volvió inmediatamente a su cuarto, dejándome ocioso en el pasillo. ¿No le gustaba mi cara? Valérie me había dicho el día anterior que en el liceo su hija se situaba más bien entre las chicas populares. Yo no veía sino a una adolescente asilvestrada que recelaba de mí como si fuera un examen sorpresa de Física y Química. Aunque esta generación no parecía ya asombrarse de gran cosa, no por ello

era menos desconfiada. Con el uso y abuso de las redes sociales y las reputaciones basadas en naderías, había que andarse con cuidado. Me seguía viendo como a una especie de espía, y no le faltaba razón.

No me quedó más remedio que aventurarme solo hasta el salón. Como siempre que me invitaban a casa de alguien, miré las estanterías de libros. Me da la impresión de que se puede saberlo todo de una persona observando los libros que tiene. En la época en que me quería comprar un piso, me iba directamente hacia los estantes para descubrir las novelas que había en ellos. Si no había novelas, me marchaba *ipso facto*. Me resultaba imposible adquirir una propiedad cuyos anteriores dueños no leyeran. Era como enterarse de que había ocurrido un crimen horrible en ese mismo lugar unos años antes (cada cual tiene sus exageraciones). Igual que hay quien cree en los fantasmas, a mí me parece completamente verosímil que pueda existir como un fantasma de la incultura.

En casa de los Martin encontré unos cuantos clásicos, superventas y tres o cuatro premios Goncourt. Desde un punto de vista literario, estaba en una familia media que leía los libros de los que habla todo el mundo. Me sorprendió sin embargo descubrir *Del inconveniente de haber nacido* de Emil Cioran entre lecturas para el gran público. Me pareció tan improbable como que los hermanos Marx hubieran hecho un drama. Pero eché mano a la obra y leí la etiqueta: «Regalo por la compra de dos libros de la colección Folio». El filósofo rumano se hallaba pues metido en una promoción que le permitía ir a echar una ojeada en la sección de libros de éxito. Me acordé entonces de una de sus frases que tanto me gusta: «Es increíble que la perspectiva de tener un biógrafo no haya hecho renunciar a nadie a tener una vida». Había ahí como una resonancia con mi proyecto, puesto que yo estaba convirtiéndome en el biógrafo de la familia Martin.

El tiempo pasaba y yo seguía solo en el salón. No tenía pues más elección que la siguiente:

ANÉCDOTAS EMOCIONANTES
SOBRE KARL LAGERFELD (1)[7]

Lagerfeld conservó toda su vida parte de los muebles de su cuarto de niño. Eso era lo que me había contado Madeleine. Ese detalle me pareció fascinante y no utilizo esta palabra para darle mayor emoción a este pasaje que se supone que colma un bache narrativo. No, me parece que resulta tanto más intrigante cuanto que él no asociaba la infancia a una temporada demasiado alegre. Recuerdo una entrevista en que decía incluso que se había identificado plenamente con la atmósfera tan austera de *La cinta blanca* de Michael Haneke. Y, ahondando algo en el tema, me encontré con estas declaraciones al diario *Libération*: «La condición de niño me parecía humillante». Lo cual nos da una idea de lo que vivió. Y entonces no te queda más remedio que preguntarte por ese deseo de conservar los muebles de entonces. Si un artista es un adulto que está mirando su infancia permanentemente, al parecer este caso era distinto. Formo parte de quienes piensan que los objetos llevan en sí las vibraciones del pasado; lo mismo que las paredes, las calles o los árboles. Visto así, ese escritorio pequeñito que conservó toda la vida fue, en cierto modo, el primer espectador de su genialidad. En él fue donde hizo los dibujos con que se inició, el origen de su mundo creativo. Lagerfeld quiso pues conservar junto a sí no el objeto de una época que rechazaba, sino el testigo material de su eclosión artística (el equivalente humano sería conservar a mamá para siempre a nuestro lado).

Hay que creer que «se hace narración al narrar». Pues fue en plena anécdota sobre Lagerfeld cuando se presentó Jérémie. Al contrario que su hermana, tan escurridiza, se acomodó a mi lado. Me sentí en confianza y me permití preguntarle si podía ver su cuarto. Aceptó, pero caí en la cuenta enseguida de que era de los que dicen que sí a todo para ahorrarse cualquier conversación. Era un cicatero de la palabra. Y, cuando hablaba, en realidad nunca terminaba las frases; había algo a medio acabar en él. Para ser

exactos: a él mismo no parecía resultarle demasiado interesante lo que decía.

Supongo que es algo bastante clásico. La adolescencia es una edad en que la percepción de uno mismo padece. Se explica quizá de la siguiente manera: a menudo, la infancia es un reino donde eres el centro del mundo. Sin pretenderlo, los padres hinchán de forma desproporcionada el ego de su prole. Llegan corriendo ante la menor necesidad, les parece genial cualquier garabato y se quedan extasiados con unas coreografías ridículas. En resumen, al niño le da la impresión de que vive en estado de gracia y, lamentablemente, se estrella luego en la realidad de la adolescencia: es él y nada más. Seguramente habría muchas menos crisis en la pubertad si a los humanos se los sumergiera desde su más tierna edad en una realidad menos narcisista. Jérémie, como cualquier otro adolescente, era como una estrella de la canción que ha tenido un éxito tras otro, pero a partir de ahora atraviesa una etapa mucho más compleja porque parece que el público ha perdido interés. Así que se encuentra en esa etapa de la vida en la que, aun habiendo vivido tan poco, uno se siente *ya has been*. El adolescente cree que teme el porvenir, así que sufre por la desaparición del pasado.

Esa teoría se me ocurrió de pronto mientras recorría con la mirada las paredes de una habitación sin alma, adornada con unos cuantos carteles. Al mirarlos, sus gustos musicales parecían compulsivos. Tenía el corazón dividido entre Nirvana y Angèle. Un grupo de depresivos y una joven rebotante de alegría de vivir (el amplio espectro del oído). Al ver el primer póster, *Smells Like Teen Spirit*, le pregunté qué era para él «el olor del espíritu adolescente». Masculló en el acto: «Huele a chamusquina». La cosa prometía, por más que volviera a valorar su arte para la réplica. Cruzamos entonces unas cuantas palabras acerca de Kurt Cobain y pareció interesarle lo que le estaba contando. Yo había vivido como una deflagración la llegada de ese grupo con un sonido inédito en 1991; y, más aún, tres años después, el suicidio de su cantante. Aproveché para empalmar con la famosa maldición de los «veintisiete años». La lista negra de todas las estrellas muertas a esa edad: Janis Joplin, Jimi Hendrix, Jim Morrison, Brian Jones, Amy Winehouse. Pero me paré en seco en plena anécdota lúgubre. No iba a convertir a Jérémie en confidente arrastrándolo por pendientes tan

morbosas. Se lo vi claramente en los ojos, algo desorbitados; me miraba como si acabase de ofrecerle un cursillo práctico para aprender a cortarse las venas.

Más valía pasar a otra cosa. Siguiendo con mi inspección del lugar, pude comprobar que no había libros. Solo tenía unos cuantos clásicos que debía de haber leído en clase, como *Zadig* y *Rojo y negro*. Cosa que me sorprendió: su referencia a Amélie Nothomb en la primera cena me había hecho pensar que tenía ante mí a un amigo de la literatura. Pista falsa. Me explicó que no había leído nunca nada suyo, pero que una de sus amigas de clase la veneraba. Lo hacía todo como ella, vestía de negro y lucía sombreros anchos. Para crear cierta complicidad entre nosotros, le dije que conocía bastante bien a Amélie, lo que pareció dejarlo por completo indiferente. Debía de haberme visto la decepción en la cara y que trataba desesperadamente de establecer un vínculo, entonces balbució: «A quien me gustaría conocer es a Mbappé. ¿Lo conoce?». ¡Vaya! Lamentaba no haber coincidido nunca con él. A lo mejor mi novela iba a resentirse de mi falta de relaciones futbolísticas. Había coincidido con Dominique Rocheteau unos años antes en el Salón del Libro de Saint-Étienne y habíamos hablado de cómo había sido el rodaje con Maurice Pialat. Pero dudaba de que eso interesase a Jérémie. Era preferible pasar a otro terreno.

Empecé a hacerle preguntas sobre su vida cotidiana, el liceo, sus amigos. Por sus reacciones, me daba la impresión de que sentía que lo acosaba. Estaba claro: se arrepentía de haberme dejado entrar en su cuarto. Debería haber hecho como su hermana y pasar de mí, seguro que estaba pensando eso. Contestaba por educación, pero la mayor parte de las veces de forma imprecisa y borrosa. De vez en cuando balbucía como una onomatopeya que a Claude Lévi-Strauss le habría encantado estudiar. En resumidas cuentas, no logré sacarle nada. Este personaje era un callejón sin salida.

Aun así, seguí haciéndole preguntas para dar con algo que pudiera escribir sobre él.

—¿De verdad no hay nada que te apasione? —le pregunté con desparpajo, intentando evitar un tono que lo culpabilizase.

- Algo.
- ¿Y eso? ¿Qué quiere decir «algo»?
- Quiere decir que hay cosas que me apasionan algo.
- Vale... Y la música, ¿te gusta? Los pósters... ¿Te gusta Angèle?
- Tampoco es que me entusiasme. Hice agujeros en la pared cuando era pequeño, así que los tapo con pósters.
- ¿Qué escuchas?
- Pues ahora mismo no se me ocurre nada.
- Y en tu tiempo libre, ¿a qué te dedicas?
- Juego *online* con unos colegas.
- ...
- O, si no, también me gusta ver series.
- Ah, muy bien ¿Cuáles ves? ¿Me podrías recomendar alguna?
- No sé.
- ¿No sabes? ¿Eso qué quiere decir?
- Ahora mismo no se me ocurre ninguna.
- ...

Las series son un paisaje que desfila. Imágenes que pasan ante los ojos y se olvidan cuando empieza el siguiente episodio. Pero Jérémie podría haberse esforzado un poco, citar un nombre. Tenía que volver a la carga, pedirle que concretase, era un sentido único agotador. De repente, para mayor sorpresa mía, intentó rellenar el vacío que se estaba adueñando de nuestra conversación:

- Hay una chica en el liceo que intentó suicidarse.
- Ah..., es terrible.
- Sí.
- ¿La conocías?
- No. Solo me cruzaba con ella.
- ¿Y sabes lo que pasó?
- Al principio todo el mundo creyó que era por acoso. Los profes se pasan la vida sensibilizándonos con eso.
- ¿Y no era el caso de esta chica?
- No. Encontraron una carta en su cuarto.
- ¿Explicaba su decisión?
- Sí.

—¿Qué decía?
—De verdad que es muy raro.
—¿No me lo quieres decir?
—Sí, sí, pero...
—¿Qué?
—Dijo que era un deseo de Satanás. Oyó una voz..., la voz del diablo que le decía que se matase.
—¿Escribió eso en su carta?
—Sí.
—¿Estás seguro de que fue eso lo que te dijeron?
—No, vi la carta. Hay una copia que anduvo circulando por el liceo. La carta es increíble.
—Ya me lo imagino.
—Pude hacer una copia. ¿Quiere verla?
—Sí, claro —dije, intentando disimular un entusiasmo morboso. En contra de todo pronóstico, era un rebote emocionante; a lo mejor podía hacer una copia y meterla en mi novela.

Jérémie se acercó a su escritorio, abrió un cajón y luego, de repente, se volvió hacia mí.

—Pero ¿se lo ha creído?
—¿Cómo?
—Me lo he inventado todo. Para usted.
—Pero ¿por qué?
—No lo sé. Parece decepcionado por lo que le cuento, así que pensé que le haría ilusión.
—¿Hacerme ilusión? No sé qué decir... Eres sorprendente. Y no, no estoy ni pizca de decepcionado. Lo siento mucho si te ha parecido eso. Me apetece saber lo que te pasa a ti, saber qué te emociona. Cómo ves nuestra época y el porvenir. No me apetece que te inventes cosas para mí. Aunque reconozco que en esto has estado muy bien. Me lo he creído de verdad.
—Gracias.

Pasó un ángel. Tuve que admitir en mi fuero interno que había hecho el ridículo empalmando tópicos sobre él y la adolescencia. Ahora parecía que se le estaba encendiendo algo en la mirada. No es que fuera una llama

tremenda; solo la luz de una vela, a lo lejos. Contra todo pronóstico, ahora sí podía decirse que este personaje tenía un principio prometedor.

Una hora después estábamos los cinco en torno a la mesa, colocados como el día anterior. Como yo también había hecho películas, me preguntaron si tal o cual actor era majo. Solté unas cuantas trivialidades al uso sobre cada uno de ellos, sin arriesgarme a revelar las neurosis de nadie. Acabamos soltando un tópico tras otro, igualmente carentes de interés, sobre el tiempo o la política.

La familia Martin cenaba a menudo mirando la televisión y sobre todo el programa *C à vous*. A Valérie lo que más le gustaba era la presentadora, con la que se había cruzado una vez en una tienda de segunda mano del distrito XV. Mi presencia estorbaba ese ritual catódico y ponía a la familia en la obligación de hablar. También yo me sentía relativamente violento. No me atrevía a mirar a Patrick, por temor a que me leyese en los ojos lo que me había revelado su mujer. Nunca se me ha dado demasiado bien guardar un secreto.[8] Ya desde esta segunda noche mi proyecto estaba tomando un giro curioso. Me daba la impresión de estar de lleno en un programa de telerrealidad, quitando la histeria.

Patrick acabó por tomar la palabra:

—Estoy de acuerdo en hablar con usted para que vaya siguiendo nuestra vida, como ha pedido mi mujer, pero no creo que tenga que venir a cenar todas las noches. Seguramente sería mejor quedar por separado.

—Efectivamente, creo que tiene usted razón —dije.

—Coma conmigo mañana. Le enseñaré mi entorno laboral. Ya verá que tiene menos gracia que ser escritor.

—Con mucho gusto. Gracias por la ayuda.

—¿Y tú, Lola? —le preguntó entonces Valérie a su hija, sabiendo de antemano la respuesta.

—Yo no he cambiado de opinión. Me la suda salir en un libro. Y además no me apetece exhibir mi vida privada por las buenas.

—Ten la bondad de no ser vulgar. A mí me parece que será un recuerdo espléndido. A lo mejor dentro de cien años todavía están hablando de nosotros.

—Vaya —balbucí, pues me parecía que me sobreestimaba un tanto—; si fuera posible que se siguiera hablando de mi libro dos semanas después de publicarse, ya sería mucho.

—Y, además, podremos leer el manuscrito antes de que salga, ¿verdad? —preguntó Valérie, seguramente para tranquilizar a su hija.

—Claro —contesté yo en el acto, diciéndome que mi novela perdería todo el interés si se la enseñaba. Tenía miedo de que si descubrían las palabras en el papel acabasen por impedir que se realizase el proyecto. Así que ni hablar.

30

La cena fue rápida y todos se fueron a su cuarto. Me quedé en el salón, solo con Valérie, tomando una infusión. No quería volver a lo que me había dicho sobre su marido, no era el sitio indicado. No me apetecía tener que cuchichear. Sin embargo, había un asunto al que no paraba de darle vueltas: aquella repentina declaración, ¿era fruto de una prolongada reflexión o había sido espontánea? De ser esto último, ¿habría sido nuestra conversación la que había desencadenado esa confianza? ¿Iba a mantenerse firme? Yo lo dudaba. De hecho, es posible expresar un deseo sin que ello implique que vaya a concretarse. Mientras me permitía recorrer los derroteros sentimentales de mi anfitriona, ella me miraba con una amplia sonrisa:

—Es usted un caso, desde luego.

—¿Ah, sí? ¿Y eso es bueno?

—Sí. Me encanta. Al principio me pareció usted muy raro, pero ahora reconozco que estoy empezando a encariñarme.

—...

Se echó a reír, bastante ufana de su salida, al parecer. Yo solo la conocía desde hacía dos días, pero me daba la impresión de que llevaba mucho sin reírse. Su cara parecía sorprenderse de albergar las manifestaciones de un

humor alegre. A todas luces, esa mujer a quien había descubierto retraída le estaba cogiendo gusto a la aventura que empezaba.

Siguió diciendo:

—No lo entendí bien: su mujer se fue por las buenas.

—No era mi mujer.

—Ya, bueno, su compañera.

—Valérie, le estoy muy agradecido por todo. Pero de verdad que me gustaría que evitásemos hablar de mí.

—Ya, ya lo he entendido. Pero necesito saber con quién hablo. Y no se parece nada a lo que dicen de usted en internet.

—No sé qué parezco. Y desde luego no quiero esconderme. Comprendo su deseo de hacer un intercambio o de equilibrar las conversaciones. Pero estoy aquí para escribir un libro sobre usted, y no sobre mí.

—Pues qué frustrante. Me apetece conocerlo mejor.

—Hablabamos de mí más adelante, ¿vale?

—De acuerdo. Pero déjeme al menos hacerle una pregunta al día. Es razonable.

—¿Una pregunta al día?

—Sí.

—Muy bien —dije, esbozando una sonrisa.

A ese ritmo, iba a necesitar varios años para entender mi relación con Marie. Yo no paraba de hacerme preguntas desde que nos habíamos separado y no tenía ni el atisbo de una respuesta. Peor aún, todo me parecía cada vez más raro e incierto, no estaba del todo seguro de haber vivido la misma historia que ella.

Una vez liquidado el ataque autobiográfico, recobré la iniciativa. Quería aprovechar este rato de los dos a solas para hablar de Madeleine y de su confidencia. ¿Qué sabía Valérie del primer amor de su madre? Poca cosa, me dijo. Lo había mencionado algunas veces fugazmente; como mucho, sabía el nombre de pila de ese hombre y algunos detalles nimios, pero nunca había calibrado la intensidad de su relación. Pareció sorprenderle lo

que le conté. Al tiempo que reconocía que resulta más fácil confesarse con un desconocido. Es lo que notaba también ella. Pero Madeleine había ocultado su pasado para proteger al padre de sus hijas. De hecho, Valérie ni siquiera estaba segura de querer saber más; hizo como un mohín dubitativo, casi asqueado. Hay que reconocer también que seguramente a Valérie se le hacía raro imaginarse a su madre en una pasión devoradora, siendo así que siempre la había visto moverse en el mundo de los corazones sensatos.

Le enseñé la foto de Yves Grimbert, la que había encontrado en Facebook. Se levantó de pronto para ir a buscar una botella. «¿No le parece a usted que lo que vivimos es mucho más de whisky que de infusiones?», dijo con un tono casi trágico. Yo no podía estar más de acuerdo.^[9] Aunque lo cierto es que no aguantaba los alcoholes fuertes y me decantaba claramente por el vino. Pero quería ser dócil, que mis preferencias impregnaran lo menos posible esta historia con mis gustos. Acabó por agradarme esta calidez que me irradiaba desde la garganta; empezaba a sentir el calorcito en la cabeza y casi lamenté haberme pasado tantos años de borracheras al resguardo del whisky. Una bebida que nos proyectó a la parte oscura de la historia, la parte dolorosa. Madeleine no había sabido nunca por qué Yves se había marchado de repente a Estados Unidos. No cabía duda de que no había tenido fuerza para decirle la verdad. Pero ¿qué verdad? Habían pasado los años dejando la incomprensión igual que el primer día y hete aquí que un escritor francés recogía ahora las migajas de una desesperación intacta.

No sé cuánto tiempo duró la conversación, pero al cabo de un rato Patrick regresó a la puerta del salón. Bueno, solo al umbral de la habitación, con un pie en el pasillo. Nos miró entre perplejo e irritado: «¿Estáis tomando un whisky?», pronunció al fin, aunque tenía la respuesta delante. Admití que pudiera parecerle poco lógico ver a su mujer emborrachándose con un completo desconocido en su salón. Estaba conforme con ayudarme en mi proyecto, pero todo tiene un límite. Ya era hora de que me fuese.

Nos despedimos rápidamente los tres. Ya en el rellano, me pareció percibir detrás de la puerta unas cuantas palabras un tanto vehementes. Por lo visto, mi presencia a deshora había dado pie a una riña. Tenía que andarme con cuidado y no perturbar el equilibrio de esa familia; no dañar el ecosistema de los Martin. Cuando llegó el ascensor ya no se oía nada. Puede que sea así cómo se mide el grado de desgaste de una pareja: cuando las peleas no duran ya sino unos segundos.

33

Según regresaba a casa a pie, volví a pensar en la riqueza de todos los elementos que había cosechado. Antes, ese mismo día, tras acordarme de *Seis personajes en busca de autor*, encontré la obra de Pirandello entre mis libros. Al hojearla, tropecé con esta frase: «Verá, señor, la vida está llena de infinitas cosas absurdas a las que con todo descaro ni siquiera les hace falta parecer verosímiles porque son verdaderas». Así es como lo verdadero parece a menudo inverosímil. Me daba miedo apoderarme de lo real y que a los demás les pareciese menos creíble que la ficción. Temía que pudieran no creerme, que dijeran que toda esta historia me la había inventado; que dijeran que nunca había bajado a la calle para dirigirme a la primera persona que pasara. Ocurre que a veces digo la verdad y suena como una mentira. Pero no lo puedo remediar: la vida es poco plausible.

En el salón de mi casa, sentado en el sofá, me quedé un rato quieto. Notaba calor en la cabeza, seguramente por el alcohol, sensación que me resultaba más bien agradable. Recuerdo también que me gustó ese instante y la sensación de soledad que me invadió.

Unos minutos después (pero es posible que esa pausa fuera más larga), me levanté para ir al escritorio. Ese mismo escritorio en que iba a pasar horas convirtiendo en novela lo que estaba viviendo. Era evidente que tenía que tomar nota lo antes posible, en todas las ocasiones, de lo que iba cosechando. Me fiaba muy poco de mi memoria.

Madeleine Tricot. A pesar de lo que me ha dicho su hija de su salud, yo en cambio la veo muy entera y lúcida en lo referido a su pasado. Ha concretado los elementos de su pasión juvenil. Puede considerarse que se trata del amor de su vida. Se llama Yves Grimbert y vive en Estados Unidos. Hemos visto la foto de ese hombre en Facebook. La verdad es que podría escribirle desde mi perfil. Las razones por las que se marchó siguen siendo un misterio. Madeleine no ha dejado de pensar en él. Esta historia me gusta de forma muy particular. ¿Va a imponerse sobre el resto del libro? También siento afecto por René (me gustan las figuras en la sombra y los olvidados). Unas cuantas buenas anécdotas sobre Lagerfeld que me guardo en la manga.

Valérie Martin. Ha cambiado completamente de actitud conmigo. Resulta que está entusiasmada con mi proyecto. Se nota que tiene muchísimas ganas de hablar. También insiste mucho para saber más de mí. Tengo que encontrar una forma de evitar sus preguntas. Impresión de que siente aburrimiento en general. Ya no le motiva su trabajo. Información esencial: quiere dejar a su marido. ¿Es una depresión pasajera? ¿Una decisión de verdad? Me temo que lo haga para parecer interesante en la novela.

Patrick Martin. Sigue algo desconfiado conmigo. Hoy nada nuevo, pero me ha propuesto comer con él mañana. Solo parecen importarle sus preocupaciones profesionales y la cita pendiente. Su reacción celosa al final de la velada, sin embargo, me da la impresión de que todavía está muy enamorado de su mujer.

Jérémie Martin. No parece tener mucha confianza en sí mismo, lo que resulta bastante natural en un adolescente. Pasmoso intento de participar en mi novela con una anécdota inventada de cabo a rabo. Impresión de que este personaje tiene un gran potencial para sorprenderme.

Lola Martin. La misma situación. No quiere que escriba sobre ella. No hay prisa.

Antes de irme a la cama he escrito a Marie: «¿Sigues prefiriendo la soledad?», pero no he enviado el mensaje. No me apetecía hablar de ella ahora ni me apetece que aparezca en la novela.

Ha salido el sol sobre el tercer día de mi novela. Mientras me tomaba el café, he encendido el ordenador. He decidido no contestar a los correos electrónicos recibidos, considerar cualquier elemento externo como un estorbo para mi proyecto. Mi religión era ahora la familia Martin. Me había convertido en un practicante asiduo, al borde de la intolerancia con el resto del mundo. Cuando estás escribiendo, no tienes que dejar que te distraigan otras historias. A veces he perdido frases por dispersarme. Y son tantas las tentaciones... La imaginación a menudo crea intrigas paralelas, como si fueran adulterios de la narración.

Empecé a dar forma a los elementos que ya tenía. El color de mis personajes iba surgiendo progresivamente. Pese a todo, al cabo de un rato me pregunté: ¿me apasiona de verdad esta familia? ¿No me estaré forzando a sentir interés por ella para coincidir con mi postulado de partida? Para no desdecirme, quizá me estoy negando a ver la trivialidad y le estoy poniendo a lo real las vestiduras de lo maravilloso. Había tenido la sensación de estar tocando una verdad novelística emocionante, pero ahora me habían entrado dudas. A decir verdad, ya estaba acostumbrado. Cada uno de mis libros se había edificado en torno al rechazo de lo que me había encantado la víspera. Nunca he escrito con la holgura de la certidumbre.

En estos pensamientos ciclóticos andaba cuando me interrumpió el timbre del telefonillo. No suelo contestar. Cuando estoy escribiendo me hago el muerto.^[10] Pero tuve la corazonada de que esta irrupción tenía que ver con mi proyecto. Efectivamente, así era: Madeleine estaba abajo. Me vestí corriendo y bajé a su encuentro. Ella sabía que yo vivía en este edificio

(se lo había señalado en nuestro primer encuentro). No se le había ocurrido pedirle mi teléfono a su hija y quería hablar conmigo lo antes posible. ¿Qué ocurría que fuera tan urgente? Quise ofrecerle que subiera a tomar un café, pero en el preciso instante en que iba a formular la invitación me asaltó una visión de mi casa. Estaba demasiado desordenada. Si Madeleine veía cómo vivía, era probable que diera marcha atrás en nuestra incipiente relación. Lo que es yo, no le contaría ninguna intimidad a alguien que dejase varios días platos sucios en el fregadero. Era escritor, bien es verdad: la coartada por excelencia para cualquier vicisitud y cualquier dejadez. Siempre podía decir que en periodo de escritura era del todo incapaz de dejar que me estorbase la mínima acción pragmática.

Acabamos por ir al café que hay al final de la calle. A esas horas, en el vientre fofo de la mañana, no había nadie. Si Madeleine se había despertado con el sentimiento de que tenía que hablar conmigo enseguida, ahora ya no parecía tener prisa alguna. Le cubría el rostro una especie de apaciguamiento; parecía como rejuvenecida. Algo se había salido de lo cotidiano y la lanzaba a lo que llamaría *un ligero frenesí*. ¿Desde cuándo no había vivido fuera del circuito de lo cotidiano? La notaba feliz de estar cruzando por esas horas que sabían a inédito.

Ya era hora de que me explicase la urgencia de este nuevo encuentro. Se había pasado buena parte de la noche dándole vueltas a nuestra conversación; a nuestras palabras, desde luego, pero sobre todo al rostro de Yves. Le había perturbado por completo que pudiera surgir así del pasado. Y con tanta rapidez. Tecleas un nombre en el móvil y aparece el rostro de un amor de juventud. Yo entendía que pudiera resultar desconcertante. Le expliqué a Madeleine que habíamos tenido suerte de que tuviera un perfil en Facebook; pocas veces son tan sencillas las búsquedas. De hecho, al mirar por encima la página de Yves Grimbert había comprobado que llevaba algo más de dos años sin publicar nada. Le había enviado una solicitud de amistad nada más dar con la página y seguía sin aceptarla. No me atrevía a decirle que se me había pasado por la cabeza que podría haber muerto. Muchos perfiles siguen activos después de una desaparición. Yo tenía entre mis amigos a personas fallecidas; me consternaba recibir una notificación el día de su cumpleaños. Es una de las violencias contemporáneas, tener que

dejar de seguir un perfil obsoleto o borrar de la agenda del móvil el contacto de una persona que ya no está.

¿Por qué habían vuelto a derivar mis pensamientos hacia lo morboso, hacia la peor versión de la historia venidera? Me hallaba ante una mujer rebosante de esperanza, que repitió lo que me había dicho la víspera: «Quiero volver a encontrarme con Yves. No sé cuánto tiempo me queda aún de vida, pero no puedo irme sin volver a verlo por última vez. Verlo otra vez y darle un abrazo. Necesito preguntarle por qué se fue. Preguntarle si ha pensado en mí en todos estos años. Aunque sea un minuto, quiero volver a verlo...». Dijo esas palabras como si se las supiese de memoria. Él vivía en Los Ángeles; así que iba a ir allí lo antes posible. Se la notaba decidida. Esa mujer que buscaba las palabras, titubeando, había dejado de existir. Me la imaginaba ya en ese periplo un tanto loco. Fue entonces cuando le pregunté por qué había ido a verme. Me contestó sencillamente: «Como tiene usted la culpa de todo, quiero que se venga conmigo».

36

Me había dirigido a una mujer al azar y dos días después quería cruzarse conmigo medio mundo para volver a encontrarse con su amor de juventud. Difícilmente podía esperar mejor comienzo para una trama, dejando aparte la eventual revelación de un crimen inconfesado y que llevase varias décadas obsesionando su conciencia. Qué entusiasmo el mío al pensar en convertirme en testigo de esta historia, en estar en primera fila para ver ese reencuentro. Andaba ya buscando en mi fuero interno las palabras para describir sus caras. Puede que esa escena fuera la única razón de ser de mi libro.

Por supuesto, lo que viniera después seguía siendo hipotético. Aquel hombre aún no me había respondido. Si no reaccionaba a mi solicitud en Facebook, de todas formas le mandarí un mensaje. Pero tenía miedo de que en tal caso no lo leyese. Me perdía en consideraciones modernas sin estar seguro de dominarlas. Nunca fui un apasionado de la tecnología y me había quedado bastante al margen de las redes sociales por temor a perder

demasiado tiempo con ellas. Para un bulímico de la curiosidad, eran un peligro abismal. Me venía muy bien tener una cuenta de Facebook, puesto que allí la actividad iba menguando en provecho de Instagram. También había buscado informaciones sobre Yves Grimbert en Google, pero no había encontrado nada. Me extrañaba que fuera posible escurrirse así entre las mallas de la red virtual. Siempre hay un momento en que te citan en alguna parte. Algunos homónimos habían destacado acá o allá, pero nadie de Los Ángeles.

Aunque no tuviera ninguna certeza de lo que iba a ocurrir, tenía que hablarle de ese proyecto a Valérie. Sin duda se opondría a que su madre emprendiese un viaje así. Llega un tiempo en que los hijos se convierten en los padres de sus padres y establecen los límites de lo que es de recibo o no. Pero yo estaba seguro de que Madeleine prescindiría de la bendición de su hija. Notaba que la movía una certidumbre fortísima.

37

Por lo pronto, me tenía que ir a comer con Patrick. Pocas veces mi horario estaba tan cargado y nunca había ido empalmando las conversaciones con miembros de una misma familia, ni siquiera la mía. Era mi faceta *Teorema* de Pasolini, quitando las perversiones y las relaciones sexuales. No creía tener muchas afinidades con Patrick, cosa que, en cierto modo, me venía bien. Me resultaba interesante vérmelas con un personaje potencialmente hostil a mi empresa o que no me tuviera aprecio.

Me recibió con la cortesía imprescindible. Seguramente había aceptado para darle gusto a su mujer; estaba en esa etapa de la vida en que parece más sencillo ceder. Igual que Valérie, al final había decidido que quedásemos en un restaurante cerca de su trabajo. En cambio, yo había fantaseado con esa gran torre dedicada a los seguros, con su autoservicio lleno de empleados. Esa vida me fascinaba. Cuando iba a los liceos para hablarles a los alumnos de mis libros, siempre pedía almorzar en el comedor escolar. El huevo duro con mayonesa servido en un platito de plástico podía llegar a provocarme como un orgasmo gastronómico.

Sobre todo, me habría gustado más observar su entorno laboral para entenderlo mejor. Después de comer quizá pudiéramos darnos una vuelta por la planta 14, donde tenía el despacho. Patrick había especificado: «Técnicamente, estoy en la planta 13, pero como trae mala suerte no hay planta 13 en el edificio. Me parece absurdo, porque la forma de llamarla no tiene nada que ver con la maldición. ¡Si eres supersticioso sabes de sobra que estás en la planta 13, da igual que ponga 14 en el botón del ascensor!». Yo no sabía cómo reaccionar a ese comentario que me parecía de lo más sensato, así que sencillamente asentí con la cabeza para mostrar mi total conformidad.

38

Pocos minutos después nos habíamos acomodado en un restaurante italiano que tenía un menú completo para almorzar. Patrick lo eligió sin pararse a mirarlo, en realidad. Los manteles de papel a cuadros y las velas apagadas brindaban al lugar el brillo de un vestigio romántico y a la cita el toque final de un ambiente inverosímil. El hombre que tenía enfrente iba a tener que hacer un esfuerzo social; su deseo de hablar distaba mucho de resultar obvio. No íbamos a pasarnos varios minutos eternos mareando la perdiz; fui al grano tomándome la libertad de decirle que no parecía rebosante de alegría de vivir y que estaba claro que pasaba por un mal momento. Para ser más preciso, esto fue lo que le dije:

—Al parecer, está en una mala racha.

—Sí.

—Lo que me contó antes de ayer se nota que lo tiene agobiado.

—Sí.

—No quiero darle la lata con mi proyecto, pero me gustaría que pudiéramos hablar de él. De lo que siente usted. De lo que vive usted. Me da la impresión de que no se encuentra bien...

Se quedó callado, como atónito. Yo, un desconocido, estaba haciendo un balance siniestro de su vida cotidiana. Eso sin contar con que no me había pedido nada. No se me había dado muy bien el arranque. Tendría que

haber sacado a colación un recuerdo alegre, algo que tuviera un color animado en su memoria. Creí que se iba a levantar y a irse, pero rompió a hablar. Estaba pasando una mala racha, en efecto, y no sabía cómo arrancarse de aquel torbellino infernal. «Es usted víctima de un acoso», le dije sencillamente, compadeciéndolo, en parte para compensar el tono brusco con el que había entrado en materia. Pareció casi sorprendido de que fuera posible definir así el caos en que se movía. Especificó que a él personalmente no lo afectaba, pero que el problema era toda la reestructuración actual. La llegada de Desjoyaux, el nuevo director general, había hundido a todo el mundo en un infierno. Patrick repitió casi palabra por palabra lo que me había dicho ya en la primera cena, el estribillo de su angustia. Le pregunté entonces cómo eran las cosas antes; había que huir del presente.

En cuanto empezó a hablar de lo que podía considerarse una edad de oro, le volvió algo de color a la cara. Al principio de su trayectoria todo parecía posible. Como comercial, se movía casi a diario para ir a visitar a los clientes. Tenía la sensación de una vida frenética incluso cuando tenía que ir a ver a un dentista en un suburbio de mala muerte. Hasta tal punto le gustaba su profesión y se consideraba útil; vender un seguro no era un intento de sacar una cuota a un individuo, sino de protegerlo de un riesgo potencial. Sin apenas exagerar, se veía como una especie de salvador anticipado. Con cada póliza firmada le corría un escalofrío por la espalda (cada cual tiene sus placeres). En vista de sus éxitos, acabó por entrar en el equipo directivo del grupo. Un ascenso que no pudo rechazar, pero que le dejó un regusto amargo. ¿Cabe dentro de lo posible que un avance en la empresa pueda vivirse como un retroceso personal? Echaba de menos los tiempos en que andaba de acá para allá. Cuando lo recibían a base de: «¡Ah, señor Martin! ¿Le pongo un cafelito?». O, si era al final del día: «¿No irá usted a marcharse sin echar un traguito? Tengo un juliénas de lo mejor, ya me dirá qué le parece...». Sentía haberse quedado sin esos momentos placenteros con los clientes. Pasarse horas analizando estadísticas no lo entusiasmaba. A veces había pensado en cambiar de sector, pero ¿dónde iba a ir? Era ese sentimiento lo que más lo asustaba, el de no tener alternativa. Sí, claro, a veces había cosas que daban cierto gusto. No dejaba de ser espléndido participar en el auge de su compañía. Y se alegraba de hacer

bien su trabajo. Era algo muy importante desde su punto de vista. Patrick siempre había tenido una faceta de buen alumno.[11]

Desde la crisis económica de 2008 habían cambiado muchas cosas. Se produjeron pérdidas que habían acarreado muchos despidos, que a su vez habían acarreado nuevas cadencias que se habían vuelto infernales. La vida profesional de Patrick se parecía a una sucesión de planes de reestructuración. Planes en los que el factor humano se había ido recortando progresivamente. Y luego había llegado otro director general: Jean-Paul Desjoyaux. Un hombre alto y enteco que podría haber esculpido Giacometti; pero desde luego era mucho menos agradable de ver que una obra del genio suizo. De entrada, había dado una extraña consigna: nadie que no fuera él podía ser el primero en tomar la palabra. Hubo quien creyó que se trataba de un rumor, pero de eso nada, era cierto. En cualquier caso, nadie iba a arriesgarse a llevarle la contraria a ese *diktat* sobre las relaciones. Así que, cuando uno se cruzaba con él por un pasillo, estaba prohibido saludarlo antes de que él dijera algo. Los días en que no quería empantanarse intercambiando cortesías, podía cruzar una planta entera en un silencio absoluto. En cambio, en cuanto se dirigía a alguien, esa persona tenía que reaccionar *ipso facto*. Era una relación de sentido único. Como quien no quiere la cosa, eso lanzaba a los empleados a algo así como un estado de angustia permanente; cuando se cruzaban con Desjoyaux nunca sabían hasta el último momento si deberían callarse o hablar. Hay torturas que tienen el sabor de lo anodino.

Patrick volvió al tema de la convocatoria del jefe. «Setenta y dos horas de suplicio», dijo sin rodeos. Ya solo le faltaba un día para saber qué quería Desjoyaux. A lo mejor su despido era inminente. De hecho, se lo estaba imaginando; no como otros compañeros suyos que se habían quedado noqueados por completo al enterarse de su expulsión. Se estaba acordando sobre todo de Gerbier, que llevaba tres meses postrado en su cuarto. Después de Lambert, era la segunda vez que mencionaba la trayectoria de un empleado del que habían prescindido brutalmente. Patrick llamaba con regularidad a su mujer para preguntar por él y la situación no parecía cambiar. Aquel hombre a quien había conocido tan bienhumorado y rebosante de alegría de vivir vegetaba metido en la cama. Ya no quería salir

ni ver a nadie, ni siquiera a sus hijos. Había dejado que lo invadiera el sentimiento de ser un inútil. Patrick pensaba que no tendría fuerzas para matarse, pero que en el fondo era lo mismo. Las incesantes humillaciones habían dado con él en tierra, convirtiendo a ese hombre en una sombra. No sabía qué hacer para ayudarlo, aparte de hacer algunas llamadas a su mujer solo para dar testimonio de una presencia, aunque fuera oral.

El ejemplo de Gerbier le había permitido anticipar su potencial exclusión. Digamos que se había preparado psicológicamente, como suele decirse. Una forma de hablar poco convincente en el sentido de que sigue siendo difícil calibrar los efectos de una situación antes de vivirla de verdad. En cualquier caso, Patrick había intentado proyectarse en esa otra vida. Con su experiencia, seguramente podría volver a encontrar trabajo, pero le llevaría tiempo; en el nivel en que estaba escaseaban las ofertas. Estaría, por supuesto, la preocupación por el dinero, pero le obsesionaba otra cosa. ¿Cómo iba a llenar con nada esas semanas o esos meses? No sabía cuáles eran las instrucciones de uso de la vida sin un empleo. Patrick se había hecho preguntas: ¿le apasionaba algo? Por extraño que pudiera parecer, tenía la sensación de que el estrés acumulado en los últimos años lo había convertido en una concha vacía. No era consciente ya del mínimo deseo. Así que no, en realidad no había nada que le apasionara. No le apetecían nada ni el cine ni la lectura ni los museos ni los paseos ni los viajes ni el deporte. Se imaginaba a sí mismo vagando semanas enteras como un soldado sin combate. En lo que esperaba el veredicto, le tenía obsesionado la imagen de esas horas vacías.

Pasaban los años y había algo que no entendía. Teníamos más o menos la misma edad. Podíamos entendernos. Cuando llegan los cincuenta, eres ya demasiado viejo para ser joven. Pero aún eres un poco joven para ser viejo. Estás muy incómodo entre dos sillas. Patrick se decía que había pasado muchos años cumpliendo con su destino: construir una familia y una trayectoria profesional. Pero ¿qué quedaba de todo eso? Unos hijos ya crecidos que no tardarían en irse, un matrimonio de sabor marchito y una vida profesional camino de estrellarse contra una pared. Yo entendía por lo que estaba pasando. Dije unas cuantas frases un tanto manidas sobre la capacidad humana para cobrar nuevo impulso, sobre el hecho de que la situación todavía no se había vuelto trágica. Pero, cada vez que yo daba una opinión, él repetía incansablemente: «Sí, a ti te resulta muy fácil decir eso...».[12] Se imaginaba mi vida como un reino sin trabas, libre de cualquier dificultad. No le llevé la contraria para evitar hablar de mí, pero me permití dar mi opinión:

—Nada te obliga a soportarlo. Tienes una trayectoria brillante. Estoy seguro de que puedes encontrar trabajo en otra parte. Cuentas con recursos...

—Cómo se nota que vives fuera de la realidad. Tengo que devolver una hipoteca, que pagar los estudios de mis hijos, que ayudar a mis padres. Y siempre hay alguna factura pendiente.

—...

—¿Puedes explicarme por qué todos los niños tienen los dientes torcidos y hay que ponerles un aparato que cuesta un ojo de la cara? En nuestros tiempos no pasaba nada de eso.

—Sí, pero mira nuestros dientes —dije para intentar que sonriera.

—¿Entiendes lo que quiero decir? Noto tanta presión. Me asfixio. Así que resulta muy fácil decir que puedo cambiar de vida como si tal cosa. En tu mundo, a lo mejor; pero en el mío, no.

—Solo te digo que intentes ser algo positivo. La verdad, no es poco todo lo que has conseguido.

—Sí..., eso es cierto... —acabó por reconocer Patrick en el momento en que el camarero le traía unas natillas con merengue.

Miró el postre un momento sin decir nada; le vi en los ojos que lo alegraba. Sí, gracias a esa isla flotante de merengue veía por primera vez desde el principio de la conversación que algo se le iluminaba por dentro. Cuando solo un postre puede reconfortarte es que las cosas, en efecto, van muy mal. Parecía perdido como un niño, incapaz ya de tomar decisiones de adulto. Ese hombre a quien había juzgado con demasiada precipitación era enternecedor. Se sentía perdido profesionalmente y eso, qué remedio, afectaba a su vida de pareja. Valérie había hablado de él con mucha dureza. ¿Era del todo consciente? Estaba dispuesto a alabar las prendas de Patrick ante su mujer, a alegar las circunstancias atenuantes, pero ¿era ese acaso mi papel? Yo quería escribir un libro, no convertirme en una especie de mediador. Pero, al inmiscuirme así en la vida de una familia, me situaba en la encrucijada de todos sus problemas. Tenía una visión de conjunto, el espectador de una orquesta desafinada.

Cierto es que la pareja estaba en crisis. Pero seamos sinceros: ¿quién no está en crisis? La vida es una secuencia de crisis. Bien sean individuales o colectivas (económica, ética, sanitaria). Y no entro en las manifestaciones del cuerpo (el hígado o los nervios, por ejemplo). El mundo occidental ha convertido la crisis en un eslogan todoterreno. En el fondo es algo que remite a la soledad absoluta de cada uno de nosotros. Cuántas veces me acuerdo de esa famosa frase de Albert Cohen: «Todo hombre está solo y a todos les importan un bledo los demás y nuestros dolores son una isla desierta». Esperemos que, al menos, esa isla sea una isla merengue flotando en las natillas.

Una vez más, tenía que andarme con ojo para no implicarme demasiado. No estaba allí para opinar, sino para escribir su vida. Tenía que hacer que siguiera hablando, incluso de lo que pudiera doler.

Mientras Patrick saboreaba el postre con todo el placer que añade el hacerlo despacio, la emprendí con el apartado de la vida sentimental. Alzó los ojos hacia mí y noté su titubeo: ¿le apetecía contestarme? Probablemente no, tenía todas las características del hombre púdico que nunca se explaya con nadie, ni siquiera con sus amigos más íntimos. Prefirió devolverme la pregunta.

—¿Y tú? ¿Cuál ha sido tu relación más larga?

—¿Yo? Diría que... siete años —contesté sin tener la seguridad de cuánto había durado exactamente la historia en la que estaba pensando, porque hubo varias separaciones, como paradas del corazón, pero me parecía que, de punta a punta, nuestra relación había durado más o menos eso.

—Entonces, no puedes entenderlo.

—¿Por qué?

—Para ti, vivir desde hace veinticinco años con la misma persona es una ficción.

En eso no se equivocaba. Aunque yo tuviera la sensación de haber experimentado el cansancio o la complejidad de una pareja a largo plazo, no podía imaginarme lo que se sentía en un período tan extenso. Le notaba en la mirada que medía mi vida amorosa con la vara de mi oficio. Según él, haber vivido varias relaciones de pareja era casi la marca de fábrica de una vida de artista. Seguía moviéndose entre tópicos. No me atrevía a decirle que, para mí, el artista era él. Para pasar tanto tiempo con alguien la verdad es que hay que tener un don para la *performance* (cada cual tiene sus sarcasmos).

—Pese a todo el talento que debes de tener, no creo que puedas imaginarte lo que estoy viviendo —prosiguió.

—Precisamente esa es la mismísima esencia de mi proyecto. Intentar entender los retos de una existencia que no es la mía.

—¿Por qué no escribes sobre ti? Es lo que hacen todos los escritores.

—No me interesa.

—¿Y crees que lo que tenga que decirte yo es más interesante?

—Sí. Acabas de decirlo. No puedo saber lo que es una larga vida en pareja. Así que cuenta.

Patrick miró el reloj; tenía que volver a la oficina. Pero se daba perfecta cuenta de que yo no quería que me dejase así, a orillas del relato amoroso. Acabó por decir que alegraría que tenía una cita fuera para quedarse un rato más conmigo. Creo sobre todo que le apetecía hablar; so pretexto de darme un caramelo, él se quedaba con toda la bolsa. Empezó a contar su historia: «Creo que no hay nada que decir. Es lo clásico. El problema, a fin de cuentas, es el cuerpo. Sí, todo el problema es el cuerpo. Llega un día en una relación en que ocurre algo muy raro e incluso terrible. Te acuestas con tu pareja sin quererlo. Te acuestas con ella por obligación, por la presión de tener que demostrar que sigues deseándola. Me acuerdo muy bien de ese momento. Estaba cansado, quería dormir, pero le vi a Valérie en los ojos que estaba pensando: «Otra noche sin sexo». Ya ni sabía cuánto hacía desde la última vez. Teníamos dos hijos, hacíamos vida juntos, el deseo se había embotado mucho. Así que nos encontramos fingiendo los dos. Nos preguntábamos: ¿qué hacen los demás? ¿Mienten, se engañan, toman pastillas? Valérie quiso que fuéramos a consultar a alguien. Algo así como un consejero que nos ayudase a darle un nuevo impulso al deseo. Menuda gilipollez, pero, vale, le hice caso. Quería demostrar mi buena voluntad. Pero no había nada que decir. La vida está mal hecha y eso es lo que hay. O te acostumbras a la falta de deseo o te separas. Pero nosotros nos llevábamos muy bien; aparte de eso no había ninguna razón para separarse. Estábamos de acuerdo en la educación de los niños, teníamos la misma forma de ver las cosas, no nos peleábamos prácticamente nunca. Hubo un momento incluso en que llegué a decirme que a lo mejor ahí estaba el problema. Habría sido más sencillo aborrecerse o destrozarse. Nuestra agonía era benigna, naufragábamos cogidos cariñosamente de la mano. Pensé en tener una aventura, pero no me sentía capaz. No tenía ni pizca de mala opinión de mis amigos que engañaban a su mujer. Cada cual hace lo que puede con su deseo. Pero yo no podía. Ni siquiera era una cuestión de amor, creo. Tenía la sensación de que si acudía a otra mujer estaba firmando el final de nuestra historia. Y no lo quería. Sigo sin quererlo, por cierto. Sé que nos falta ternura, sé que no tengo bastante energía para ella, pero no podría vivir sin Valérie. Necesito su presencia. Aunque no nos hablemos, sé que está ahí. Pero salta a la vista que está resentida conmigo, está claro que ya no es feliz, me reprocha que esté aletargado, que nunca organice nada,

que no sea ya capaz de tomar decisiones, todo eso lo sé, pero es este peso que llevo a la espalda lo que me impide reaccionar. Durante mucho tiempo pensé que la tormenta iba a pasar de largo, o la crisis, digamos, que era algo pasajero y que vendrían días mejores, pero se nos tragó este torbellino negativo. Nos cuesta muchísimo dar marcha atrás hacia la felicidad. No sé cómo arreglármelas para que las cosas cambien...

Me entraron ganas de decirle: «Dile todo eso, dile exactamente lo que acabas de decirme», pero notaba que sería incapaz. A menudo, las declaraciones más hermosas se dirigen a quien no le corresponde. Concluyó nuestra conversación. Patrick tenía que volver a trabajar. Delante del restaurante nos estrechamos la mano, casi como unos amigos. Al cabo de unos metros, volvió hacia mí. Exactamente igual que había hecho Valérie para anunciarme su deseo de separarse. Volvió para decirme: «¿Sabes? Quiero a Valérie. La quiero de verdad».

41

La lucidez de Patrick en lo tocante a su situación era absoluta. Algunas de sus palabras habían sido idénticas a las de su mujer. Compartían la misma visión de su vida cotidiana, con la diferencia de que Valérie quería poner fin a la relación. Yo, sin embargo, estaba a la espera de volver a verla para que me confirmase sus intenciones. En el preciso instante en que estaba pensando en ella, me envió un mensaje para saber cómo había ido la comida con su marido. Quise contestarle: «Ya leerá usted el libro». Bien pensado, no tenía por qué contarle a uno lo que me decía el otro. Existía como un secreto profesional en mi empresa. Pero supongo que quería sobre todo saber si había cooperado. Así que le contesté que había sido de lo más encantador.

A lo mejor, a fin de cuentas, acababa siendo el artífice de un acercamiento entre ellos. Pero tenía que procurar que no me contaminasen en exceso sus historias. Seguramente era demasiado sensible para ser de este modo el papel secante del sufrimiento ajeno. Me preguntaba cómo se las arreglaban los médicos o los psicólogos para no dejar que se adueñaran

de ellos las dolorosas confesiones o vivencias trágicas de sus pacientes. ¿Había que ser como un actor que vuelve a casa tras dejarse al personaje en los camerinos? Tenía que observar a la familia Martin intentando sentir la menor empatía posible hacia ellos; conservar como una distancia narrativa un tanto fría, clínica. Pero así era imposible escribir. No puedes por menos de sentir orgánicamente tu tema.

Me había dejado realmente sorprendido el comportamiento de Patrick. Había entrado en el juego más allá de mis expectativas, sobre todo en lo referido a su vida sentimental. Se había entregado por completo, hasta dejarme al final con una declaración de amor. Por supuesto que yo sospechaba que esas palabras suyas iban sobre todo destinadas a su mujer y que, al leer mi libro, ella entendería muchas cosas. Pero no era solo eso lo que había determinado su comportamiento. Por la tarde me había mandado un mensaje explícito: «Espero que tengas todo lo que necesitas. Al final, ha resultado muy agradable hablar contigo. Ánimo con tu libro». Entendí pues que ponía punto final a nuestras conversaciones. Se había explayado por completo porque para él este encuentro iba a ser el único. Se prestaba a participar en el proyecto y poner a mi alcance suficientes elementos para convertirlo en un personaje, pero no quería que le fuera haciendo un seguimiento diario. Valérie iba a confirmármelo esa misma noche.

Era una situación frustrante. Yo tenía ganas de mucho más. Y quería saber, por ejemplo, lo que iba a pasar en su encuentro con Desjoyaux. Aborrecía la perspectiva de dejar tramas inconclusas. Valérie iba a tranquilizarme en ese punto: me tendría al tanto. Me ayudaría a componer la continuación de la historia de su marido. Eso era algo que me convenía desde un punto de vista narrativo (no me perdería nada de las peripecias de Patrick), pero mucho menos desde un punto de vista emocional (iba a hablar de un hombre a través del prisma de su mujer). Así estaban las cosas; tenía que acomodarme a los deseos de mis personajes. Esa era, efectivamente, la diferencia fundamental con la ficción. En una novela podía obligar a quien fuera a revelármelo todo.

Tenía que ver a Valérie a eso de las ocho para ir a cenar. Había mencionado un restaurante cerca de su casa que le gustaba mucho. En su último mensaje había añadido: «¿Puede pasar primero por casa a última hora de la tarde? Jérémie quiere verlo». ¡Hombre, el adolescente estaba espabilando! ¿Iba a desvelarme algún secreto o un sentimiento íntimo? Me alegraba de esa noticia. Y además me venía bien porque quería equilibrar las edades en mis tramas. Dado lo que iba a vivir con Madeleine, necesitaba adolescencia para armonizar el relato. Veo siempre los libros por escribir como formas geométricas en las que hay que dosificar las diferentes fuerzas potenciales para crear una composición homogénea. Desde mi punto de vista una novela debe ser redonda.

En lo que se producía ese nuevo encuentro, me volví a casa. Quise tomar nota de lo que me había contado Patrick, pero me sentía exhausto. Escuchar a los demás exige prestar atención a todos los instantes y cansa mucho más que hablar. Por una vez conseguí incluso dormir unos veinte minutos, un fenómeno que me pasa muy pocas veces. Mi sueño tenía una personalidad neurasténica e inestable. Durante esa siestecita soñé una cosa muy extraña: Milan Kundera se me había acercado para susurrarme algo al oído, pero yo no había oído nada. Qué cara tan seria tenía en mi sueño, como si se dispusiera a revelarme el máspreciado de los secretos. Pero nada, no oía nada. Había tenido ya la suerte de cruzarme con el gran escritor y él incluso me había llamado por teléfono, lo que había sido una forma de consagración en la vida de mis oídos. Pero ¿por qué no había oído nada en mi sueño? Ni una palabra ni un suspiro. Con lo que me habría gustado que me guiase un poco en el laberinto de las comas.

Me quedé un ratito más en ese ambiente Kundera antes de irme al ordenador. Me conecté a mi cuenta de Facebook. Había recibido unos cuantos mensajes a los que no respondí. Aun a riesgo de parecer maleducado o ingrato, tenía que centrarme en mi proyecto. Con el paso de los años había conseguido distanciarme de lo que los demás pudieran pensar de mí. Y me hacía dichoso no vivir ya bajo la incesante presión de su opinión. Fue entonces cuando comprobé que Yves Grimbert había aceptado mi solicitud de amistad. No sé por qué no me había fijado

inmediatamente. Noté en el acto un nerviosismo increíble, como si se tratase de mi propia vida. La impresión de ver surgir de mi pasado a mis amores de la infancia, Cécile Bleicher o Célia Bouet. Casi temblaba. Tenía que escribirle, pero ¿qué? ¿Cómo dar con las palabras? Era el portavoz de una historia que apenas si conocía. Me dije que tenía que tirar por lo sencillo; los hechos, solo los hechos. Era un amigo de Madeleine y a ella le gustaría volver a verlo. Y ya está, con eso bastaba. Cordialmente. No, demasiado frío. Amistosamente, mejor. Sí, más cálido. Y ya está, ya estaba mandado el mensaje.

Me quedé mirando la página, habían leído el mensaje inmediatamente. Sentado en mi silla, en mi salón, sentía como si estuviera en el centro de una película de acción. Tenía que mantener la calma; cabía la posibilidad de que fuera otra persona quien se ocupase de esa cuenta, uno de sus hijos, por ejemplo. Ya estaba volviendo a las andadas pesimistas. Sigamos siendo positivos. Hasta aquí todo había transcurrido admirablemente para mi novela, no había razón para que dejara de hacerlo. ¡Ah! Acababan de aparecer tres puntitos moviéndose. Significaba que me estaban contestando. ¿Sería Yves Grimbert en persona quien escribía? ¿Qué hora era en Los Ángeles? Había nueve horas de desfase horario. Así que eran las siete y media de la mañana. Así estaba la cosa, me lo imaginaba con su café, en la cocina, contestándome. ¿O quizá estaba en la cama con el móvil? No, no lo creía. Las personas mayores en los Estados Unidos se levantan temprano, todo lo hacen temprano, por cierto, cenan a eso de las cuatro y media de la tarde, o las cinco. ¿Por qué estaba yo pensando en esos detalles? Para llenar ese tiempo interminable de los tres puntitos moviéndose. Facebook ha debido de inventar eso para que sigamos conectados, para que el cliente tenga paciencia entre respuesta y respuesta; que se espere un mensaje igual que a un artista que se está preparando entre bastidores; para no quebrar nunca el vínculo; sí, eso es, no quebrar nunca el vínculo, incluso los silencios entre dos frases han entrado en el ámbito del entretenimiento; ahora siempre está ocurriendo algo, incluso cuando no ocurre nada.

Por fin me contestó. «Estimado señor: me ha emocionado mucho leer su mensaje. De hecho, tener noticias de Madeleine esta mañana es una conmoción. Cuántas veces pienso en ella. Le ruego que le transmita mis

recuerdos más fieles. Y dígame que a mí también me haría mucho más que feliz volver a verla. Hace mucho que no voy a Francia. Pero, si ella quiere venir aquí, estaré encantado. Gracias una vez más por haber hecho esta gestión en nombre suyo. Con toda mi amistad, Yves».

Podía considerarse oficialmente que tenía un nuevo personaje en mi novela. ¡Y qué elegante entrada en materia! Ya estaba deseando saberlo todo sobre él. ¿Quién era? ¿Cómo vivía? ¿Y por qué se había ido de Francia? Pensaba en mi novela y pensaba en Madeleine también. Seguramente le trastornaría haber recuperado ese vínculo. Se habla mucho del poder de la literatura, pero era tremendo pensar que, desde que había empezado a escribir sobre esta familia, su vida se había vuelto novelesca en tantos aspectos.

43

Antes de ir a ver a Jérémie pasé por casa de Madeleine para anunciarle la noticia. No pareció sorprendida. Para ella las cosas eran cristalinas desde esta mañana. No había imaginado un guion diferente. La fuerza de su convencimiento seguía fascinándome. Y también su fuerza pragmática. Me dio su pasaporte preguntándome si podía sacar los billetes de avión. Me había convertido en el secretario particular de su expedición en pos del recuerdo. Tuve la sensación fulminante de que algo me estaba esperando también a mí en Los Ángeles; pero no sabía qué.

Madeleine no pudo por menos de ofrecerme un té (cada cual tiene sus ritos). Cuando estábamos los dos tranquilamente sentados, acabó por decirme:

—Cuando nos despedimos esta mañana pensé que no volveríamos a vernos.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Tiene usted otras cosas que hacer que acompañarme al otro extremo del mundo.

—Al contrario, es precisamente la parte más apasionante de mi proyecto.

—¿Lo piensa de verdad?

—Sí.

—¿Y sus lectores también?

—Nunca se puede saber lo que le va a interesar a un lector. A lo mejor algunos se saltan todas las páginas del viaje. Pero estoy seguro de que todos los que echan algo de menos se reconocerán en su deseo de volver a ver a ese hombre.

—Todo el mundo echa algo de menos, ¿no?

—Pues entonces ya ve, es buena señal. Todos los depresivos estarán de nuestra parte, y son un montón de gente.

Madeleine no esbozó la menor sonrisa. Había una nueva seriedad en ella. Sus palabras me sorprendieron. ¿Cómo se le había podido ocurrir que no iba a querer acompañarla? Debía de haberse pensado que mi proyecto inicial había sido como una especie de capricho, pero que tampoco había que pasarse de novelesco. Se equivocaba. Pocas veces me había apasionado tanto una historia. No podía sino admitir el triunfo de la realidad. De hecho, me asombró comprobar que a Madeleine, igual que a los demás personajes, le preocupaba saber si su vida iba a interesar a mis lectores. Era como si les hubiera infiltrado en la mente el director comercial de mi editorial.

Yo los tranquilizaba, pero, a decir verdad, era del todo incapaz de saber qué era interesante y qué no lo era para un lector. Me acuerdo de un periodista que escribió acerca de la primera novela que llegó a un público numeroso: «¡Esta novela funciona porque posee todos los ingredientes del éxito!». Qué frase tan extraña. Si yo supiera los ingredientes del éxito habría utilizado la receta mucho antes. Y así me habría ahorrado todos esos años de hacer trabajillos al tiempo que escribía. Y si existieran ingredientes para el éxito, todo el mundo podría fabricarlos a más y mejor. Era absurdo. Nunca se sabe de verdad lo que va a gustar. Al leer las líneas que estoy escribiendo, quizá haya algunos lectores que se queden cautivados, mientras otros bostezan de aburrimiento. No es esa mi prioridad. Me preocupa de verdad el lector, pero lo que me mueve ante todo es tener una relación obsesiva conmigo mismo.

Pero estaba dispuesto a hacer concesiones para tranquilizar a mis personajes. Para intentar cautivar al lector siempre podía apoyarme en algunos subterfugios. Podía pedirle que anticipase la continuación de la novela. Que intentase averiguar, por ejemplo, por qué Yves Grimbert había dejado a Madeleine. Eso haría que la empresa fuera al tiempo divertida y rastreadamente atractiva.

POSIBLES CAUSAS DE LA PARTIDA DE YVES GRIMBERT

1. Tenía una identidad falsa y los servicios secretos iban a desenmascararlo.
2. Una enfermedad incurable. Prefirió huir antes que agonizar ante la mujer de su vida.
3. Quería a otra mujer.
4. Quería a otro hombre.
5. Se vio complicado en un asunto turbio y se arriesgaba a ir a la cárcel.
6. Tenía una doble vida en Estados Unidos.
7. Como era nihilista, sabía que todas las historias tienen un final y prefirió, como escribió Gainsbourg, «huir de la felicidad por temor a que se escape».
8. No soportaba ya Francia.
9. Descubrió que Madeleine en realidad era su hermana.
10. Le tocó la lotería, pero no quería compartir el premio.

En lo que a mí se refería, tenía una vaga intuición, pero prefería callármela para no condicionar a nadie.

Puse fin a este paréntesis interior para reanudar de lleno mi relación con lo concreto. Le pregunté a Madeleine de cuánto dinero disponía para su periplo. Mencionó el hecho de que quizá fuera a ser su último viaje largo. Así que quería darse un capricho; darnos un capricho, de hecho, porque insistió en pagarme el billete de avión. A fin de cuentas, la acompañaba, dijo, y quería agradecérmelo. Por mucho que le contesté que a mí me venía

bien y esperaba cosechar así un condensado de emociones, no hubo nada que hacer: era su invitado por los aires. Quedamos en que el hotel y el coche de alquiler corrían de mi cuenta. Sí, ya sé, estos elementos pueden parecer superfluos, pero puesto que me apropio de la realidad no puedo prescindir de los aspectos técnicos. Cuando veo algunas películas me pregunto cómo se las apañan los personajes para vivir en pisos muy por encima de sus posibilidades; no consigo crearme una historia si está desconectada por completo de la verdad material. Me parecía necesario, en aras de la credibilidad, especificar que tuvimos esta conversación.

Ante los ojos de Madeleine, reservé los pasajes desde el móvil. También pedí los visados. «Nos vamos dentro de tres días», anuncié. Noté que estaba maravillada: llevaba años planificando su vida de antemano y el mínimo desplazamiento lo organizaba con meses de antelación. *La muerte de lo imprevisto* es la señal de que la vida está dando un auténtico giro, entrando en la vejez.

45

La inminencia de la partida me llevó a pensar en Marie. El trayecto es mi parte favorita del viaje; puedes visitar los monumentos más hermosos del mundo, vivir momentos infrecuentes e intensos, no hay nada mejor que sentarse con otra persona en un tren o en un avión. Me acuerdo de un vuelo a Asia durante el que pasamos horas hablando sin parar. Nos cogimos de la mano al pasar por una zona de turbulencias y nunca me había sentido tan feliz.

Pensar en eso me sumió en un estado de melancolía. Debería ser posible impedir que los recuerdos nos dominen así la mente; bloquearlos en la entrada del ahora. Otra de las cosas que no controlamos. También hay que decir que algunos elementos del presente contienen insoportables ecos del pasado. Nunca podré volver a coger el avión sin acordarme de Marie.^[13] Pero no era este el único hecho que me remitía a la historia de Madeleine e Yves. A mí también me habían dejado sin que llegara a entender bien todas las razones. Sí que había habido algunas conversaciones mortuorias para el

amor («Prefiero la soledad a ti»), pero eso no había bastado. El que se va siempre debería dejar cientos de páginas de explicaciones. Escribir una tesis para intentar aclarar un acto que el otro no entenderá nunca. Me notaba cercano a Madeleine y su angustia. Cuántas veces sacamos de la vida de los demás los elementos para entender la nuestra.

46

A lo mejor no debería haber dicho que sí a todo. Ver a Jérémie y cenar luego con Valérie me parecía un programa cargadito. Cierto es que resultaba complicado pedirles cosas a los miembros de una familia y no estar luego mínimamente a su disposición. Tenía que someterme a ellos, vivir bajo la dictadura de su realidad. Pero le tenía mucho miedo a mi capacidad de concentración; sabía que al cabo de un rato mi cerebro se parecía a la Unión Soviética en 1989. ¿Sería capaz de quedarme con lo mejor de lo que me dieran? En vista de lo que me ocurrió con Jérémie, mi preocupación era legítima.

Y eso que las cosas habían empezado bien. Me recibió con una sonrisa de oreja a oreja y una expresión casi de alivio. Pensé que le había llegado el turno de subirse al tren de mi novela, motivado seguramente por sus padres. Tirando a educado, empezó por preguntarme:

- ¿Y qué, su proyecto avanza bien?
- Bien, sí..., gracias. Me voy a Estados Unidos con tu abuela.
- ¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?
- Le gustaría volver a ver a alguien que vive allí.
- ¿A quién?
- A un hombre a quien quiso. Anterior a tu abuelo.
- ¿Ah, sí? Qué gracia.
- Gracia no sé si tendrá. Pero creo que va a ser emocionante para ella.
- ¿Y va usted a contar todo eso en su libro?
- Estoy esperando a ver lo que pasa, pero seguramente sí.
- Pues reconozco que no está mal.
- Bueno... ¿Querías verme? Me ha gustado cuando me lo ha dicho tu madre. Como ya te dije, para mí es importante que estés en la novela.

—Ah, sí... Pero...

—¿Qué?

—No era solo por la novela. Bueno, sí, un poco a pesar de todo. Porque nos vemos y charlamos. Pero quería verlo para otra cosa también.

—Dime.

—Es solo que tengo que entregar mañana un trabajo de Literatura y la verdad es que no entiendo nada, así que pensé que usted podría ayudarme un poco.

—...

Me quedé sin habla. Debí de entender que yo había esperado otra cosa al venir a verlo. Menudo chasco, no era para menos. Jérémie no había llamado a un escritor, sino a un apoyo escolar. Pero, bien pensado, a lo mejor era una forma de crear un vínculo con él. Las confidencias llegarían así, emboscadas en un comentario de texto.

Cuando me enseñó la obra que tenía que comentar enseguida me di cuenta de que la cosa no iba a ser fácil. El trabajo era sobre *La balada de los ahorcados* de François Villon. Aun a riesgo de decepcionar a alguien, debo reconocer que nunca me ha entusiasmado la poesía medieval. En mi juventud tuve profesores estupendos y algunos condicionaron mi amor por las palabras, pero dudo que se pueda entusiasmar a un adolescente con el francés antiguo. Quería evitar compartir ese enfoque con Jérémie para no desanimarlo. Antes bien, preferí sobreactuar mi exaltación, recalcando lo mucho que me gustaba ese poema. No pareció muy convencido, y con razón; me había expresado con la entonación de un actor a punto de perder su condición de trabajador discontinuo del espectáculo.

Estos son pues los primeros versos:

*Hermanos hombres que seguís aún vivos,
que no sean duros vuestros corazones,
si con nosotros fuerais compasivos,
Dios os daría antes sus perdones.
O cinco o seis, aquí nos veis colgando,
la carne aquella, tan cuidada en vida,*

*ha mucho lleva podrida y comida,
ceniza y polvo ya los huesos somos,
no os estéis pues en nuestro daño holgando.
¡Pedid a Dios que nos absuelva a todos!*

Antes que nada, le eché una ojeada al libro de texto para refrescarme la memoria. Pude leer que François Villon había escrito este poema en la cárcel, pensando que a lo mejor lo condenaban a muerte. Siempre se podría dramatizar la finalidad de la obra:

—Tienes que analizar este poema... como si lo hubiera escrito pensando que iba a ser el último. Fíjate en el campo léxico.

—¿En el qué?

—En el campo léxico. Consiste en agrupar palabras de la misma familia... ¿No notas que hay muchas expresiones violentas?

—Ah, sí, es verdad. Como «comida» y «podrida».

—Eso te da una pista... para analizar. ¿Qué te recuerda?

—¿Podrida? A una fruta podrida.

—Sí, por qué no. Pero ¿qué más?

—Un cuerpo que se descompone.

—Sí, eso es. Muy bien.

—Es lúgubre. No entiendo por qué Martínez nos hace leer estas cosas.

—Es un clásico de la literatura.

*

ANÉCDOTAS EMOCIONANTES SOBRE KARL LAGERFELD (2)

Su madre era una mujer austera. Madeleine me contó que la había visto un día en Chanel; era ya muy anciana. Y Karl dijo muy bajito: «Mi madre siempre ha tenido esta edad...». Más allá de ese rasgo humorístico un tanto ácido, se notaba que la quería y la admiraba pese a esa forma de distanciamiento que imponía. Por su rigidez pasaba por ser muy cartesiana, pero tenía como una adicción secreta: consultar a videntes. En el verano de 1939 invitó a una a su finca. Le indicó con una seña a Karl, que era un niño, que no hiciera ruido, pero de eso ya tenía costumbre. El silencio era

la melodía preferida de su mamá. ¿Qué edad tenía? No se sabía con certeza. Nunca reveló su verdadera fecha de nacimiento. Quizá cuatro o cinco años. Se fue entonces a un rincón del salón y observó la escena, maravillado. Le daba la impresión de que su madre era una niña cuando esa vendedora de porvenir iba a casa con sus cartas. Al cabo de un momento las dos mujeres volvieron la cabeza hacia él. ¿Había lanzado un suspiro demasiado ruidoso? No. Incluso la respiración se le volvía a los pulmones. Sencillamente estaban hablando de él. Más adelante, Karl entendió de qué iba la conversación. Su madre le había preguntado a la vidente: «Y el niño, ¿qué va a ser?». La echadora de cartas cerró los ojos, como si los perfiles del futuro se vieran mejor en la oscuridad, antes de anunciar con voz firme: «¡Sacerdote!». A la madre de Lagerfeld estuvo a punto de darle algo. Aunque fuera creyente, le parecía inconcebible que su hijo le dedicase así la vida a Dios. No le gustaba en absoluto esa predicción. Y, por lo tanto, podía cambiarla: a veces ocurre que se consulta a los videntes no para conocer el porvenir, sino precisamente para modificarlo. A partir de ese momento, el niño no volvió a pisar la iglesia. Su madre lo excluyó incluso de cualquier boda o entierro de la familia. Curiosamente, y pese a una trayectoria en el polo opuesto de la de un sacerdote, llevó una vida relativamente monacal y optó con mucha frecuencia por vestir con un estilo bastante cercano al de un eclesiástico.

*

No me ha quedado más remedio que volver a recurrir a Lagerfeld. Me resulta imposible lastrar mi novela con un comentario de texto sobre François Villon. En ese momento del relato habría sido un riesgo demasiado grande. Más que nada porque mis intentos de análisis aproximados duraron una hora larga. Jérémie parecía dubitativo. Y yo calibraba bien su perplejidad. No acababa de entender por qué un escritor no dominaba al dedillo la historia de la literatura o no tenía un conocimiento absoluto de las intenciones de cada uno de sus colegas. Desde su punto de vista, yo era un futbolista profesional que, una vez en la cancha, se revelaba incapaz de darle al balón. Intenté sin embargo explicarle que se podía escribir sin ser irremisiblemente un teórico de la escritura. Se podía incluso ser el autor de una obra maestra sin tener la mínima cultura literaria. Pero resulta que

Jérémie debía de tener la imagen convencional del escritor que vive en una buhardilla hasta arriba de enciclopedias. ¿Quizá debería haber sido sincero? Y reconocer que ando un poco a tuestas en francés antiguo. De verdad que no sabía qué actitud adoptar con él.

Por fin, Valérie volvió de clase y acertó la sesión de tortura. Dejé a Jérémie tan decepcionado como yo, que no había recogido la mínima información que me permitiera concretar su retrato. Pero tenía que tomármelo con calma y no desanimarme. Mi proyecto requería una paciencia que yo no tenía necesariamente. A decir verdad, a nivel colectivo somos menos pacientes. Al permitirnos conseguirlo todo enseguida o estar unos con otros a todas horas, nuestra época es letal para la impaciencia. Igual que hacemos yoga para relajarnos, quizá haría falta ejercitarse en la espera. Por consideración hacia los demás, deberíamos llegar tarde a las citas por sistema.

Precisamente, Valérie me pidió que la esperase mientras se arreglaba. Sentado a solas en el salón, parecía estar yendo marcha atrás en el tiempo. Era la misma escena que cuando llegué. Entonces fue cuando cruzó Lola la habitación, bridándome un ademán con la cabeza. Era una regresión: ni siquiera me otorgaba ya el sonido de su voz. Pero sí que podía tomar nota de un detalle interesante referido a ella: carecía por completo de aptitud para anunciar sus apariciones. Dicho de otro modo, es el tipo de persona que se presenta *repentinamente* en una habitación. Me recordó a Stavroguin, el protagonista de *Los demonios* de Dostoievski. Hay un momento en que se dice de él que entra en un salón después de haber empezado a hablar en el pasillo. Igual que con Lola, había en eso una forma de humillación de las transiciones.

Apenas había acabado de formular esa observación cuando Lola surgió delante de mí. Como caída del techo. Me miró fijamente durante un momento de frente a los ojos, increíblemente de frente a los ojos, antes de decirme en voz baja: «Ya que aquí todo el mundo habla con usted, al final también yo me he decidido a aprovecharlo. Así que esta es la situación: estoy enamorada de un chico. Se llama Clément y me lleva un año. Estamos juntos desde hace un mes. Y todo va muy bien. Pero la cosa se está poniendo cada vez más caliente. Quiere que nos acostemos. Y yo no lo

tengo claro. No lo tengo claro porque ya se ha acostado con cuatro o cinco chicas del liceo. Todo el mundo lo sabe. Y luego, si te he visto no me acuerdo. Resumiendo, que una parte de mí tiene miedo de que después me deje. Y otra parte quiere que mi primera vez sea con él, a costa de lo que sea. ¿Usted cómo lo ve?

No me dio tiempo a reaccionar. Valérie entró en el salón anunciando de una forma casi pícara: «¡Estoy lista!». Luego, mirándonos atentamente: «¿De qué estáis hablando vosotros dos?».

—También nosotros tenemos nuestros secretillos —dijo Lola.

—Creía que tú no querías salir en el libro.

—He cambiado de opinión. Bueno, os dejo.

Lola salió de la habitación sin mirarme siquiera, dejándome con su problema. En un primer momento, pensé que se estaba riendo de mí. Pero volvió para darme un trozo de papel con el número del tal Clément, hablándome en voz baja para que su madre no pudiera oírlo. Quería que lo llamase para que me desvelase sus intenciones. Tampoco esto sabía si lo decía en serio. Todo aquello no dejaba de parecerme bastante retorcido.

En medio del salón tenía delante de mí a Valérie, de pie. Estaba claro que esperaba un comentario sobre su aspecto. Maquillada, con un vestido ceñido, encaramada a unos taconazos, su apariencia era un avance de lo que pensaba. Saltaba a la vista que estábamos más cerca de la cita romántica que de la entrevista de trabajo. Incluso sin poder negar que estaba deslumbrante, tampoco podía dejar de sentirme algo violento. Me parecía que estaba todo fuera de lugar. Yo había ido allí para escribir un libro y, desde luego, no buscando cualquier tipo de complicidad sentimental.

Volvió a manifestar su satisfacción por ver que al final Lola entraba en el juego y quiso saber qué ponía en el trozo de papel.

—Secreto profesional —contesté con mi poco eficaz sentido del humor.

—Si a usted sí le habla, mejor. Tiene suerte. A mí ya no me cuenta nada, es terrible. Al principio, los niños te cuentan durante horas el historial de sus mínimas pupas y luego, con el paso de los años, empiezan a enterrar las penas más dolorosas.

—No deja de ser cierto.

—Es una estupidez, porque creo que yo entiendo más de dolores que de arañazos —dijo con una tristeza repentina.

Pero esa tristeza la espantó en el acto una nueva aparición (estábamos rozando la comedia ligera). Patrick volvía de la oficina. Pareció perplejo al encontrar a su mujer de esa guisa, antes de decir por fin: «Pero qué buen pretexto es la literatura». Frase que iba acompañada de una sonrisa, pero hay sonrisas que son asesinatos. Me dejó desconsolado su frialdad, siendo así que la comida había sido tan amistosa. Cuando estaba con uno de mis personajes me daba la impresión de estar perdiendo algo de mi complicidad con los otros; como una relación de balancín. Pero podía entenderlo. Su mujer se iba a cenar con otro hombre y no disimulaba su deseo de resultar seductora. Me encontraba de lleno, a mi pesar, en el meollo de su relación de pareja. Por supuesto que quería peripecias para mi libro, pero no me apetecía nada dar pie a un vodevil. Esas simples palabras de Patrick hicieron que me planteara cancelar la cena; pero en tal caso me arriesgaba a perderlo todo, a destruir los esfuerzos hechos hasta el momento.

Le dije una palabra amistosa, pero se abalanzó hacia su cuarto sin contestar. Yo sabía que no tenía nada de lo que arrepentirme y achacaba también su comportamiento a un entorno laboral especialmente estresante. Se le notaba que estaba de los nervios. En cuanto a Valérie, pareció sobre todo sorprendida: «Qué raro se me hace que reaccione así. Normalmente le importa un pito todo. Tengo la impresión de que podría cenar con Brad Pitt y se quedaría tan fresco. Pero, por lo visto, no...». Me entraban ganas de decirle lo que sabía: que últimamente su marido quizá no hubiera sido capaz de manifestarlo, pero que la quería. Ella no se daba cuenta en absoluto. Pasado el asombro de la primera impresión, no veía en el comportamiento de su marido más que un exabrupto que no venía a cuento. No le había gustado nada su actitud. Le parecía insoportable protestar por una situación cuando no se hacía nada para cambiarla. La oí incluso decir por lo bajo: «¡Es patético!». Las relaciones entre ambos eran más explosivas que nunca.

Nos acomodamos en una tabernita encantadora. Valérie me explicó su elección: «Paso muchas veces por delante. Siempre he soñado con entrar, pero esperaba una buena ocasión». Quiso que empezásemos a beber de inmediato: «¿Y si tomásemos una copita de aperitivo?». Yo no sabía qué hacer para refrenar su entusiasmo. Por supuesto, estaba encantado con que se implicase tanto; el contexto iba a permitirme ahondar en el conocimiento de mi personaje (esperaba, entre otras cosas, entender los motivos de las flagrantes tensiones con su hermana). Pero quería a toda costa evitar las zonas ambiguas. Aunque sentía aprecio por esa mujer, la veía ante todo con la mirada del entomólogo que disecciona un escarabajo. Estaba claro que existía un desfase entre nosotros. La forma de entrar en materia de Valérie acabó de demostrarlo:

—No todos los días ceno con un escritor. No deja de ser bastante emocionante.

—No sé por qué dice eso. Los escritores son lúgubres.

—Usted no. Me parece más bien chispeante en sus entrevistas. He buscado todo lo que había sobre usted en internet. La gente lo adora.

—No todo el mundo.

—¿Se refiere al programa *Le masque et la plume*? Lo he oído. Es verdad que son duros. Pero son así con todo el mundo. Cada vez que lo oigo, machacan a alguien. Yo creo que se pasan. Se puede criticar una obra sin soltar tanto odio. La verdad es que los desprecio.

—¡Uy, sobre todo no diga eso! Igual pongo sus frases en mi novela y no quiero que se lo tomen a mal. Me tienen aterrado, ¿sabe? ¡Hable bien de ellos, por favor!

—¿Ah?

—Sí, en serio.

—Bueno, pues... Me parece que hay que tener mucho valor... para expresar la propia opinión libremente... ¿Está bien así?

—Sí, muy bien, siga.

—Es verdad, estamos en una época un poco tibia. Sienta muy bien. Y muchas veces tienen razón. Valoro muchísimo su opinión. Es una suerte contar con semejantes guías culturales.

—Ah, sí, perfecto. ¿Y no quiere decir también que son guapos?

—Ahora que lo dice, es cierto... Tienen unas voces magníficas. Es miel para los oídos.

—...

Le dirigí una sonrisa aliviada a Valérie, como si acabasen de absolverme.

48

En ese momento llegó el camarero con paso indolente, aunque se dirigió a nosotros hablando a toda velocidad.[14] Con lo cual, no me enteré bien de cuál era el plato que nos recomendaba más en particular, pero lo pedí. Valérie se tomó con calma mirarse toda la carta, titubeando, vagabundeando, fastidiando al camarero. Este, pese a todo, no dejó de sonreír. Otra dicotomía suya: se irritaba con cordialidad. Valérie optó por fin por el mismo plato que yo, recalcando esa elección con un «¡lo hago todo igual que usted!». No perdía ocasión de ejercer de seductora. Y, cuanto más insistía yo en hacer un retrato patético de mí mismo, más parecía ella admirar cómo me escarnecía. Es muy difícil que una persona que ya se ha formado una opinión sobre ti la cambie, ya sea positiva o negativa. Podría ponerme decepcionante o insufrible, pero en ese caso corría el riesgo de perderla. A menos que tengas una leve tendencia al masoquismo, no te suele agradar sincerarte con un psicópata. Así que ¿qué debía hacer? Mi situación me parecía imposible.

Valérie siguió lanzada por la vertiente inquisitoria. Por mucho que le decía yo que no quería que hablásemos de mí, no paraba de hacerme preguntas. Cualquiera creería que quería escribir una novela sobre mi vida. Mientras tomaba a sorbitos primero el champán y luego el vino, me hizo preguntas cada vez más íntimas. Desde luego, aquello no funcionaba. No conseguía detener la hemorragia de la seducción. Me daba la impresión de ser Marty McFly, el personaje de *Regreso al futuro*, cuando conoce a su madre en su viaje al pasado. Esta sucumbe a su encanto, con el riesgo de modificar de una forma trágica la realidad. Su presencia puede, sencillamente, suprimir su propia concepción. Lo mismo me ocurría a mí, estaba modificando las trayectorias de las vidas que quería describir.

Había autorizado una única pregunta referida a mí al día, pero aquello rebosaba por todas partes. Quería obligarme a hablar de Marie. Cómo nos habíamos conocido, cómo había sido nuestra relación, cómo habíamos roto. Resultaba complejísimo: ¿cómo resumir la vida y la muerte de un amor? Ahora puedo confesarlo y Valérie se enterará cuando lea estas líneas, pero preferí mentir:

—Después de nuestra última conversación, esa misma noche, escribí a Marie. Le pregunté si seguía prefiriendo la soledad a mí. Me contestó en el acto y hemos cruzado unos cuantos mensajes. Creo que los dos nos alegrábamos de volver a hablar. He entendido muchas cosas estos últimos tiempos. No la apoyé bastante cuando me necesitaba. Y eso la empujó a querer distanciarse. Pero, al leer sus mensajes, me ha dado la sensación de que me echaba un poco de menos. Así que hemos decidido volver a vernos. Todo esto ha ocurrido un poco gracias a usted. Su reacción me impulsó a escribirle.

—Es maravilloso —exclamó Valérie con un entusiasmo que me sorprendió.

—Sí, es maravilloso —contesté mientras pensaba que ojalá hubiera sido verdad.

No pude por menos de volver a pensar en Marie. No le había mandado ningún mensaje. Había salido de mi vida de una forma callada y lenta, sin la mínima efusión, realmente como si se borrara. Yo sabía que todo era culpa mía, había fallado en la presencia. Ella había intentado varias veces hablar conmigo y yo no la había oído. ¿Por qué me había cerrado tanto en mí mismo? Lo lamentaba amargamente, pero ya era demasiado tarde. Cuántas veces he ido con retraso en mi vida. Soy de esos a quienes se les ocurre la respuesta adecuada cuando el interlocutor está ya lejos. Podría haber intentado explicárselo todo a Marie ahora. Decirle que había pasado por una extraña etapa en la que todo resultaba insípido. Como una depresión, seguramente, en la que no tenía ya la lucidez de nuestra felicidad. Hay momentos en que pisoteamos con tanta facilidad lo maravilloso. Acabo de decir que todo me resultaba insípido. Pero es mentira. Arramblar no me resultaba insípido. Pensándolo bien, creo que tenía la sensación de no merecerme a Marie. De no merecerme nuestra relación. Sé dónde buscar los

orígenes de ese miedo a relacionarme. En el fondo, lo sé todo. Pero no quería confesármelo. Estaba cansado de hablarme. Así que me dejé llevar a la deriva de cerrarme en banda.

—¿No me está escuchando? —preguntó Valérie.

—Sí, claro que sí.

—¿Y qué estaba diciendo?

—Pues... Sí, es verdad, he desconectado un momento.

—No pasa nada. Pero, cuando me pongo a pensar en otra cosa, ¡no se me nota nunca! Me digo que la otra persona me va a ver en los ojos que he dejado de escucharla. Pero resulta que no, vuelvo a la conversación y no se ha fijado en nada. Mientras que con usted saltaba a la vista que ya estaba en otra parte.

—Tendrá que contarme su secreto. Yo no consigo ocultar nada.

—Lo único que espero es no estar aburriéndolo.

—No, no, qué va. Me ha hecho hablar de mí y al hilo de eso he empezado a reflexionar. Perdona. ¿Qué me estaba diciendo?

—Nada del otro mundo. Solo que me alegraba por usted. Y le estaba contando la historia de una pareja de amigos que volvieron a estar juntos después de una separación.

—Ah, sí. Me da la impresión de que son cosas que pasan cada vez más a menudo últimamente.

—No lo sé, pero en cualquier caso creo que se dieron cuenta de que eran aún más desdichados el uno sin el otro que juntos.

—Es una razón para volver a reunirse, desde luego —dije sin creerlo.

Después de este paréntesis, Valérie volvió a mi historia. Durante nuestra primera charla, le pareció que había intentado minimizar el dolor de mi separación. Así que se alegró sinceramente al enterarse de que a lo mejor las cosas se arreglaban. Al ver su reacción, me sentí ridículo. Me había engañado por completo sobre sus intenciones.^[15] Su entusiasmo no parecía en absoluto fingido. Más aún, me hablaba con una benevolencia amistosa. Desde luego, me faltaba lucidez. Aunque su pareja la decepcionase, no se veía con otro hombre. Iba a referirse a eso unos minutos después.

Había sido una estupidez encerrarme en mis principios. ¿Qué me impedía escribir sobre Valérie al tiempo que nos contábamos nuestras respectivas vidas? Empezaba a disfrutar con nuestras charlas y con sus reflexiones. Al impulsarme a hablar de Marie me había obligado a poner palabras a lo que había vivido. Cosa que no había hecho nunca, o no lo suficiente. En cuanto alguno de mis amigos quería sacar el tema, yo lo volvía a guardar. De hecho, no me acababa de creer el cariz levemente autobiográfico que estaba cobrando esta novela. Siempre pasa lo mismo, si te alejas de las cosas es como las ves mejor. Abalanzarme sobre los demás no me protegía de encontrarme conmigo mismo. Pero ¿tenía ganas de hacerlo?

49

Valérie notaba más o menos lo mismo. Acabó por hablarme de ella, diciéndome que nuestro encuentro había actuado como un detonador:

—Desde que me hace usted hablar me doy cuenta de muchas cosas. Deberíamos todos tener a mano a un escritor con problemas de inspiración.

—Es todo un detalle por su parte.

—Lo digo para que sonría, pero ya sabe hasta qué punto es verdad. Desde hace dos días lo veo todo de forma diferente.

—¿A saber?

—Tengo la sensación de que no puedo esperar más. Me estoy apagando. No me ha hecho falta hablar mucho con usted para darme cuenta de que nada funcionaba. Tengo cuarenta y cinco años y me noto por dentro como una urgencia. Esto no puede seguir así.

—Es normal pasar por temporadas de duda.

—No es una duda, es una obvedad.

—Entonces, ¿de verdad quiere dejar a su marido?

—Sí.

—No estoy aquí para juzgarla, pero me da la impresión de que se está precipitando. Que las cosas son menos cristalinas de lo que quiere usted creer.

—Quizá, pero necesito tomar una decisión. Avanzar. Cambiar de aires.

—Puede hacer las cosas de forma progresiva.

—¿Y eso qué quiere decir? ¿Echarme un amante? No me apetece lo más mínimo.

—No, pensaba en que se tomase tiempo para usted.

—Irme una semana sola de vacaciones, ¿no? Cree en serio que eso es lo que necesito. No me apetece las medias tintas. Tengo que tomar una decisión y ser clara.

—...

—No ponga esa cara. Estoy dispuesta a hacer frente a todas las consecuencias que puedan darse. E incluso a equivocarme. Pero mi vida no puede seguir así.

Hubo un silencio, sobre todo porque yo no sabía qué decir. Parecía decidida a dejar a su marido, pero no había ningún acento trágico en su tono. Yo seguía creyendo que no calibraba el alcance de sus palabras. A veces, con la locura fugitiva de una motivación, anunciamos una decisión importante. Pero, cuando ya está tomada, nos enfrentamos a su radicalidad pragmática. Valérie no parecía estar calibrando el sufrimiento que implicaba su elección. No pensaba en la probable desesperación de Patrick o en la angustia de sus hijos; llega un momento en que solo está en juego la propia supervivencia y puedo entenderlo perfectamente. Había hablado de una sensación de urgencia y luego acabó por decir, casi sonriente: «La vida es breve». Esa frase, que se pronuncia en cuanto la falta de plenitud se vuelve insoportable.

No solo me parecía Valérie poco consciente del drama sentimental que anunciaba, sino que me parecía cada vez más risueña. Ciertamente es que nos estábamos acabando la segunda botella de tinto. Tenía que frenar, porque si no me arriesgaba a no ser ya capaz de transcribir lo que estábamos diciendo. Pero me dejaba llevar por completo por aquella grata velada. A ratos se me olvidaba que estaba trabajando. En cualquier caso, esa es la mismísima definición del escritor: en realidad, nunca sabes cuándo estás trabajando. Es el único oficio en que puedes pasarte horas haciendo como

que haces algo so pretexto de estar en la entraña de una empresa colosal (cada cual tiene sus coartadas).

Entre el alcohol y las idas y venidas del corazón se me había olvidado anunciarle el inminente viaje que iba a hacer con su madre. Soltó una carcajada tremenda e irreprimible al enterarse. La idea de imaginarme en la otra punta del mundo con Madeleine le parecía francamente cómica. «¡Esta historia suya se está descontrolando!», me dijo, volviendo a llenarnos las copas. Como soy un auténtico veleta, ahora me entraban ganas de sumarme a su punto de vista. Esta aventura me había parecido novelesca y apasionante, pero a lo mejor Valérie tenía razón. ¿Qué iba a hacer yo en Los Ángeles con una señora mayor a quien apenas conocía? Pero, de momento, más valía dejar de lado las preguntas. La ciclotimia volvía a correrme por las venas. En cualquier caso, también en esto había vuelto a equivocarme al temer la reacción de Valérie. Había llegado a pensar incluso que nos impidiera viajar. Lo cual me había decidido a sacar los billetes sin avisarla para ponerla delante de los hechos consumados. Y, antes bien, acabó por decirme qué magnífico era que su madre viviera esa locura. Añadió, con más suavidad: «Todo esto es un bálsamo para su corazón».

Me pareció una expresión tan hermosa como rebosante de sentido. Vi en ella, seguramente de forma equivocada, una alusión al conflicto que necesariamente afectaba a Madeleine, el que había entre sus dos hijas. Así que nuestro viaje le iba a sentar bien, le «airearía las ideas», como dice esa extraña expresión. Ojalá se pudieran airear las ideas como se ventila una habitación. Volví a probar suerte a ver si me enteraba de más:

—Ay, mi hermana... ¿De verdad quiere estropear nuestra velada?

—De ninguna manera.

—A pesar de los pesares, la echo de menos —dijo de pronto con un asomo de tristeza, pero de esa tristeza que va unida al alcohol; la embriaguez a menudo es un camino con dos carriles: el de la agresividad o el del pacifismo; el del rencor o el del perdón; por lo visto, Valérie tenía borracheras pacifistas.

—Podría llamarla para decírselo, ¿no?

—Es imposible. Hace ya tanto que no nos hablamos. ¡Ni siquiera sé cuándo fue la última vez!

- ¿Por eso se fue a Boston?
— Sí, seguramente. La ruptura fue demasiado brutal.
— ...

*

DOS HERMANAS

Valérie nació poco más de un año después que Stéphanie. Pero con bastante rapidez fue casi imposible saber cuál era la mayor de las dos. Lo compartían todo, los mismos gustos y los mismos amigos, de forma tal que a menudo les decían que eran inseparables. Fueron a ver a Michael Jackson en junio de 1988 al Parque de los Príncipes y a The Cure a la Fiesta de la Música, en la plaza de La République, en 1990. Los recuerdos de una se solapaban con los de la otra; a veces no sabían ya quién había vivido qué de tanto como se les mezclaban los recuerdos. Tal fue el primer movimiento de una relación idílica.

Era difícil saber en qué momento habían cambiado las cosas. El veneno de la comparación empezó a gangrenar progresivamente su relación. Fue quizá por un chico que prefirió una a otra. ¿La simple mirada de un tal Théo o Léo destruyó quizá esa relación fraternal tan estrecha? No, era absurdo. Entonces, ¿qué? Hubo aquella caída esquiando. Pero parecía una locura pensar que las tensiones hubieran podido nacer en ese preciso momento. Sin embargo, es una hipótesis que Valérie no descartaba ya. Era innegable que había habido un antes y un después de esa caída.

Las dos hermanas disfrutaban las vacaciones de febrero esquiando. Dormían poco, seguían charlando con sus amigos después de que tocara apagar las luces. Así que el cansancio debía de haber desempeñado un papel. Por las tardes les permitían esquiar sin el grupo. A fin de cuentas, tenían quince y dieciséis años. Les encantaba hacer un alto en la cumbre y echarse en las tumbonas del bar panorámico. Las dos eran muy deportistas, pero también era muy agradable estar sin hacer nada, someterse sin más a un sol que parecía tan cercano. Detrás de las gafas de

sol miraban juntas a los chicos mayores, con la esperanza de que no las considerasen unas chiquillas. Esos momentos se parecían en todos sus rasgos a la felicidad.

Fue durante uno de esos días maravillosos, al volver a bajar a la estación de esquí, cuando se pegaron juntas una buena costalada. Con total inconsciencia, habían decidido bajar por la pista llevando cada una un auricular de los mismos cascos. A Valérie se le habían olvidado los suyos en el chalé. Les encantaba oír música mientras esquaban y querían bajar al compás de *Where Is My Mind?* de los Pixies. Por supuesto que era peligroso, pero tenían un nivel excelente y a la estación se llegaba por una pista azul relativamente fácil. Les divertía avanzar con los esquís muy juntos y las cabezas inclinadas una hacia otra para compartir la canción. Pero un simple desvío de una de las dos bastó para que los esquís se cruzasen y arrastrasen a las dos muchachas en una caída brutal. Stéphanie empezó a vocear de dolor, mientras que Valérie salía indemne. El equipo de socorro llegó bastante deprisa y bajó a la herida a la estación de esquí en trineo. La llevaron en ambulancia al hospital universitario de Chambéry. Diagnosticaron una doble fractura de tibia. Stéphanie se pasó dos horas rumiando su ansiedad en un pasillo del hospital sin saber nada de su hermana. Era antes de los teléfonos móviles. Valérie se esforzaba por obtener informaciones en la estación de esquí y, cuando por fin le dijeron dónde estaba Stéphanie, encontró un autobús que le permitía ir a reunirse con ella. Una vez juntas, se abrazaron. «Ha sido más el susto que el daño», pensó Valérie. Pero desde luego a Stéphanie se le habían acabado las vacaciones. Al día siguiente volvería a París acompañada por Madeleine, que había faltado al trabajo para esa ida y vuelta de emergencia.

Valérie se quedó sola para la segunda semana de las vacaciones e hizo nuevos amigos. Era triste, pero no había pasado nada grave. Las dos hermanas se hablaban por teléfono y Stéphanie había dicho muy cariñosamente: «Diviértete por mí». Pero no pudo por menos de preguntarse: «¿Por qué me ha pasado a mí y no a ella?». No había por entonces nada agresivo en ese pensamiento. Era la simple constatación de que el mismo comportamiento había tenido consecuencias radicalmente

diferentes. Andaba sin saber en qué entretenerse mientras Valérie seguía bajando veloz por las pistas. Así que el destino había escogido favorecer a su hermana. «¿Por qué yo y no ella?», se repetía de vez en cuando, igual que una música que se te mete en la cabeza. Una de esas músicas de las que no consigues librarte, lo cual no significa que tenga que gustarte.

Cabe destacar otra cosa. Aprovechando que estaba sola, Valérie se había arrimado claramente a Malik, el joven monitor de esquí por el que las dos hermanas habían tenido un flechazo. El último día, durante la gran velada de despedida, Malik no había podido por menos de fijarse en toda la admiración con que lo miraba fijamente Valérie. Bebido, acabó por besarla en un rincón discreto del local antes de dar marcha atrás. Un relámpago de lucidez le recordó lo jovencísima que era su pareja. Pero, por diminuto que fuese, ese beso había existido. Y Valérie, claro está, se lo contó a su hermana, sin imaginarse que le iba a sentar como una puñalada en el corazón. A una injusticia se sumaba otra injusticia. Stéphanie llegó incluso a preguntarse si Valérie no lo habría planeado todo. La caída para quitarla de en medio y tener vía libre. Es posible que los analgésicos la trastornasen un poco. Pero no cabe duda de que fue en ese instante cuando se adentró por el camino del resentimiento.

Aunque las dos hermanas seguían pareciendo igual de unidas, Stéphanie había desarrollado como una desconfianza hacia Valérie. Ya no compartía con ella todos los detalles de su vida íntima y, de vez en cuando, organizaba salidas sin avisarla. Valérie se quedaba sorprendida, pero, bien pensado, no tenían obligación de hacerlo todo juntas. Al año siguiente, cuando se habló de nuevo de volver a la montaña, Stéphanie prefirió ir con una amiga. Era la primera vez que no iban a esquiar juntas. Valérie no entendió esa decisión. Sobre todo porque Stéphanie podría haberle propuesto que fuera con ellas. Pero así eran las cosas. Debía de tenerla traumatizada aún el accidente del año anterior y pensar en esquiar las dos volvería a sumirla inexorablemente en el recuerdo doloroso de la caída. Y, por lo tanto, en el dolor. Pero eso no lo mencionaba Stéphanie; decía sencillamente que se alegraba mucho de que la hubiera invitado la familia de una de sus amigas. Rompía el ritual de ambas con una sonrisa.

Y aquello continuó. Stéphanie planificaba cada vez con más frecuencia momentos de su vida sin avisar a su hermana. Cines, salidas, veladas. Lo único que podía pensar Valérie era: «Ya no es como antes». Estaba triste de verdad, pero no se atrevía a mencionarlo. No le apetecía tomar la iniciativa con quien parecía rechazarla. No podía imaginarse que Stéphanie seguía viviendo con el eslogan «¿Por qué yo y no ella?» metido en la cabeza. Y las cosas no iban a mejorar. Después del episodio de Malik hubo otra historia. Valérie llevaba unas semanas saliendo con Benoît, un chico algo mayor que ella que tocaba en un grupo de rock. Más o menos, el típico seductor de chicas de diecisiete años. Pero las situaciones típicas, en carne propia, a menudo hacen sufrir. A veces dejaba de dar señales de vida y eso desesperaba a Valérie. Era la mística del primer amor, que hace te hace rasguños. Buscaba que la reconfortase su hermana, pero esta era incapaz de articular la menor palabra. Su mirada le decía: «Ya tienes un tío guay y yo estoy sola. No pretenderás que encima te consuele cuando desaparece». Ya no quedaba la menor duda, podía hablarse rotundamente de envidia. De esa envidia que asesina todo sentimiento benévolo. Había ocurrido exactamente lo mismo que esquiando, pensaba Stéphanie. Habían conocido las dos a Benoît en un concierto, pero él había preferido a Valérie. Cuando estaban las dos juntas, siempre era ella la que se caía.

Con un tufo de paranoia, Stéphanie llegaba a pensar a veces: «Mi hermana es una sombra en mi destino; una ladrona de vida. Sí, me impide vivir lo que tengo que vivir».

Se compara a menudo a los hijos de una misma familia. Cosa absurda: una educación común no implica desde luego capacidades e inspiraciones idénticas. Por supuesto que el entorno de los primeros años determina toda la existencia, pero la cuota de autonomía es mucho mayor: se ven vidas caóticas que vienen de infancias mullidas y ¿cuántas vidas brillantes que vienen de infancias maltrechas? Stéphanie lo sabía perfectamente, no debería haber consentido en encerrarse en esa competición estéril. Tanto más cuanto que perdía. Después del episodio del esquí y del pretendiente, llegaba lo esencial: los estudios. Lo esencial,

porque ahí es, efectivamente, donde, por desgracia, la sociedad mide las capacidades de cada cual, al menos durante la primera parte de su vida.

Después de aprobar el bachillerato, Stéphanie suspendió el examen de ingreso en el Instituto de Estudios Políticos de París. Hecho que no tenía nada de dramático si no fuera porque al año siguiente sí aceptaron el expediente de Valérie. Todo el mundo se alegró en casa, la familia bebió una copa de champán. Siendo así que aún no estaba todo dicho: todavía le quedaba por hacer el examen oral. Para Stéphanie esa forma de festejar a Valérie volvía a incidir en su propio fracaso. Seguía encerrándose en aquella comparación incesante. Era tanto más absurdo cuanto que tenía muy buenas notas en la Facultad de Historia. Pero de nada valía: la herida narcisista seguía gangrenándose. Una herida que habían perpetuado continuamente invisibles arañazos. Resulta difícil calibrar la cantidad de rencor que cabe en un individuo.

Llega a ocurrir, sin embargo, que un día ese rencor se vuelve desmedido. Valérie estaba a la espera de que le enviaran por correo la convocatoria del examen oral, pero no llegaba nada. Era una época en que no existía internet y no siempre era fácil conseguir información. Acabó por ir a la secretaría del Instituto de Estudios Políticos y se enteró de que ya habían sido los orales. Le dio un ataque de desesperación en esa oficina, pero no valió de nada, no podía empezar la carrera aquel curso. No había hecho la segunda parte del examen y eso le había amputado todas las posibilidades. «¡No he recibido la convocatoria!», clamó en presencia de la secretaria, que se dejó enternecer por la desesperación de la muchacha. Le explicó que todas las cartas se habían enviado certificadas con acuse de recibo. Comprobó en una carpeta que no habían devuelto la carta de Valérie, lo que demostraba que alguien la había recibido en su lugar. Pensó en su hermana en el acto. Es decir, que había notado en lo más hondo de sí las insidiosas vibraciones de la envidia. Pero no podía acusarla de frente. Stéphanie lo negaría, se haría la ofendida, se presentaría como una víctima ante la idea de que pudieran pensar que era responsable de semejante acción. Y, de todas formas, nada podría demostrar su culpabilidad.

La familia investigó sin embargo entre el vecindario y la portera; sin resultado alguno. Ni rastro de esa carta. Stéphanie acabó por decirle a su hermana: «Ya veo que crees que he sido yo. No puedes imaginarte cuánto me hiere...». Y Valérie se veía en la obligación de tranquilizarla: «Que no, que sé muy bien que no has sido tú...». Pero le quedaba la duda.

Coincidieron las dos en la Sorbona, pues Valérie no iba a volver a intentar hacer Políticas, aunque sus padres la animaban a ello. La herida había sido demasiado grave y no se sentía con ánimos de reanudar su destino después del retraso de haber perdido un tren. Y, además, a fin de cuentas, estaba a gusto donde estaba. Acababa de cumplir dieciocho años, le gustaba esa nueva vida con tanto tiempo libre. Los primeros meses fueron bastante agradables, especificó Valérie. Había vuelto a sentirse unida a su hermana, su dúo estaba recobrando casi la energía de su adolescencia. Stéphanie le pasaba los apuntes del curso anterior y la ayudaba. Resultaba práctico tener una hermana mayor que había despejado el terreno antes de que llegase ella. Pero un día en una carpeta que le dio Stéphanie faltaba una fotocopia y la vida de Valérie dio un vuelco.

Nunca iba a dejar de acordarse de esa hoja que faltaba. Era como el símbolo de una hoja en blanco que se incorpora a una historia; un elemento ausente que no permite entender en su integridad la sucesión de los hechos. Fue a buscar esa hoja al cuarto de su hermana. Qué bien ordenado estaba todo siempre: Stéphanie era de las metódicas, con una especie de afición por archivar. ¿Era por eso por la que había conservado la prueba del delito? Era inexplicable. O, si no, ¿desearía inconscientemente que la desenmascarasen? Era una forma como otra cualquiera de confesar lo que le pesaba en la conciencia. Al descubrir el acuse de recibo de su convocatoria al oral del Instituto de Estudios Políticos en el fondo de un cajón, a Valérie le dio un vahído. Sola, se quedó mucho rato inconsciente, tendida en el suelo. Cuando se recobró fue a rastras al cuarto de baño para darse una ducha larga: necesitaba lavarse de aquello de lo que se acababa de enterar.

Le habría gustado ocultar lo que había descubierto para evitar las consecuencias, pero era imposible. Estaba descompuesta. Su madre lo notó y tuvo que contárselo. Esa misma noche, tuvieron una larga conversación las dos hermanas y sus padres. Stéphanie, pálida, intentó justificar los hechos. Habló de un impulso que no había conseguido controlar. Valérie replicó que los meses de mentiras que habían venido a continuación no podía haberlos regido un impulso, sino una notable sangre fría. Stéphanie le suplicó que la perdonase, cosa que Valérie seguramente podría conseguir algún día, pero no cambiaría en nada la gravedad de lo que había ocurrido; algo se había quebrado definitivamente. Entretanto, Valérie no quiso volver a dirigir la palabra a su hermana y esta se fue de Francia unos meses más tarde.

No se habían vuelto a ver más que en una ocasión: en el entierro de su padre.

*

Valérie me confesó que no hablaba prácticamente nunca de esa historia. En su momento muchos de sus amigos comunes habían tratado de reconciliarlas; en vano. Todo el mundo había intentado entender el acto de Stéphanie, buscándole incluso disculpas. Pero todo había terminado. Valérie sabía de su hermana por su madre y recibía esas noticias suyas sin que le hicieran mella. Quizá era esa la sensación más terrible: esa anestesia. No tenía ni resentimiento ni rencor; ni tampoco nostalgia alguna de los tiempos en que se llevaban bien. Stéphanie había probado a veces a tener gestos apaciguadores; había mandado regalos cuando nacieron Lola primero y Jérémie después; pero Valérie no había reaccionado; no podía dar las gracias a su hermana.

Para relajar el ambiente, le propuse organizar un viaje con ella a Boston. Después de la madre, la hija; podría especializarme en los viajes cicatrizantes de la familia Martin. Pero Valérie me repitió que esa historia ya la había dejado atrás, que la herida estaba cerrada por completo, aunque no pude por menos de notar que el dolor persistía. Valérie había perdonado, pero no quería volver a ver a su hermana. Algún día, quién sabe, cambiarían

las cosas y volverían a verse (aunque no hubiera sido sino bajo los efectos del alcohol, había reconocido que añoraba a su hermana). Ese era el más caro deseo de Madeleine. Y yo estaba convencido de que Valérie le haría ese regalo a su madre antes de que fuera demasiado tarde.

51

Eran ya casi las doce de la noche; el tiempo pasaba más deprisa haciendo confidencias. Aunque estuviera allí por mi libro, estaba pasando una velada estupenda en compañía de Valérie. Me gustaba su forma de referir las pruebas sin quejarse, de dar con la distancia adecuada para situarse a la vez en la verdad de una emoción y la escenificación de un relato. Era de autoficción sutil. «Dado que nunca he ido al psicólogo, hablar de mí de esta forma es una sensación completamente nueva», comentó antes de añadir que estaba empezando a aficionarse. Le daba mucho miedo convertirse en una adicta a que yo la escuchase. ¿Qué iba a hacer cuando el libro estuviera ya escrito y la diese de lado por otros personajes? «No hay inconveniente en que sigamos viéndonos —contesté—, e incluso me agrada mucho. Normalmente, cuando acabo una novela abandono a mis personajes. Pero esta vez no es lo mismo». Me sonrió. Al pronunciar la última frase pensé fugazmente en mis personajes antiguos. Una vez concluido el libro, nos habíamos separado. ¿Existe una vida después de las páginas? A veces me he preguntado si Markus seguiría con Nathalie y si eran felices lejos de mi novela.

52

Ya era hora de irnos del restaurante. No me había fijado en que éramos los últimos clientes. Los figurantes de esa velada habían hecho mutis por foro. El camarero pareció aliviado de que nos fuéramos, cosa que le evitaba la delicada acción de empujar a alguien hacia la salida. Nos dijo «Buenas noches» con la entonación exacta de alguien que hubiera dicho «Buenos días».

Ya en la calle, el aire fresco nos pareció una bendición. Una ventilación de las neuronas muy bienvenida. No sé por qué me había dado por beber así, pese al cansancio y la necesidad de no perder la concentración. Seguramente para estar en la misma onda que Valérie. Solo se pasan buenas veladas cuando están equilibrados los líquidos. Dos personas sobrias tienen mucho que compartir; dos personas ebrias más aún; pero un sobrio y un ebrio, ¿realmente tienen la posibilidad de hacerlo? Justificaba con esa teoría el hecho de que anduviéramos trastabillando un poco en la oscuridad. Valérie iba cogida de mi brazo para no caerse, pero conservaba la suficiente lucidez para guiarnos. Repitió varias veces que hacía mucho que no bebía tanto y que le sentaba bien. Era verdad que nos sentaba bien. Dos desconocidos juntos, borrachos en la oscuridad, deambulando para prolongar un poco ese momento, de hecho. Me gustan las horas desconectadas de todo; esos instantes en que no hay que rendir cuentas de la propia vida.

Curiosamente, cada vez que menciono cierto bienestar las cosas se tuercen. Por superstición, no habría que expresar nunca la mínima felicidad.

En vista del estado en que se encontraba, me pareció preferible acompañar a Valérie hasta la puerta de su casa. Absorta en nuestra velada, no le había parecido oportuno mirar el teléfono ni una vez. Así que no se había enterado de los mensajes inquisitivos y, luego, preocupados de su marido. Patrick la estaba esperando en el salón con los nervios de punta. No era ya ni por asomo el mismo hombre con el que yo había tratado a la hora de comer. Se abalanzó hacia mí vociferando:

— ¡Desde luego, has venido a jodernos la vida a base de bien!

— Pero... no..., qué va.

— No tendría que haberme fiado. ¡Anda, que menudo gilipollas he sido al hablar contigo! ¡Venga, lárgate a tu casa!

— Pero ¿de qué vas hablándole así? ¡Cálmate! —dijo Valérie, perdiendo de golpe los nervios, como si hubiera precisado de unos segundos antes de calibrar la historia de su marido.

— ¿Tú te has visto? Vuelves como una cuba con un tío a la una de la madrugada.

— Solo la he acompañado a casa.

—Tú te callas. Te vas a tu puñetera casa y nos dejas en paz. ¡Y tu libro de mierda lo escribes sin nosotros!

—¡Para ya! —gritó Valérie.

—No te metas. Esto es entre tú y yo. Vete a la cama —dijo Patrick, agarrándole el brazo a su mujer.

—¡No me toques!

En ese momento la pareja volvió la cabeza para encontrarse con Jérémie y Lola plantados en el pasillo, entre el espanto y la perplejidad.

Valérie se abalanzó hacia ellos.

—Volveos a la cama, no pasa nada.

—Pero, mamá, si estáis dando voces. ¿Qué pasa?

—Nada. Vuestro padre, que se ha vuelto loco.

—¿Yo? ¿Soy yo el que se ha vuelto loco? ¡Lo que me faltaba por oír! ¡Ya veis que es vuestra madre, que está descontrolada! Y borracha. ¡Y volveos a la cama, que ya lo habéis oído!

—¿Seguro que estáis bien? —dijo preocupada Lola, echando una mirada a su padre.

—¡Que sí! —dijo Patrick, intentando en esta ocasión bajar un poco el tono.

Los adolescentes no se movieron. Valérie acabó por acompañarlos a su cuarto, hablándoles con voz tranquilizadora. Me quedé entonces solo frente a Patrick, que me fusilaba con la mirada. Podía elegir entre irme o llevarme un golpe. Me pareció preferible optar por la primera solución.

Así que me fui precipitadamente del piso de los Martin sin darle siquiera las buenas noches a Valérie. Me quedé un momento en la penumbra delante de la puerta para tener la seguridad de que la situación se arreglaba. Curiosamente, no estaba preocupado. Patrick se había cogido un enfado morrocotudo, pero no creía que fuera ni pizca de violento. Al cabo de un momento, oí decir a Valérie: «¡No vuelvas a dirigirme la palabra!», seguramente al volver al salón; y luego nada más. Todo parecía otra vez en calma y los dos debían de haberse metido cada cual en un rincón. Tenía la

sensación de haber sido el detonante de una pelea que podría ser la última; una pelea de la que no te repones. Me imaginaba a Valérie rumiando la situación. ¿Qué hacer? ¿Mandarle un mensaje? ¿O a Patrick? Para disculparme de lo que hubiera podido pensar e intentar calmar los ánimos. Me sentía perdido. Era preferible dejar pasar la tormenta o la tempestad (no podía ser sino impreciso sobre la categoría meteorológica del desorden).

Ya en la calle, me senté en un banco cercano para volver a ordenar las ideas. Pensé otra vez que su matrimonio no iba a recuperarse de esta velada. Valérie no le perdonaría nunca su actitud. A lo mejor incluso sentía como vergüenza de que Patrick se hubiera comportado así delante de mí. Cuando ella ya había pensado en dejarlo, él acababa saboteándose así. Debía de estar relacionado. Cuando sentimos que el otro se está alejando a veces actuamos contra nuestros propios intereses. Con el pánico acabamos por dar a quienes queremos motivos adicionales para que escapen. En resumidas cuentas, en la vida amorosa nos pasamos el tiempo pegándonos tiros en el pie.

A Patrick no le quedaba ya la mínima lucidez. Él, que quería a su mujer, había dado rienda suelta a una impulsividad intolerable. Podría haberla recibido siendo todo sonrisas y preguntándole si lo había pasado bien. Pero yo veía en su actitud el comportamiento de un hombre herido. Sin embargo, no me apetecía defenderlo. En su naufragio se llevaba por delante mi proyecto. Lo que, desde el punto de vista de mi egotismo de escritor, era la auténtica catástrofe de la velada. Me lo había dejado muy claro: yo estaba ahora excluido. No me lo imaginaba volviendo hacia mí para contarme sus contratiempos profesionales. E impediría que hablasen conmigo los demás miembros de la familia. Después de 39.567 palabras me encontraba, pues, en un callejón sin salida. Ya solo me quedaba una cosa por escribir:

FIN

Me quedé un rato más en el banco. También la noche parecía en pausa. No pasaba nadie y escaseaban los coches. Hubiérase dicho un París carente

de inspiración. Acabé por ponerme de pie para volver a casa. Unos metros más allá recuperé la esperanza. Andar ha sido siempre lo que me sostiene. Podía inventarme la continuación de la historia de los Martin. Eso fue lo que me dije. Y me quedaba esa posibilidad: reanudar la novela.

Ya en casa, supe enseguida que no iba a poder dormir. Fui al cuarto de baño a echarme un poco de agua por la cara. Pero no tenía relación con la borrachera. Era como si la escena en casa de los Martin me hubiera expulsado el alcohol de la sangre. Al mirarme en el espejo tuve que reconocer que nunca se me había dado bien organizar las luces. Un tubo de neón atroz me brindaba una versión cruda y pálida de mí mismo. La verdad es que no era el mejor momento. Preso de la duda, habría querido que me tranquilizase un rostro más grato. En contra de lo que había ido pensando de camino, ahora me parecía absurdo inventar la continuación de unas vidas reales. Tenía que escoger en qué bando estaba: realidad o ficción. No creía en la mezcla de ambas cosas. Cierto es que me quedaba el viaje con Madeleine. Pero ¿bastaría? ¿Y quién podía garantizarme que Yves Grimbert iba a ser un buen personaje? Estaba dejando que me ahogase una gran ola de pesimismo. Ya nada me exaltaba de verdad. Me apetecía revolcarme en una orgía de Lagerfeld.

Fue en plena desesperación literaria, sentado directamente en las baldosas frías del mismísimo suelo del baño, cuando cogí el teléfono para enviarle un mensaje a Marie. Eran casi las dos de la madrugada y yo sabía muy bien cómo se veían las cosas en el mundo amoroso: cuando escribes después de las doce de la noche solo puede ser porque estás deprimido. No hay nada como el mensajito tranquilizador y engañosamente inofensivo de media tarde. A estas horas, Marie pensaría que me estaba viniendo abajo, que agonizaba sin ella, y no quedaba más remedio que reconocer que no andaría muy equivocada. Pero con la conversación con Valérie me habían entrado ganas de saber de ella. Y, además, estaba el contexto, claro, el de una noche movidita. Cuando te sientes frágil, echas de menos amargamente

a la persona con quien lo compartías todo. Ser dos equivale, en cierto modo, a dividir las heridas por dos.

¿Qué hay de malo en decirle a una persona que la echamos de menos? Eso es, decirle solo eso. Y añadir quizá: «Pienso en ti». Sí, pienso en ti. No me parece como para agobiar a nadie. Un mero pensamiento, casi amistoso. [16] Tenía la esperanza de que no le pareciera demasiado molesto o patético. Si eso era lo que sentía, prefería que no me contestase. Un simple «gracias» un tanto frío o distante hubiera resultado insoportable. O, peor aún, un «muchas gracias» que nos hundiría entonces definitivamente en el mundo de la cortesía desencarnada. En el fondo, era preferible no recibir respuesta. Enviaba este mensaje como se mandan señales al espacio para comprobar si no existirá por casualidad una vida extraterrestre. Eso era este mensaje: una simple forma de decir que todavía estás vivo.

Entonces pasó algo un poco demencial: me contestó casi en el acto. Comprobé varias veces que era ella de verdad y no una visión de mi mente. Sí, era M-A-R-I-E. Me decía que estaba encantada de leerme y de saber de mí. En un relámpago que duró un segundo me pregunté por qué no estaba durmiendo a esas horas. Ella, a quien normalmente le encantaba acostarse antes de las doce. A lo mejor no estaba sola. Estaba haciendo de verdad el ridículo al estropear un momento tan maravilloso con pensamientos superfluos. Tenía que concentrarme en lo esencial: me había contestado *inmediatamente*. Sí, había contestado sin fingir, sin hacer como todos los demás, que esperan siempre un rato para que no se les note que son seres sedientos de conexión humana. Siendo así que no hay nada más hermoso que brindarse al otro con el atuendo mísero de una respuesta inmediata.

Y además su respuesta era de una sencillez divina. Solo había escrito que se alegraba de leerme. Y que ella también esperaba que yo estuviera bien. Cruzamos unos cuantos mensajes con buen talante para acabar deseando volver a vernos pronto. Sí, no era una novela, sino la realidad: habíamos hecho planes para volver a vernos. No me podía creer el cariz que había tomado esta velada; esta forma de haber pasado del dolor de una confesión a la diversión de un vagabundeo: del desastre de una pareja a la promesa de otra.

Para romper con la ciclotimia de las últimas horas me volví a mi mesa de trabajo. Había recuperado las energías para cumplir con mi deber, no incumplir esa norma que me había fijado: tomar nota todas las noches de los progresos de mi novela.

LO QUE SÉ DE MIS PERSONAJES (3)

Madeleine Tricot. Ha demostrado ser muy audaz al venir a sorprenderme a mi casa. Me ha pedido que la acompañe a Los Ángeles. He sacado los billetes después de haber cruzado unos cuantos mensajes con Yves Grimbert en Facebook. La increíble sencillez de esta secuencia me ha sorprendido. Después de unos cuantos baches anímicos, sigo muy entusiasmado con la idea de vivir este reencuentro. Y con la de enterarme de por qué se marchó Yves.

Patrick Martin. Puede considerarse claramente que hay dos tonalidades en nuestra relación. Una comida agradable e incluso casi amistosa. Entró en el juego por completo y me contó su trayectoria y sus actuales dificultades profesionales. Mañana (dentro de unas horas cuando estoy escribiendo estas líneas) tiene cita con Jean-Paul Desjoyaux, su nuevo jefe. Parece temer de verdad que lo despida. Luego, charla sobre la vida de pareja. Opina que no puedo entenderlo. Debe de ser cierto. Para concluir, asegura que quiere a Valérie. Por desgracia, nuestra relación de confianza se ha hecho añicos esta misma noche cuando me ha visto volver a las tantas con su mujer. Verla así, achispada y cogida de mi brazo, lo ha sacado de sus casillas. Nuestra relación está claramente acabada y ya no quiere que escriba sobre su familia.

Valérie Martin. Un flechazo por este personaje. Me ha gustado mucho su talante. Aunque no haya dejado de pretender interrogarme, se ha entregado por completo. Sobre todo al contarme la larga y dolorosa historia con su hermana. Ahora que lo vuelvo a pensar, me parece

rarísimo que Stéphanie conservase el acuse de recibo. Me acuerdo de una historia algo parecida en que el culpable se comportó de la misma forma. Hay quizá una sensación de omnipotencia en algunos crímenes, una sensación que impulsa a no destruir la prueba de la fechoría. Fin de velada caótico-dramático con Patrick. Etapa compleja y dolorosa. No tengo ni idea de qué va a pasar entre ellos.

Jérémie Martin. Se ha creído que soy su apoyo escolar. Una oportunidad para mí de volver a leer a François Villon. Confirmación de que prefiero a Paul Éluard. Sigo sin perspectivas con él.

Lola Martin. Contra toda expectativa, ha venido a hablar conmigo de un tema muy íntimo: su primera vez con un chico. Se me ha hecho raro, pero al volver a pensarlo creo haber entendido lo que se está tramando. ¿Por qué Lola me ha encomendado una misión así? Ella, que, hasta ahora, no ha dejado de mostrar desprecio hacia mi proyecto. Al pedirme que vaya a ver a su amigo, lo ha metido en mi novela. Lo que la obligaría a comportarse de una forma más responsable. En la vida puedes permitirte cosas que ya no puedes hacer si las describen en un libro. Lola ha entendido el partido que podía sacar a mi condición de escritor. Por primera vez en mi carrera me está manipulando uno de mis personajes.

57

A veces tienes la sensación de haber vivido varios días en uno solo. Eso es exactamente lo que he notado hoy al acostarme: la sensación de haberme despertado un martes y estar me acostando un viernes.

58

Al día siguiente, al abrir los ojos y el móvil, vi que había recibido un mensaje de Valérie: «Todo en orden otra vez. Perdón por el final de la velada. Voy tarde. Se lo cuento todo al final del día». Volví a leerlo varias veces. Una frase me intrigaba. «Todo en orden otra vez». ¿Y eso qué quería

decir? ¿Que Patrick se había calmado? ¿Que se estaban arreglando sus problemas de pareja? No conseguía dar con una vía fiable en el laberinto enigmático de esas pocas palabras. Me pareció, en cualquier caso, que era positivo para mi novela. Si volvía la calma podría recibirme de nuevo sin ver en mí a un intruso o un enemigo. Dicho lo cual, me dio cierta impresión de que Valérie me había escrito de prisa, como para tranquilizarme. La situación debía de ser mucho menos clara. Peor aún: era posible que ese mensaje no lo hubiese redactado ella. Se veían con frecuencia cosas así en los sucesos. A lo mejor Patrick había asesinado a toda la familia como consecuencia de la pelea y se había apoderado del teléfono de su mujer. Es bien sabido, todos los asesinos hacen eso para ganar tiempo: escriben SMS haciéndose pasar por sus víctimas.

59

Hay siempre un momento en que cedes a la versión negra de una historia. Pero seamos claros: en estos momentos parecía muy difícil saber si mi novela iba a adoptar un cariz a lo Stephen King o a lo Barbara Cartland.

60

A la espera de saber cómo seguía la trama (sobre todo el resultado de la entrevista de Patrick con Desjoyaux), me sentía un poco desvalido. Podía pasarme el día transcribiendo lo que ya sabía, pero me parecía que esta novela tenía que vivirla antes de contarla. Pensaba incluso que sería contraproducente replegarme en mí mismo para transformar ya los hechos en palabras. Pero ¿qué iba a hacer hoy con los Martin? Tenía que dejar a Madeleine que preparase el viaje. Al final, no me quedaba más que una pista viable: verme con el famoso Clément.

Le mandé un mensaje al que contestó pocos minutos después, durante una pausa entre clase y clase, supuse. Lola debía de haberlo avisado, porque aceptó enseguida quedar a última hora del día en un café cerca de su liceo. ¿Qué demonios le iba a decir? Se suponía que tenía que convencerme de

sus loables intenciones con Lola. Y acababa de entender el proceder de la muchacha. Yo era como un secretario judicial que valida la legitimidad de un documento, casi un testigo de buenas costumbres. Pero ¿qué se suponía que tenía que hacer? ¿Amenazarlo si se portaba mal? «¡Si la dejas después de haberte acostado con ella, puedo asegurarte que haré un retrato muy poco halagüeño de ti en mi libro!». Era más o menos lo que Lola quería que le hiciera entender a ese chico.

Estoy resentido conmigo mismo por presentar así las cosas. Da la impresión de que me tomo esta trama a la ligera, como una misión intrascendente con la que tengo que cumplir entre otros retos más esenciales. Si decido conservar este pasaje en mi libro es porque el tema me parece apasionante. Podría haber escrito sin mayor problema una novela entera sobre lo que supone acostarse por primera vez con alguien. Es algo obsesivo que se convierte en inolvidable; y es, a la postre, uno de los escasos momentos importantes de la vida que no admite borradores. Seguramente no importa tanto equivocarse, pero cualquier carácter mínimamente romántico soporta una presión terrible. Tras su aspecto descarado y un tanto altanero, Lola ocultaba una forma de ser frágil e inquieta; estaba al tanto de los pros (el deseo que sentía por ese chico) y los contras (la fama que tenía él) de la situación. Tenía que escoger la jugada y eso se plasmaba en una pelea entre el cuerpo y la razón. A mí me tocaba tratar de ayudarla a resolver esa ecuación, sabiendo que soy precisamente de los que se pasan horas dando vueltas a lo que sienten y a los actos amorosos que toca realizar; me sentía como un vegetariano al que mandan a solucionar un conflicto en una carnicería.[17]

Algo más entrado el día volvía a acordarme del «todo en orden otra vez» de Valérie. Cada vez me lo creía menos. Era el tipo de mensaje que se manda de prisa y corriendo por la mañana para tranquilizar al testigo de un desastre. Supongo que lo que quería esencialmente era que lo pusiera en mi libro para modificar enseguida la impresión del lector. Tenía que andarme

con ojo: mis personajes podían falsificar la realidad para aparecer con su aspecto más favorable.

No quería llamar a Valérie y arriesgarme a parecer demasiado insistente. Yo estaba aquí para seguirlos, no para perseguirlos. Daba vueltas sin saber qué hacer. Para matar el tiempo, preparé la maleta. Llevaba ya una buena temporada sin viajar. Lo cual me remitía necesariamente a Marie. Incluso la etiqueta colgada del asa de la maleta era el vestigio de nuestra última estancia juntos. Una prueba tangible de que habíamos conocido la felicidad. Habíamos ido a Budapest y, como ocultos detrás de ese destino, todos los recuerdos de las demás ciudades afloraron a la superficie. Y así, al escoger lo que me iba a llevar a Los Ángeles, dejé que me invadieran Venecia, Viena y Reikiavik. Echaba muchísimo de menos nuestros allendes y ahora tenía la esperanza de que volveríamos a viajar los dos. Ciertamente es que solo íbamos a ir a tomar un café, pero soñaba con que Estambul pudiera estar detrás de esa bebida.

¿Cuándo íbamos a vernos? No habíamos concretado nada durante el cruce de mensajes nocturno, sino tan solo expresado un simple deseo. ¿Quién tenía que escribir primero al otro? Ahora todo me parecía complicado. Había sido el responsable de que se reanudara el diálogo entre ambos, así que debería ser ella la que me enviase un mensaje, ¿no? Había pasado tiempo desde nuestra separación y me había acostumbrado a no esperar ya que su nombre apareciera en mi móvil. Pero resultaba que al recuperar el contacto con ella recuperaba también ese estado infernal que consiste en esperar un mensaje del otro.

Por suerte, tuve que cortar en seco con mis cavilaciones: había quedado con Clément. Nada mejor que las vidas ajenas para no vivir la propia. Me tranquilizaba esperarlo en un café en lugar de a la puerta del liceo. No quería pasar por una especie de depredador de chicas adolescentes. A menudo, me daba la impresión de que me atribuían las peores intenciones (cada cual tiene sus paranoias). Acababa de pedir una cerveza cuando vi

que se me acercaba un chaval. Debía de haberse metido en internet para ver qué cara tenía yo. Clément balbució que era Clément y se acomodó enfrente de mí. Le pregunté qué quería tomar. Noté que quería decir: «Lo mismo que usted», pero tenía que parecer serio, así que evitó recurrir al alcohol para pasarse sobriamente a un refresco.

No parecía a gusto con la situación. Podría haberla encontrado divertida o asombrosa, pero era palpable lo molesto que estaba. Como si tuviera algo que reprocharse. Me sorprendió no obstante otra cosa: me había esperado que apareciera un guapito de esos que tocan la guitarra o hacen surf, el tipo de chico que, cuando estaba yo en el liceo, salía con las chicas mientras ellas me convertían a mí en su mejor amigo. Vi a un chico más bien corriente que no parecía muy a gusto consigo mismo. Por un momento, pensé incluso que Clément había mandado a un amigo suyo en su lugar. Pero no, se trataba de él. ¿Cómo podía este chaval romper tantos corazones? ¿Y cómo podía Lola haberse enamorado de él? Me entraban ganas de preguntarle por sus métodos. Podía resultar un retrato magnífico el de un adolescente que no tiene nada de particular, pero posee el secreto de la seducción.

Después de este ratito de observación, sobre todo por mi parte, se puso en el trance de enterarse algo más de lo que se estaba tramando.

—Escribe un libro sobre Lola y su familia, ¿es eso?

—Sí.

—Pero ¿por qué? —preguntó, con los ojos como platos—. ¿De verdad que la gente va a leer algo así?

—No lo sé. Ya veremos.

—¿Así que yo también voy a salir en el libro?

—Sí. Bueno, a lo mejor.

—No veo muy bien qué pinto yo ahí. Me cuesta entenderlo. ¿Usted qué relación tiene con ella, exactamente?

—Ninguna. En fin, no la conozco mucho. Escribo un libro y me ha pedido que te viera.

—¿Por qué?

—Para hablar de vuestra situación.

—¿Qué es eso de nuestra situación?

—La conoces mejor que yo, supongo.

—No se crea. Me da que no sabe muy bien lo que quiere. Un día quiere estar conmigo y al otro casi pasa de mí.

—¿Y a ti qué te parece?

—Pues que es una chica.

—¿Y no crees que tiene motivos para dudar?

—¿Por qué? Estamos a gusto juntos. No veo cuál es el problema.

—Tiene miedo de que hagas como con las demás chicas. Eso es lo que me ha dicho.

—¿Y qué hice?

—Las dejaste.

—¿Y qué? ¿Es un delito? No las quería.

—No te estoy juzgando. Solo te digo que la situación no la tranquiliza. Así son las cosas. Tienes que entenderla...

—Se me hace raro hablar de esto con usted. No lo conozco. ¿No es ya mayorcita para decírmelo ella?

—Sí..., claro.

—Entonces, ¿por qué lo manda a usted? ¿Para que cuente todo esto?

—La verdad es que no se puede decir así. Habrá pensado que con un testigo... las cosas serían menos arriesgadas.

—Pero ¿qué riesgo?

—El de llevarse un chasco, supongo.

—¿Qué idiotez! Puede decirle que en la vida todo tiene un riesgo, ¿no?

—dijo con una repentina y extraña madurez.

—Sí, seguramente.

—Todo esto que nos estamos diciendo ahora, ¿va a salir en su libro?

—A lo mejor..., no lo sé.

—Ya estoy viendo de qué va esto. Va usted a hacerme pasar por un #BalanceTonPorc.[18]

—No, no... De ninguna manera.

—Ya, seguro. No me fío nada. Nuestros rollos no son cosa suya.

—Fue Lola quien me lo pidió.

—¿Pues haber dicho que no! ¿No tiene nada mejor que hacer que dedicarse a arreglar los problemas de una chica? Es usted un perverso total. ¡Que no se le olvide poner eso en su libro! Si por casualidad habla de mí, no deje de poner que he dicho esto: ¡es usted un perverso de cojones!

—...

Se puso de pie y salió del café andando deprisa. Podría haberme desconcertado el cariz que acababa de tomar nuestro encuentro, pero antes pensé que ese chaval tenía un carisma tremendo. Y que todo se explicaba. A los dieciocho añitos, había hecho gala de una gran seguridad en sí mismo. Yo había sido incapaz de contenerlo. Estaba molesto conmigo mismo por no haber sabido llevar adelante mi cometido. Pero podía entender que este encuentro le hubiera parecido fuera de lugar e incluso angustioso, teniendo en cuenta mi posición. A lo mejor debería haberle dicho que todo cuanto ocurriera entre nosotros estaba «fuera del libro». Apagar el micro, como los políticos con algunos periodistas. Pero no consistía en eso mi proyecto; yo estaba aquí para escribir la realidad, por más que hubiera en ella escenas fallidas o abortadas. En cualquier caso, no podría decir que no había respetado su voluntad de que transcribiera su insulto.

63

Pocos minutos después recibí un mensaje de voz de Lola. El tono era cuando menos gélido: «Lo odio. Clément acaba de cortar conmigo. Es usted un verdadero imbécil. Encima de que mis padres se estuvieron chillando por su culpa y casi se pegan. Pero ¿qué pretende con esa chorrada de proyecto? ¿Cargarse a toda nuestra familia? Bueno, pues ya lo ha conseguido. ¡Bravo, escritor! Todo esto va a acabar muy mal. Esto me pasa por ser tan gilipollas como para pedirle ayuda. Gilipollas perdida. Se nota que no se entera de nada, qué bien hizo su mujer en largarse».

La virulencia de su mensaje me escandalizó. Yo me había limitado a hacer lo que me había pedido. Su intuición la había impulsado a proponerme esta misión absurda y ahora que había resultado ser un desastre me consideraba responsable. Tendría que haberse imaginado que a Clément iba a molestarle esta especie de entrevista de trabajo un tanto rarita. Digo yo que ella lo conocería mejor que yo. A decir verdad, no solo entendía su reacción, sino que estaba de acuerdo con él en un punto esencial: ninguna situación sentimental puede vivirse sin riesgo. Lola tenía miedo y nada

podía ser más comprensible. Pero todo amor conlleva un sufrimiento potencial. Siempre le quedaría la posibilidad de acostarse con un chico más tranquilizador, pero ¿sentiría con él el mismo vértigo? Esto me recordó un diálogo de *La sirena del Misisipi* de François Truffaut. Que, de hecho, se repite en *El último metro*.

GÉRARD DEPARDIEU

Eres tan guapa que mirarte es un sufrimiento.

CATHERINE DENEUVE

Ayer decía que era una alegría.

GÉRARD DEPARDIEU

Es una alegría y un sufrimiento.

Lola quería la alegría sin el sufrimiento y me habría gustado poder dárselo. Era la primera vez que me hablaba y yo había tenido la esperanza de que mi misión fuera el comienzo de su confianza. Por el contrario, ahora me aborrecía otro miembro de la familia Martin. A lo mejor así era como iba a acabar mi libro, con cinco personas desconfiando de mí. Igual que todos esos escritores adeptos al relato autobiográfico que convierten a los componentes de su entorno en enemigos. Debía tener cuidado antes de que se presentase un abogado y me cerrase el camino de la publicación. En el peor de los casos, podía cambiar los nombres. Pero tenía la esperanza de que no llegásemos a eso. Tenía que haber un término medio entre la realidad y la citación judicial.

Volví a mi casa un poco avergonzado. Acababa de chillarme un chaval que estaba todavía en edad de hacer deberes. No me apetecía hacer nada; escribir me pareció en ese instante la ocupación más estúpida para un ser humano; después de la pesca con mosca, aunque no estaba seguro. Echado en la cama, quise enviarle un mensaje a Marie (pese a mi decisión de esperar a que diera ella primero señales de vida), pero tampoco para eso

estaba nada inspirado. Debería ser posible alquilar autores que te soplasen las frases adecuadas en el momento oportuno: atletas del SMS; Cyranos de Bergerac 2.0. Lo cierto es que nadie podía escribir por mí porque en realidad ni siquiera yo sabía lo que quería decir. Y no iba a caer en la redundancia de «Pienso en ti».

65

Menos mal que un acontecimiento equilibró un poco las energías del día. Valérie me llamó para contarme lo que había pasado la víspera. Empezó preguntándome si no me molestaba a esas horas intempestivas. Le eché entonces una ojeada fugaz al móvil: eran ya casi las doce de la noche. ¿Cómo era posible? Me había pasado cinco o seis horas en un triángulo de las Bermudas temporal. Mis divagaciones habían prosperado en un mundo en el que las horas habían tomado el humilde aspecto de simples minutos. A menudo, me perdía por el laberinto de mis ensoñaciones, pero nunca había tenido tal sensación de que el tiempo corriera sin que se notara. Suele ser una impresión que tienes cuando te lo estás pasando muy bien. A mí me sucedía, pues, lo contrario. Tenía un aburrimiento emocionante; es en el vacío donde no veo pasar el tiempo.

—Perdone, pero no he podido llamar antes —siguió diciendo Valérie.

—Por favor, no tiene importancia.

—Esta noche ha ocurrido algo increíble...

—¿Ah, sí?

—Sí, no salgo de mi asombro. Y, bien pensado, puede que haya sido gracias a usted.

—¿Qué pasó?

—Es Patrick.

—¿Qué?

—Sigo sin poder creérmelo. Es..., es... No tengo palabras...

—Cuénteme.

—Lo mejor sería empezar por el principio, por lo que pasó anoche.

—Sí, vale —dije, intentando disimular la impaciencia; estaba deseando saber en qué consistía ese acontecimiento misterioso.

Valérie volvió al momento en que yo me había quedado en la penumbra del rellano. Los chicos se habían vuelto a la cama y Valérie había sacado un edredón del armario para ponerlo en el sofá. Después de veinticinco años de vida en común, era la primera vez que Patrick quedaba proscrito del lecho conyugal. Era como para preocuparse. Las camas separadas son a menudo la antecámara de las vidas separadas. Patrick, atontado, obedeció sin decir nada. Sabía que se había pasado, había sido incapaz de controlar la agresividad que le inspiraba yo. Y eso que no entraba en sus costumbres perder los estribos. Era lo contrario de una persona colérica. Se podía hablar incluso de un carácter templado y claramente introvertido a veces. Esa rabia súbita surgía como un comportamiento que se salía pasmosamente del circuito. No por eso era menos intolerable a ojos de su mujer. Valérie no quería volver a dirigirle la palabra. Ni esa noche ni nunca. Lo que había ocurrido era el punto final de una relación extremadamente frágil ya. ¿Cómo había podido hacerle eso? Se había avergonzado de él, un sentimiento del que pocas veces te recuperas. Peor aún: había actuado delante de un testigo y en presencia de sus hijos. Podía comprenderse un sufrimiento que se convirtiese en histeria, pero debía quedarse en la esfera de la intimidad; invisible para los demás. Así que sí, se había pasado varios pueblos.

Estaba rumiándolo todo en esa cama demasiado grande para ella cuando oyó abrirse la puerta: «Vete, ya te he dicho que no quería hablar contigo. Déjame en paz...». Pero Patrick seguía en el umbral, con expresión descompuesta. Dijo palabras inaudibles, demasiado bajo. Podría creerse que había emitido silencio. A Valérie le irritó esa irrupción tan falta de energía; incluso lo que podía parecer un intento de pedir perdón carecía cruelmente de entidad. Fue entonces cuando apareció algo sorprendente: lágrimas. Valérie clavó los ojos en la cara de su marido. No recordaba haberlo visto así nunca. Patrick llevaba sin llorar desde la muerte de un amigo en un accidente de coche en 1997. Sin conseguir explicarlo, aquello le cambiaba radicalmente el estado de ánimo. Sí, puede decirse que esas pocas gotas de agua salada brotando de los ojos de su marido modificaron radicalmente la situación; y quizá incluso su vida.

Se le acercó sin dejar de llorar. Se había dado cuenta por primera vez que de que podía perder a la mujer a la que amaba; una puñalada en su porvenir. Esa noche durmiendo en el sofá exhalaba el aroma de su cercana soledad. Y eso lo destrozaba. Dio salida entonces a todo lo que llevaba meses conteniendo. Todo el sufrimiento en el trabajo brotaba ahora también. Pero lo más importante era Valérie. La quería, sabía cómo la quería y sabía también hasta qué punto había sido incapaz de demostrárselo últimamente. Con mucha frecuencia, es en el momento de perder algo o a alguien cuando entiendes por fin lo que valen. La actitud de su mujer cuando lo conminó a dormir en el salón le había producido el efecto de un electrochoque. No podía perderla. Y habían brotado las lágrimas. Unas lágrimas que no dejaban de correr en olas imposibles de dominar.

Desde la entraña de las lágrimas, intentó expresar su temor. Fue sencillo y de una belleza que desarmaba. «No puedo vivir sin ti. Eres la mujer de mi vida. Es por miedo a perderte por lo que se me han cruzado los cables. Por favor te lo pido, perdóname...». A Valérie le dio la impresión de recuperar al hombre al que había amado; sí, se hallaba ante esa sensibilidad que se había convertido en un paraíso perdido.

Le cogió la mano y él se reunió con ella en la cama.
Durmieron abrazados toda la noche.
Volviendo a soñar con su evidencia.
En la perplejidad de un nacimiento nuevo.

Por un momento me pareció raro que unas cuantas lágrimas pudieran barrer un rencor inmenso e incluso un desamor. Había que sumarles las palabras de Patrick, su declaración como el postrer monólogo de un condenado a muerte. Pese a todo cuanto afirmaba, era lo que Valérie estaba esperando: una reacción de su marido. El roce superficial te mata. Valérie entendía su angustia y su sufrimiento. Y, por último, a los dos les sentaba bien hablar y llorar (también ella había acabado llorando). Al volver a encontrarse así, reconocieron que hacía años que solo se rozaban. Patrick

quiso enviarme un mensaje para disculparse, pero Valérie dijo que lo haría ella personalmente. Todo estaba otra vez en orden, había leído yo.

Esa noche de ternura los empujó a una forma de estupor. Había algo sublime en descubrir a alguien a quien se conoce de toda la vida. Patrick se levantó para ir a preparar el desayuno. De cada uno de sus gestos emanaba la promesa de una nueva era. Fue a despertar a sus hijos. A Lola primero y después a Jérémie, y se disculpó con ellos. Les explicó que los trastornos de su vida profesional influían mucho en su estado de ánimo. Sus hijos, recién despertados, se mostraron ambos comprensivos. Patrick, ahora se daba cuenta, no compartía lo que sentía tanto como debiera con los suyos. Dejaba sus temores y sus dudas en la puerta de casa. Era una tontería: había que contarse las cosas, aunque no fuera más que para espigar un poco de apoyo. Oyó dos veces: «Todo se arreglará, papá», y de nuevo le entraron ganas de llorar. Se desplomaba su sistema y era lo mejor que pudiera sucederle.

67

Llegó a la oficina armado con una energía nueva. Cuando se recupera lo esencial, ya nada da miedo. Se preguntó por qué se había dejado atrapar así en una espiral de angustia. Por supuesto que tenía miedo de perder el trabajo. Pero ¿era tan grave? Cobraría el paro y podría disfrutar un poco de la vida y de su familia. Y era probable que pudiera volver a encontrar trabajo, con la experiencia que tenía. A diferencia de otros, obligados a padecer el acoso sin la menor posibilidad de librarse de él, comprendió que podía dominar su destino. Estaba citado para ese mismo día y estaba listo para que lo despidieran. Seguramente le vería en la mirada a Desjoyaux el brillo de su perversidad; la de rematar a un hombre después de tres días de espera. Una ejecución a fuego lento, como quien dice. Pues Patrick no se hacía la menor ilusión; no iba a tardar en guardar sus recuerdos en cajas.

A última hora de la mañana le llegó un mensaje de Valérie que decía sencillamente: «Estaré pensando en ti durante la cita». Esas palabras le parecieron extraordinarias. ¿Cuánto tiempo hacía ya que no se escribían

cosas bonitas? Pasando hacia atrás la conversación había cosas como «¿Puedes comprar una baguette?» o «Que no se te olvide traer una carpeta de anillas para Jérémie». Mensajes con forma de intimación. Celebraciones de lo cotidiano. ¿En qué momento da un vuelco el léxico de una relación amorosa? ¿Dos años, cinco años, diez años? Los mensajes escritos se convierten en los vates de la relación práctica, olvidando el tiempo en que eran la expresión de lo romántico.

Volvió a leer varias veces el mensaje y no le apetecía contestar sencillamente: «Gracias». Acabó por escribir que ese pensamiento era la fuerza que necesitaba. Era un tanto grandilocuente y puede que hasta ñoño; pero ahora quería expresar sus sentimientos; fueren cuales fueren. Un «te quiero» torpe vale siempre más que un gesto de cortesía brillante. Y a Valérie le gustó esa respuesta, esas palabras que tejían los nuevos brotes de su vínculo. Estaban volviendo a descubrirse.

68

Miró el móvil; era la hora de la cita. Por fin iba a enfrentarse con su acosador. Por supuesto que esa espera insoportable no iba a concluir con tanta facilidad. Una secretaria le explicó que Desjoyaux estaba atendiendo una cita telefónica y que seguramente se retrasaría unos minutos. Patrick se sentó pues en una silla en un pasillo (aquello parecía un hospital). Se puso a navegar con el móvil para guardar la compostura; Twitter es en interiores el equivalente del cigarrillo. Seguía, como tantos otros, el perfil de Yoko Ono, que acababa de escribir una frase sobre la paz en el mundo o algo místico sobre el sosiego de las almas. En resumen, una frase de aliento. Pero ¿qué sabía esa de la vida en una oficina? A Patrick le encantaba, no iban por ahí los tiros; pero resultaba muy fácil soltar mantras sobre la hermosura de la vida o que cada día es una oportunidad que hay que agarrar cuando no tenías una cita con Desjoyaux.

Y el muy cabrón seguía haciéndolo esperar; aquello no se acababa nunca. Hubo un momento en que Patrick quiso levantarse e irse; un comportamiento que se parecía peligrosamente a una dimisión. Pero no

podía irse sin saberlo: quería enterarse de por qué lo había citado. ¿Qué había hecho? Quizá había llevado mal un expediente, pero no se le ocurría cuál; con total objetividad, trabajaba bien. Nadie había tenido nunca que quejarse de él y sus clientes le eran fieles. ¿Qué pasaba entonces? ¿Un despido por motivos económicos? Solo se le ocurría eso. Había que aligerar peso antes de una próxima fusión. Pero el sueldo de Patrick no representaba nada en el equilibrio del grupo. Prescindir de él no cambiaría gran cosa e incluso plantearía ciertos problemas en el caso de algunos expedientes. Pero, en fin, la cantidad de clientes de Gerbier no había impedido a Desjoyaux librarse de él. Los habían repartido por las carteras de menganito o de zutanito; y todos tuvieron que aceptar esa sobrecarga de trabajo sin inmutarse. Si a alguien le parecía infernal ese ritmo, ahí tenía la puerta. Jóvenes motivados deseando ocupar su puesto los había a miles. Esa competencia enorme que no siempre se sabía si era real o un fantasma al que siempre se recurría.

Cuanto más minutos pasaban, más fuerte se volvía este sentimiento de Patrick: no quería seguir angustiándose para conservar su territorio y someterse a la voluntad de un hombre. Tras una hora de espera ya tenía decidido irse cuando, por fin, lo llamaron. Entró en el despacho de Desjoyaux con paso reposado y casi soberano. Este le pidió que se sentase sin mirarlo siquiera, sin disculparse siquiera por el retraso. Todo era normal en el reino del desprecio. Sin embargo, Desjoyaux tenía una pinta más bien simpática; el cuerpo era largo y delgado, pero tenía la cabeza perfectamente redonda. Una expresión jovial colocada como por equivocación en un pedestal austero. Según sus órdenes, no había que ser el primero en dirigirle la palabra; Patrick se acomodó pues en silencio a la espera de que su anfitrión se dignase alzar la cabeza. Y podía comenzar la comedia del poder.

Se habla mucho de acoso desde el punto de vista de las víctimas. Pero ¿cuál es la psicología del que violenta a los demás? ¿Cómo es por las noches, en la oscuridad? ¿Disfruta de su poder sin la mínima nube de culpabilidad? ¿Está vengándose de que de pequeño no lo querían? Desjoyaux sería un estupendo personaje principal. Me gustaría estar al tanto de su vida íntima, de su sexualidad, saber si tiene hijos. ¿Le gusta leer y, en

tal caso, es más bien de Proust o de Céline? ¿Camus o Sartre? Esa es otra de las dificultades de lo real, no soy omnisciente. Cuando se publique la novela, inevitablemente le dirán que lo citan en ella. A lo mejor quiere equilibrar la caricatura que hago de él. Me gustaría que algunos de mis personajes me diesen más adelante su versión de los hechos.

—¿Qué tal, Martin? —preguntó por fin.

—Bien. Gracias.

—¿No está demasiado estresado?

—No, estoy bien.

—Puede decírmelo todo, ¿sabe?

—Sí.

—¿De verdad que no tiene nada de estrés?

—Llevamos un ritmo intenso, pero estoy bien.

—Entonces, si está bien, ¿puedo encomendarle nuevos clientes?

—...

—¿No dice nada?

—Estaba pensando. Las decisiones son tuyas, pero opino que tengo ya mucho que hacer. Y más todavía desde que se marchó Lambert.

—¿Cree que no deberíamos haber prescindido de él?

—Trabajaba bien.

—No tanto como usted.

—...

—¿Y Martínez? ¿Qué opina de Martínez? ¿Piensa que es un buen activo para la empresa?

—Sí, desde luego.

—Para usted, «todo el mundo es guapo, todo el mundo es majo», ¿no?

[19]

—No..., no —dijo Patrick cada vez más apurado—. Pero me habla usted de compañeros y sé que trabajan bien, eso es todo.

—Y si estuviera en mi lugar y tuviera que despedir a alguien, ¿quién sería?

—¿Cómo dice?

—Si tuviera que dar el nombre de una persona para despedirla, ¿quién sería?

—Pero no puedo contestarle. No lo sé...

—Vamos, Martin. Es usted inteligente, tiene oficio, conoce la empresa mejor que nadie. Así que, francamente, tiene que haber alguien que esté por debajo del nivel general. Yo ya tengo algún nombre en mente. Pero me gustaría saber a quién se le ocurre usted. Para comparar.

—Me pone usted en un aprieto, si me permite decírselo. No puedo nombrar a un compañero.

—En el fondo, no me sorprende. Ya entiendo por qué su carrera está donde está. Nunca se arriesga. Es una opción, Martin. Es una opción. Pero me siento decepcionado. Espero mucho más de usted si quiere moverse dentro de la nueva organización de la empresa.

—¿Espera usted que denuncie a mis compañeros?

—¡No, no, de ninguna manera! ¡Ya estamos exagerando! Solo quiero debatir con usted. Saber qué opina. Y también quería verlo para eso.

—¿Para saber qué opino?

—Sí. ¿No ha notado nada en este despacho?

—No —dijo Patrick tras recorrer la habitación con la mirada.

—¿Está seguro?

—Sí. Bueno, no sé. No es que venga mucho a este despacho.

—Las cortinas.

—¿Qué les pasa a las cortinas?

—He cambiado de cortinas.

—Ah...

—Quería saber su opinión.

—¿Sobre qué? ¿Sobre las cortinas?

—Sí, exactamente.

—¿Quería saber qué opino... de las cortinas?

—¿Cuántas veces piensa usted repetirlo? No es nada del otro mundo. Sí, lo que quiero es saber su opinión sobre mis cortinas nuevas.

—¿Para eso era para lo que quería verme?

—Sí.

—¿A toda costa? ¿Desde hace tres días?

—Sí, porque no estaba ya seguro de haber elegido bien. Y pensé: «¡Hombre, Martin debe de tener buen ojo para esto!».

—¿Yo?

—Sí, fue una corazonada. ¿Y qué? ¿Está bien ese tono de marrón?

—No sé. Están muy bien —contestó Patrick completamente aturdido; el cariz de la conversación lo dejaba más pasmado de lo que decirse pueda, lo sumía en un estado de choque que anesthesiaba cualquier tipo de reacción.

—¿Muy bien? ¿No tiene nada más que añadir?

—...

—¿No hay nada en particular que le resulte molesto? ¿Los rombos no lo molestan?

—No.

—Vale, me fío de usted.

—Si se trataba de esto..., ¿puedo irme... ya?

—Sí, desde luego, Martin. Puede irse. Es siempre muy agradable hablar con usted.

—...

Patrick salió del despacho de Desjoyaux dejando que el diálogo concluyese en el vacío. El pasillo que tenía que recorrer para llegar al ascensor le pareció increíblemente largo. Cada paso le exigía un esfuerzo. Acabó por pararse delante de la máquina de café, con la garganta seca, pero incapaz de saber qué quería beber. Una compañera se detuvo a su lado. «¿Estás bien? —le preguntó; antes de añadir—: Estás palidísimo». Le contestó que todo iba bien para tranquilizarla, pero ella prefirió quedarse un rato con él. Sophie, que así se llamaba, acabó por proponerle a Patrick que fuera a su despacho a sentarse cinco minutos. Dieron unos pasos juntos y por fin pudo ponerse al resguardo de las miradas. Ella le trajo un vaso de agua y un pañuelo para secarse el sudor. Tenía todos los síntomas de un estado gripal.

Sentado en el despacho de esa compañera, a quien conocía tan poco, se acordó de lo que le habían contado de ella. No se sabía si era un rumor o no, pero Patrick había oído varias veces una historia referida a Sophie; al parecer, había presenciado el suicidio de un compañero; en la empresa donde trabajaba antes compartía despacho con un hombre desde hacía varios años. Un día, de repente, cuando acababan de tener una conversación trivial sobre una película, él se puso de pie y se tiró por la ventana. Sí, Patrick la reconocía ahora, era la chica del suicidio, así la llamaban. No sabía qué conclusión sacar de este hecho, pero en el momento en que él

había estado a punto de desfallecer, ella se había mostrado adorablemente atenta con él. Mientras se estaba tomando un tercer vaso de agua, ella le dirigió una amplia sonrisa.

Todo cuanto veía Patrick le parecía deformado. Tardó un rato en ajustar la vista, como si fuera el objetivo de una cámara de fotos complicada. Se levantó y le dio las gracias a Sophie por su ayuda. Balbució que le habría dado un bajón por el ritmo de trabajo. «¡Tengo que cogerme unas vacaciones!», aseguró, por último, con un desenfado poco creíble. Sophie disimuló la preocupación y se limitó a decir sencillamente que allí la tenía si necesitaba lo que fuese. Seguramente la corroía la culpabilidad, esa cadena perpetua de los testigos.

Según volvía a su despacho, Patrick notó que se le quitaba paulatinamente un peso de encima. Caía la tensión de los últimos días. Así que no iba a quedarse sin trabajo, pero la entrevista confirmaba más que nunca que la dirección del grupo había recaído en un monstruo cínico. Le habría gustado reírse, podría haberse reído, pero su cuerpo había decidido otra cosa. Y es siempre el cuerpo el que decide. En lo hondo, en la carne o en el corazón, estaba estremecido. Años trabajando, peleando por la comunidad, para acabar humillado. Porque no era posible encontrar otra palabra, solo esa: acababa de pasar por una auténtica humillación.

Le mandó un mensaje a su mujer para decirle que todo había ido bien y solucionó unos cuantos asuntos rutinarios. Anuló una cita en casa de un cliente, so pretexto de que estaba con fiebre. No se sentía con ánimos para cruzar París y hablar de seguros de vida. Se dijo que, por una vez, podía ir al cine. Nadie comprobaba su actividad; y con razón, por cierto, ya que trabajaba mucho más de lo que le correspondía. Sí, eso era, qué buena idea. Tomarse la tarde libre y meterse en una sala a oscuras. Ver cualquier película, la que fuera. ¿Cuánto tiempo hacía que no iba al cine? No tenía ni idea. A lo mejor fue una película de acción que vio con su hijo. Una de *Misión imposible*, seguramente. Sí, eso era. Ahora recordaba a Tom Cruise

en lo alto de la mayor torre del mundo, en Dubái. Patrick estaba sentado a la mesa de su despacho, delante de sus pósits, y recordaba esa imagen del heroísmo en estado puro. Se preguntó fugazmente cómo habría reaccionado Tom Cruise en una cita con Desjoyaux; ¿cómo habría demostrado su valor?

Al final, Patrick no fue al cine ese día, pero optó por un largo paseo. Eso también llevaba mucho sin hacerlo. Ni siquiera sabía cómo era un martes por la tarde. Fue callejeando, sin contestar al móvil. El barrio de negocios estaba vacío a esas horas. Los hombres y las mujeres, ejerciendo su importancia, se metían muy formales en sus casillitas. Los edificios circundantes podían considerarse como unos muebles con cajones para humanos. Todo le parecía ridículo. Acabó metiéndose en un bar PMU[20] para tomar una cerveza mientras miraba las carreras de caballos. Durante una hora le dio la impresión de que rozaba la idea de la felicidad. Intentó incluso reprimir, bien puede decirse, cierta euforia. Revisó las llamadas perdidas en la pantalla y pensó en los tiempos anteriores al móvil, cuando se podía callejear en estado puro.

70

Cuando los empleados salieron de las torres para abalanzarse hacia el metro, Patrick hizo el camino contrario y regresó a su despacho. Avisó a Valérie de que iba a volver algo más tarde, so pretexto de que tenía que finiquitar unos expedientes. Para ella fue un chasco que aquel día en que volvían a empezar él no hiciera el esfuerzo de llegar a casa temprano, pero pensó que no le habría quedado otra. Lo cierto es que Patrick no abrió ningún expediente ni devolvió ninguna llamada. Los problemas de sus clientes ya no eran los suyos. Inundación, terremoto, accidentes de todo tipo, ya nada podía afectarlo.

Su departamento estaba ahora desierto. Salió de su despacho, fue al ascensor y subió al piso de Desjoyaux. Volvió a cruzar ese largo pasillo que había recorrido unas horas antes, pero en esta ocasión le pareció menos largo. En las distancias influye siempre nuestro estado de ánimo. Vio de lejos a una limpiadora atareada en un despacho y se las arregló para que no

se fijase en él. Cosa que no resultaba difícil; parecía trabajar de forma mecánica, sin preocuparse siquiera de lo que ocurría a su alrededor. Gestos reiterativos todas las noches, luchando contra el cansancio. Ella sí que era Tom Cruise, pensó Patrick. Luego, siguió su camino. Pero, antes de llegar al despacho de Desjoyaux, torció hacia las escaleras de servicio para coger el extintor. Dio luego marcha atrás para volver al lugar de su humillación.

La puerta estaba abierta; se sentó un momento en el sillón de Desjoyaux, pero no tardó en girar el asiento para mirar las cortinas. Las cortinas nuevas. Las famosas cortinas. Un poco antes, por la tarde, Patrick había comprado un Zippo en el bar PMU. Lo abrió con el pulgar, ese gesto que hace parecer despreocupados a todos los hombres. De hecho, esa era exactamente la tonalidad de la actitud de mi protagonista. Hay algunos a quienes les llega la gracia en plena revelación mística. A Patrick le habían puesto un injerto de indolencia. Aunque corría un riesgo demencial (en cualquier momento podía pasar un guarda o un testigo) estaba impertérrito. A decir verdad, se comportaba como alguien que ya no tiene nada que perder.

Prendió fuego a las cortinas nuevas de Desjoyaux.

Mientras las cortinas ardían, usó el extintor para apagar el incendio incipiente. Salió tranquilamente del despacho y media hora después estaba en su casa. Valérie lo esperaba leyendo en la cama. Se echó al lado de su mujer y la besó. Los chicos estaban ya en su cuarto. Valérie le preguntó si tenía hambre; contestó que ya se encargaba él de eso. Fueron los dos a la cocina y Patrick se hizo una tortilla de queso. Esta velada tan normal y corriente tenía el encanto de una primera vez.

Al contarse cómo habían pasado el día, Patrick comentó tan tranquilo: «Me convocó para que le dijera qué opinaba de sus cortinas. ¿Te lo puedes creer? Para cobrarme el servicio he vuelto esta noche a su despacho y las he quemado». Ella le pidió varias veces que lo repitiera. Sí, había oído bien.

Conociendo como conocía a su marido, sabía que había tenido que estar al límite para cometer ese acto extraviado entre la desesperación y la valentía. Él dijo muy bajito que era su discusión de ayer lo que le había dado fuerza para actuar; no quería seguir sometiéndose. Por supuesto que habría consecuencias (Desjoyaux se lo achacaría a él inevitablemente), pero ya daba lo mismo.

De repente les entró una risa incontrolable. En el fondo, Valérie podía entenderlo mejor que nadie. A ella no la acosaban, pero esto la remitía a su sensación de vida incolora. Ya no disfrutaba de su vida diaria. ¿Y si la solución fuera entrar a saco? Desde luego que Valérie no se veía destrozando la biblioteca de su centro, pero a lo mejor tenía ella también que enfrentarse al porvenir con menos educación. El día anterior, sin ir más lejos, quizá le hubiera echado en cara a su marido que perjudicara así su equilibrio, que actuara de forma estúpida sin considerar las consecuencias, pero hoy todo era distinto. Admiraba ese gesto suyo y admirar a tu marido resulta muy agradable.

Fueron al dormitorio e hicieron el amor. Patrick se quedó dormido, agotado por el torbellino de emociones recientes. Valérie volvió a la cocina para llamarme por teléfono. Todo aquello era demasiado novelesco para no contárselo a alguien.

72

Nunca podría haberme imaginado semejante comportamiento en Patrick. Me pareció evidente que mi intrusión en esta familia había funcionado como un detonador. Habría que sumergir a un escritor en todos los grupos que bullen. A decir verdad, me parecía más justo pensar las cosas de forma algo diferente. Sí, ahora estaba convencido: toda persona a la que se coloca en un libro se vuelve novelesca.

73

LO QUE SÉ DE MIS PERSONAJES (4)

Madeleine Tricot. Nada nuevo. Ya habrá hecho la maleta. Dentro de dos días nos vamos a Los Ángeles.

Patrick Martin. Podría escribirse una novela solo con el día que ha pasado. Lloró por primera vez desde hacía mucho. Un llanto de renovación. No podía esperarme esta historia de cortinas. El Desjoyaux ese es un psicópata. Perfecto para mi novela. Siempre se necesita un malo en todas las historias. Y qué reacción tan loca la de Patrick. Estoy orgulloso de mi personaje. Deberían despedirlo por falta grave. Y quizá procesarlo si hay una denuncia.

Valérie Martin. Cambio total de la situación. Después de anunciar un divorcio inminente, al parecer ha vuelto a enamorarse. Puede considerarse que le guardaba rencor a su marido por no haber estado a la altura de los retos cotidianos. Seguramente nunca dejó de quererlo. No quiero hacer de Casandra, pero no por eso dejo de tener la impresión de que el aroma de euforia que se está adueñando de ella puede ser igual de fugitivo que el desamor del que hablaba hace poco.

Jérémie Martin. Nada nuevo. Me queda la esperanza de que gracias a mí le pongan una buena nota.

Lola Martin. No sé si nuestra relación puede estropearse todavía más. Me ha llamado imbécil. Cosa que me parece injusta. Me limité a intentar hacer lo que me pidió. Ver a Clément, que se irritó. Puedo entenderlo. No le gustó nada que su deseo de salir con Lola quedase sometido a mi aprobación. Consecuencia: ruptura inmediata. Puede que sea una tragedia o puede que una suerte. A saber.

El día siguiente fue un día muy curioso. Hubiérase dicho que mis personajes se habían despedido de mí. Esperé a que dieran señales de vida;

en vano. Acabé por mandarle un mensaje a Valérie, que me contestó con un lapidario «se lo cuento todo más tarde». No me queda más remedio que reconocer una cosa: hay un tiempo para la acción y otro para la narración. Tenía que dejar que los Martin vivieran antes de convertirlos en capítulos.

Como no sabía qué hacer (tenía el resto de mi vida puesto en pausa), fui a ver a Madeleine. Estaba concentradísima en la organización de nuestra aventura.^[21] No quería dejarse nada olvidado. Fue entonces cuando alzó la cabeza y me dijo: «Seguramente es la última maleta de mi vida». Pocas frases podrían haberme trastornado más que esa. Así que hay una edad en que a cada acción, por muy anodina que sea, la acompaña un pensamiento así. Todo es potencialmente «la última vez».

Le dije que podía llevarse muchas cosas, que ahí estaría yo para cargarlas. En el fondo, la estaba viendo hacer por hacer. Sacaba ropa del armario para volver a guardarla a los cinco minutos. A Madeleine parecía habersele echado encima la ansiedad por lo que se disponía a vivir. La inminencia de lo concreto había tirado por tierra la emoción inicial. Solo quedaban aprensión y una serie de preguntas. Y sobre todo: ¿qué te pones para volver a ver al hombre de tu vida cincuenta años después? Fijo que iba a parecerle vieja y arrugada. No se le ocurrió ni por un momento que él podía compartir esa misma preocupación.

Una vez más, en el eco incesante de las historias podía entender su aprensión. ¿Qué iba a ponerme yo el día de mi reencuentro con Marie? Sencillo e informal, para parecer relajado. Pero podría tomarse por pasotismo en vista de un momento tan crucial. ¿Algo más elegante entonces? Chaqueta y camisa. A riesgo de dar una imagen un tanto grandilocuente. En el fondo, empezar con dudas nunca es buena señal. Tenía que dejar que me guiara la intuición. Y, además, ese encuentro, ¿iba a vivirlo? Al fin y al cabo, Marie seguía sin escribirme. A lo mejor nuestra conversación nocturna no había sido sino un espejismo.

Esa misma noche no tenía nada nuevo que apuntar sobre mis personajes. Valérie no me había llamado como estaba previsto. Tenía que haber ocurrido algo después de la historia de las cortinas quemadas, pero ¿qué? Me daba la impresión de estar al final de la primera temporada de una serie y tener que esperar semanas para saber qué pasaba a continuación. Esa es, en último extremo, la paradoja de nuestra época: como estamos acostumbrados a tenerlo todo en el acto (no existe ya el menor plazo entre el deseo y que ese deseo se concrete), la magna empresa moderna consiste en generar frustración. Seguramente, incluso, es lo que enardece al consumidor: el síndrome de abstinencia. Y yo estaba en las mismas: me faltaba mi dosis de Martin.

76

Al día siguiente fui a buscar a Madeleine y cogimos un taxi para ir al aeropuerto. Inmediatamente antes de embarcar, le envié un mensaje a Valérie para decirle que todo iba bien, pero no me contestó. Ni siquiera escribió a su madre para desearle buen viaje. Ese silencio suyo empezaba a parecerme muy preocupante.

77

Ya por encima de las nubes, pedimos una copa de champán. Madeleine quería que este viaje fuera inolvidable. ¿Cómo podía ser de otro modo? Todo cuanto estábamos viviendo era un antídoto de la amnesia. Las burbujas no tardaron en subírseme a la cabeza y me sentaron bien. Aunque me encantara viajar, a veces notaba cierto estrés en el avión. Prefiero el tren. Lo ideal serían raíles en el cielo.

Entonces se me acercó la auxiliar de vuelo para preguntarme: «¿Está con un nuevo libro?». Me quedé un momento callado antes de contestar. Siempre me resulta raro que puedan reconocerme. Aunque algunos de mis libros hayan tenido éxito, todavía me parece inverosímil. Me hubiera gustado contestarle: «Sí, lo tengo en el asiento de al lado», pero no quería

desvelar nada del proyecto actual. En términos generales, mencionar una creación en curso casi me parece una forma de herirla en el corazón. Con cada libro he pasado meses sin hablarle de él a nadie. Acabé por contestarle a la auxiliar que de momento estaba haciendo una pausa y me dijo que hacía muy bien «disfrutando de la vida».

Se fue a repartir su buen humor entre otras filas de asientos sin que pudiera decirle que disfrutaría mucho más de la vida si tuviera una novela en curso. Madeleine me interrumpió la reflexión existencial preguntándome qué iba a pedir de comida. Yo no había abierto aún el menú.^[22] Al echarle una ojeada, opté por lo vegetariano. Madeleine pareció muy contenta al comunicarme que eso era también lo que había elegido ella; como si ese punto en común equivaliera a un concepto idéntico de la vida.

78

Hasta ahora, Madeleine había mencionado el drama de la marcha de Yves y los padecimientos de un amor tan fuerte, pero yo no sabía mucho más. Antes del reencuentro, necesitaba más material. Por encima del Atlántico nos fuimos pues hacia el pasado.

Todo había empezado en un club de jazz, pero Madeleine no se acordaba ya de cuál. Le cité unos cuantos sitios míticos, como Le Caveau de la Huchette o Le Duc des Lombards, pero no le sonaba ninguno. Solo me dijo que Miles Davis había tocado allí acompañado de Juliette Gréco alrededor de quince años antes. No es que me sirviera de gran ayuda: la famosa pareja había frecuentado la mayoría de los escenarios de jazz importantes.

En cambio, no podría olvidar nunca aquel instante. Cuando estaba oyendo el concierto, volvió la cabeza sin saber muy bien por qué. ¿Pueden notarse las vibraciones de una persona que va a conmocionarnos antes incluso de haberla visto? Como si el cuerpo estuviera dotado de una especie de premonición afectiva. Le llamó la atención una sombra masculina en un rincón del sótano lleno de humo. No se veía de ese hombre sino una silueta.

Fumaba moviendo sosegadamente la cabeza. A Madeleine le atrajo inmediatamente esa misteriosa forma humana. Se acercó, cruzando a contracorriente entre la muchedumbre de espectadores. El ritmo desenfrenado del bebop proporcionaba a la escena los mismos síntomas que una fiebre. Cuanto más se acercaba al hombre, más le iba viendo la cara. Yves no pudo por menos de fijarse en esa joven que lo observaba descaradamente. Acabaron por sonreírse. Madeleine dio con una excusa para su comportamiento: «Qué calor hace aquí. Necesitaba respirar un poco». Y, sin embargo, si es que había un lugar en el mundo donde no podía respirar era delante de ese hombre. Exactamente como si llevase toda la vida corriendo para poder detenerse ahora por fin.

Su primer momento comenzó con una confusión. Yves le propuso a Madeleine que saliesen a tomar el aire. Ella vio en eso un deseo de escabullirse para estar a solas los dos, siendo así que él sencillamente se había preocupado por esa joven que decía que se estaba asfixiando. Madeleine recordó una conversación fácil, todo el material de eso que puede llamarse una complicidad. Ambos decidieron por fin no volver al club e ir a tomar algo a una taberna que estaba al lado. A Madeleine, acaparada por el momento, se le olvidó avisar a la amiga con la que estaba del cambio de orientación de la velada. En cuanto a Yves, había ido solo a oír jazz, cosa que le pegaba mucho, pensó Madeleine.

La pareja no tardó en volverse inseparable. A Yves lo tenía completamente cautivado la vivacidad de Madeleine, su capacidad para hacer la vida más intensa. No sospechaba que el responsable era él; desde que había conocido a aquel hombre, Madeleine tenía la sensación de ser «la mejor versión de sí misma». A él le gustaban sus tardes en la cama, pegados el uno al otro. Al pasarle la mano por el pelo, se sentía por fin en el lugar adecuado; su vagabundeo terrenal había concluido a la vuelta de una nuca.

Yves, que solía ser tan poco comunicativo, se explayaba largo y tendido con Madeleine. Se notaba menos taciturno. Sus angustias o su simple melancolía iban disminuyendo en provecho de alegrías sencillas. Toda una vida podía basarse en el placer de una taza de chocolate en el Café de Flore,

pensaba. No sin que le cruzase a veces por la cabeza la idea de que el tiempo del idilio no tendría más remedio que terminar.

Madeleine trabajaba ya en un taller de costura y se le aceleraba el corazón cuando Yves iba a recogerla a última hora de la tarde. Ya no vivía sino esperando esos momentos de los dos. Iban al cine o a dar una vuelta y el tiempo pasaba estúpidamente deprisa. Yves acababa de heredar de su padre y quería escribir: había probado con la poesía, la novela, el teatro e incluso la canción antes de optar por los guiones. Estaba intentando parir uno de cine negro y era también por ese motivo por el que recorría los clubs de jazz con la esperanza de hallar en ellos, si no la inspiración, al menos un ambiente. Siempre se colaba hasta el fondo del local para poder observar el espectáculo desde el mejor ángulo. A veces se notaba abatido al pensar que no tenía talento alguno. En ocasiones le duraba días y noches, en esos casos prefería estar solo. Madeleine se volvía loca cuando tenía por rival la carencia de inspiración del hombre a quien quería. Intentaba ayudarlo por todos los medios y se exprimía los sesos para dar con un buen diálogo o el principio de una acción emocionante.

En varios momentos de su historia, Madeleine tuvo una sensación extraña: la de que Yves usaba el suplicio de la creación como coartada para no verla.

Yves era encantador y atento, pero nunca quería ir de vacaciones, aborrecía la idea de una comida familiar y pensaba que irse a vivir juntos determinaría el final de su idilio. Locamente enamorada, Madeleine aceptaba los deseos de su artista mientras él le diera todas las prendas de la reciprocidad sentimental. Pues no cabía duda alguna sobre este punto: Yves quería a Madeleine con un amor que lo sorprendía, con un amor que lo desestabilizaba e incluso con un amor que lo contrariaba.

Así pasaron dos años y quizá el tercero. Madeleine albergaba la esperanza, y, de una forma cada vez más vehemente, la esperanza de una vida en común clásica. No se atrevía a reconocer que a veces pensaba en los nombres de sus futuros hijos. Yves había eludido siempre esas conversaciones pragmáticas, pero un día le anunció que no era contrario a la

idea del matrimonio. No era la declaración más romántica que darse pueda, pero conociendo la forma de ser de su hombre, Madeleine se sintió exultante. Él, mientras la abrazaba, llegaba casi a mirar hacia delante. Sí, podría tener una vida como todo el mundo. Hablaba continuamente de esa necesidad de soledad, pero ¿estaba seguro de tener alma de artista? Sus ideas de guion no acababan de cuajar y sus colaboraciones seguían siendo estériles. Quizá el éxito se ocultaba en la plenitud conyugal. Por supuesto, no había que descartar otro elemento: quería que Madeleine fuera feliz. Le palpitaba el corazón al oír palpar el suyo.

Sin embargo, las cosas se complicaron. Según se iba acercando la fecha de la boda, Yves pensaba cada vez más a menudo: «No puedo, no puedo». Y esas palabras acabó por decírselas a Madeleine. Ella intentó hacerlo entrar en razón, convencerlo, comprenderlo. No había nada que hacer. Se hallaba ante una actitud sin pies ni cabeza. Estaba claro que Yves no era un perverso ni pretendía jugar con ella. Sufría por hacerla sufrir. Y ella sufría por imponerle su sufrimiento. Aquello era como un círculo vicioso del sufrimiento amoroso.

Sin ninguna explicación concreta, a no ser la sensación de un malestar impreciso y la loca necesidad de huir, decidió marcharse a Estados Unidos. Sin ella. Al contarme ese atroz desenlace, el apogeo de su desesperación, Madeleine empezó a hipar. El relato de su devastación tenía aún, décadas después, el sabor inalterado de la tragedia. Hay que imaginarse a esta joven amputada de su razón de ser. Como una loca, volvía todas las noches al club de jazz, el de su encuentro; y ahora entiendo mejor por qué no puede recordar el nombre del lugar; no tiene nada que ver con la edad ni con la enfermedad, hacernos olvidar las dichas transformadas en desdichas es una bendición de la amnesia.

No me lo dijo claramente, pero entendí que por entonces intentó poner fin a sus días. Por lo visto, nadie se enteró; no pudo nunca hablar de esto. Este testigo desapegado que soy yo libera a Madeleine de ese negro secreto. Aunque sobrevivió, no cabe duda de que una parte de sí murió en aquella época. Pasaron los años y el dolor siguió siendo intenso. El dolor y el hecho de no entender. Puedes volverte loco por no saber algo. Se dijo que había

querido a una sombra (siempre hay que desconfiar de la primera aparición). Alguien que se escapa en cuanto te acercas demasiado. Con algo de lucidez habría entendido que no era de ella de quien huía Yves, sino de sí mismo. Nunca es algo anodino irse a vivir a la otra punta del mundo. Es una forma de desertar de la parte geográfica de lo que somos. Probablemente Yves no había tenido más alternativa que la de dejarlo todo, no había tenido más alternativa que la de una ruptura brutal. Para liquidar aquella zona de indefinición que los hacía sufrir a ambos. Pero se había ido sin explicarse. Nuestro viaje iba a permitir por fin concluir esta novela inacabada.

79

Pocos años después, Madeleine conoció a René. Y, a falta de pasión, fue la alternativa de la razón. No vamos a volver sobre ello. Fue exactamente eso que podríamos llamar un «hombre tiritita». Y, además, Madeleine quería hijos. Acabó por revelarme esta anécdota: «Estaba con gripe cuando René me pidió en matrimonio. Yo estaba agotada, metida en la cama. Me pasaba el rato con ganas de vomitar y fue en ese momento cuando se arrodilló para pedírmelo.[23] Me pareció que era la cosa más romántica que hubiera hecho nunca». Yo estaba de acuerdo con Madeleine. Siempre resulta encantador nadar a contracorriente. René no había dejado de sorprenderme y me alegraba siempre que volvía a salir en mi relato.

80

En ese preciso instante se acercó la auxiliar para preguntarnos si todo iba bien o si necesitábamos algo. Acabó por añadir: «Me encantan sus historias de los dos polacos. ¡Me hace tanta gracia esa manía que tiene con ellos!». Luego se fue hacia otros pasajeros. Madeleine quiso saber más; a decir verdad, esta irrupción le había recordado que yo no era uno de sus amigos, sino un escritor en pleno proyecto. Me confesó que no conocía mi labor y ahora se arrepentía de no haber intentado enterarse de más. A mí eso me venía estupendamente. Era preferible, creo, que no supiera nada de mí. Me preguntó por eso de los polacos y entonces le conté la génesis.

Esto es lo que había sucedido: me había pasado años escribiendo por pasión o por necesidad, sin pensar que un día iba a conseguir publicar. Los rechazos se sucedían y al final me parecía bastante lógico. No veía adónde me llevaba mi inspiración. En realidad no era una meta, escribir sería el centro de una vida paralela. Pero la aparición de dos polacos cambió la situación. Escribí su historia y seis meses después publiqué en una prestigiosa editorial. ¿Qué había ocurrido? Tenía la sensación de que me habían traído suerte, que eran responsables de que mi destino diera un vuelco. Por eso decidí que no volvería a escribir un libro sin que en algún momento aparecieran los dos polacos.

«Y en su libro sobre mí, ¿dónde van a aparecer?», preguntó entonces Madeleine. Lo cual me dejó perplejo. No había pensado en eso. Como no estaba escribiendo una ficción, en esta ocasión había tenido que prescindir de mis polacos. Pero Madeleine tenía razón, tenían que salir, como siempre. Me apetecía ocuparme ahora de ellos; ¿pero cómo encontrar a dos polacos por los aires? No iba a pedirle a la auxiliar que preguntase, como se pregunta si hay un médico a bordo si se pone malo un pasajero. «¿Hay dos polacos en el avión? En caso afirmativo, que tengan la bondad de dirigirse a nuestro personal». Acabé por decirle a Madeleine:

—¿Le importa si escribo que a nuestro lado van dos polacos? Nadie se meterá a comprobarlo.

—Faltaría más.

—Perfecto.

Así que volamos hacia Los Ángeles al lado de dos polacos. En un momento dado del viaje, no sé ya por qué motivo, cruzamos unas palabras. Era un dúo de directores de cine. Habían estudiado en la famosa escuela de cinematografía de Łódź. Iban a Hollywood con la esperanza de vender un guion. Uno de los dos me dijo en inglés: «Es una historia increíble. Realmente increíble. Estamos seguros de que será una película extraordinaria». Yo estaba intrigado, claro, pero no quisieron contarme nada. Espero fervientemente por ellos, cuando escribo estas líneas mitómanas, que hayan conseguido que alguien leyese su guion y que un gran director se haya quedado con él.

Dos horas antes de aterrizar, Madeleine se quedó dormida. Con un sueño tan profundo que ninguna turbulencia la molestó. Temí que estuviera ida cuando llegó el momento del despertar obligatorio, pero recobró inmediatamente los sentidos y admiró la vista por la ventanilla. Si Nueva York era una ciudad en pie, Los Ángeles aparecía tumbada.[24] El espectáculo es pura magia.

Los trámites de la aduana fueron bastante rápidos. Los estadounidenses son muy duchos gestionando turistas; actúan lo mismo con las colas de los parques de atracciones. Al final te quedas decepcionado de que solo te sellen el pasaporte, porque habíamos llegado a creernos que al final de la cola nos esperaba una noria o una casa encantada. Es el país que atestigua la mezcla entre realidad y diversión. En algunos entornos estadounidenses no sabes ya si estás viviendo tu vida o si alguien va a gritar: «¡Acción!».

Nos montamos en un taxi para ir a nuestro hotel de Santa Mónica. Yo había elegido ese sitio por la proximidad del océano, claro, pero también porque era en este barrio donde teníamos que encontrarnos con Yves a la mañana siguiente. Nuestro hotel era encantador, aunque un poco ajado. Me habría gustado que la banda sonora de este pasaje fuese una canción de los Doors, pero la literatura es silenciosa.

Nos acomodamos en nuestras habitaciones y Madeleine prefirió acostarse enseguida. Eran las seis de la tarde, yo quería seguir luchando contra el sueño para no quedarme muy desfasado. Opté por dar un paseo; hacía un tiempo tan agradable. No me podía creer la rapidez con que habíamos hecho este viaje. Estaba ante un gigantesco sol rojo que se hundía en el Pacífico, siendo así que todavía tenía en la boca el sabor de París.

Algo más tarde estaba tumbado en mi cama. Qué goce estar cargado de cansancio. Esto es todo cuanto deberían hacer los insomnes: vivir con un desfase horario. En el momento en que los párpados me estaban cayendo sobre los ojos sonó el teléfono. Por supuesto, le había dejado un mensaje a Valérie para decirle que todo iba bien, pero no pensaba que me fuera a llamar tan temprano (eran las seis de la mañana en Francia).

Quería todos los detalles del viaje, el hotel, el ambiente, mis conversaciones con su madre... Resultaba de lo más inoportuno. ¡Qué suplicio tener seguir despierto en el preciso momento en que me estaba viniendo abajo! Pero, pese a todo, me tranquilizaba que me llamase por fin. Y, sobre todo, iba a enterarme de lo que había pasado con Patrick. Llevaba dos días sin dejar de pensar en esa trama. ¿Cómo había reaccionado Desjoyaux al descubrir sus cortinas achicharradas? Valérie me contó que se había quedado anonadado. Varios testigos confirmaron que se había quedado varios minutos sin poder decir palabra. Era algo más que un acto vandálico contra la decoración. Veía en ello una agresión ultraviolenta, casi una ejecución.

Desjoyaux era muy consciente del carácter perverso de sus actos, pero nunca podría haber imaginado que fuera a ocurrir algo así. Nadie había respondido nunca, ni tan siquiera reaccionado, a sus provocaciones. El temor a perder el empleo había impulsado siempre a sus víctimas a callarse y a meterse bajo tierra. Esta ocasión era distinta. Había caído en el peor momento de la vida de un hombre. En un momento en que no le quedaba ya más alternativa que reaccionar. Armado con una nueva energía, irguiendo la cabeza, Patrick había plantado cara al temor a las consecuencias. Pues sabía que iba a haberlas. Desjoyaux no podía dudar ni por un segundo de quién era el culpable: Martin, solo podía ser Martin.

Desjoyaux se repuso al fin y convocó al empleado que se había atrevido a desafiarlo. Pasaron varios minutos, pero Patrick no apareció. Desjoyaux le gritó a su secretaria que lo volviera a llamar (no entraba en absoluto en sus costumbres perder los nervios). Al otro lado del teléfono oyó que una voz masculina le decía: «Si quiere hablar conmigo, lo que tiene que hacer es venir aquí...». Odile, la secretaria, le pidió a Patrick que lo repitiese. Y él

volvió a entonar el estribillo de su atrevimiento: «Si quiere hablar conmigo, lo que tiene que hacer es venir aquí...». Odile le dijo que no podía transmitirle al jefe esa respuesta kamikaze. Tanto más cuanto que tenía a Desjoyaux plantado delante esperando que le confirmasen la llegada inminente de su agresor. Como Martin había colgado, a Odile no le quedó más remedio que decir lo que había oído. Pero no le salió ningún sonido de los labios; hay algunas frases a las que les dan tanto miedo las reacciones que van a provocar que prefieren anunciarse en silencio. Odile tuvo que probar varias veces antes de que por fin pudiera entenderse: «Ha dicho que, si quiere hablar con él, quien tiene que ir a verlo es usted...». Y entonces agachó la cabeza exactamente como si estuviera frente a un hombre que la apuntase con una pistola.

Desjoyaux acabó por ceder y salió en busca del despacho de Martin. Como no sabía dónde estaba y no quería preguntar a nadie, anduvo cerca de un kilómetro por los pasillos del edificio. Todo el mundo lo miraba al pasar y le parecía oír acá y allá la palabra «cortina» en unos cuchicheos que tenían muy poco de discretos; ¿o sería cosa de su imaginación? Cuando nos sentimos culpables, nuestra mente cree oír las voces de la denuncia. Era un Raskólnikov de la cortina. Por fin llegó al despacho de Martin. Este se le adelantó en el saludo, sutil guinda del pastel de su rebelión. Desjoyaux, escandalizado y sudoroso, dijo a voces: «¿¿Se da usted cuenta de lo que ha hecho??».

—¿De qué me está hablando?

—Lo sabe muy bien. Solo puede haber sido usted. ¡Las cortinas!

—¿Y eso por qué?

—Porque hablamos de eso por la tarde y... ¡Pero, bueno, no tengo por qué justificarme! Solo he venido a comunicarle su despido por falta grave. Muy grave.

—¿Y mis clientes? ¿Qué va a pasar con ellos?

—Me importan un carajo, ¿se entera? Ya se los colaremos a otro cualquiera. De todas formas, ni siquiera notarán la diferencia. ¡Mire, hay otro Martin en contabilidad! ¡Voy a ponerlo en su puesto, así no hay cambios para los clientes!

—¿Y cuándo tengo que irme?

—Pues ahora, so cretino. ¡Ahora!

—¿A usted le parece normal preguntarle a un directivo que lleva aquí veinte años qué le parecen sus cortinas? Le dice con un tono de lo más estresante, tres días antes, que quiere verlo a toda costa. ¿Le parece normal?

—¡Me importa un carajo! ¡Lo que no es normal es pegarles fuego a mis cortinas! ¡Así que váyase a la puta calle ahora mismo!

—Muy bien. Pero esto es solo el principio.

—¿¡Y eso qué quiere decir!?! ¿Me está amenazando, Martin? ¿¿Me está amenazando??

—No quiere decir nada. Puede entenderlo como quiera.

—Está como una cabra. Voy a volver dentro de una hora. No quiero ver ya el menor rastro de su presencia aquí. Y, créame, lo lleva claro si se cree que va a cobrar ni un céntimo de euro de indemnización. Todo lo que espero es encontrármelo un día tirado en la calle pidiendo limosna.

—No entra en mis planes. Pero le agradezco que se preocupe por mi porvenir.

A Desjoyaux lo dejó un momento perplejo la inconsciencia de ese hombre; luego se fue.

Todos los compañeros de la planta miraban a Patrick con admiración. No se lo podían creer. ¿Era el mismo hombre? Él, en cualquier caso, estaba encantado de haber llegado al cabo de lo que tenía decidido sin titubear. Pero ¿de qué le serviría ahora? Iba a volver a su casa a las diez de la mañana, a mitad de la semana, con dos cajas llenas de recuerdos de su trayectoria laboral. Solo dos cajas para tantos años. Mientras recogía su escritorio, pasaban a verlo para homenajear su coraje. Pero ¿se seguirían acordando de él dentro de dos días o de diez? Era poco probable. Su algarada había sido un desahogo, pero no iba a tener ninguna repercusión. Esta aura fugaz era también un callejón sin salida. ¿Qué iba a ser de él? Todo el mundo se conocía en el mundo de los seguros. Su despido por falta grave se sabría fijo. La gente es muy dada a simplificar. Dirían de él: «Es el que quema las cortinas». Los motivos son lo de menos, no suena muy tranquilizador. Pensarán: «Si era una víctima de acoso, tendría que haberlo denunciado; hay que estar un poco loco para tomarse así la justicia por su mano». Sí, le parecía evidente, el que estaba quemado era él. Su mujer se sentiría orgullosa de él, claro. Podría ir navegando sobre esa hermosa impresión por una temporada, pero no tardaría en estrellarse contra la

realidad. Y contra la vida cotidiana lúgubre que lo esperaba. Ahora desaparecía la euforia y empezaba a arrepentirse amargamente de su acto. Iba a pasar mucho tiempo pagando los destrozos.[25]

Finalmente, la larga charla con Valérie me permitió retrasar la hora de irme a la cama. Lo que no me impidió despertarme en plena noche. Pasé el rato viendo la televisión. Y sobre todo repeticiones de concursos televisivos con participantes que no paran de berrear. En Estados Unidos es obligatorio estar titulado en historia para poder participar en un concurso. Cuando bajé, a eso de las seis de la mañana, Madeleine ya estaba sentada en el comedor del desayuno. También se había despertado muy temprano. Habíamos quedado con Yves a las nueve y los últimos momentos se hacían interminables. Saltaba a la vista lo nerviosa que estaba. Debía de estar preguntándose si había hecho bien en ir. Curiosamente, me confesó que estaba pensando en su marido. Le daba casi la impresión de estar siéndole infiel. Tenía la cabeza hecha un lío.

Le propuse que anduviéramos un poco por la playa para relajarnos. La salida del sol la festejaba un ejército de corredores. ¿Cómo es humanamente posible hacer deporte tan temprano? En París, a esa hora te cruzas más bien con personas alcoholizadas que salen de las discotecas. Todo esto, sumado a las horas borrosas del desfase horario, contribuía a que el momento resultase un tanto surrealista. Madeleine me preguntó de repente:

- ¿Está seguro de que va a venir?
- Sí, le confirmé nuestra llegada ayer. Nos está esperando.
- ¿Y si no es él? Sino alguien que se le parece.
- No, sería demasiado improbable.
- ¿Y si no tenemos nada que decirnos?
- Pues se miran en silencio.
- ¿Y si lo vemos todo borroso?
- ...

Pensé que esta última pregunta había sido una broma, pero qué va. Había en ella demasiada intensidad para ceder a cualquier intrascendencia. Tenía realmente miedo de quedarse sin recursos, de no saber qué decir o de ver las cosas borrosas. La notaba cada vez más paralizada, me parecía incluso que tenía la voz pastosa. Me recordaba a los actores que tienen miedo escénico antes de una toma o de salir al escenario. Era la película de su vida lo que iba a transcurrir ante mi vista; esa ficción que constituye cualquier amor.

Era algo tan intenso que empezaron a entrarme dudas. De repente, tenía miedo de ser un intruso. Quería escribir la realidad y no robar una intimidad así. Más allá de cierto umbral de hermosura, ya no se pueden tolerar testigos. Madeleine podría contármelo luego todo si quería. Sí, y era mejor así. Iba a acompañarla y luego marcharme. ¿Tan grave era que mi libro no ofreciera la descripción de esta escena? Cada cual podría imaginársela. Cada cual podría crear su propia novela del reencuentro. En el momento en que estaba cayendo en esa evidencia, Madeleine me cogió la mano y me dijo: «Quiero que se quede. Lo necesito a usted».

Llegamos con una hora de adelanto al lugar de la cita, un café grande distribuido en dos salas que separaba una cristalera. Yves ya estaba allí. Una lástima: no podría escribir la escena de su aparición. Me pareció en el acto que era elegantísimo. Llevaba un traje de lino, se tocaba con un sombrero ancho y parecía un personaje de Fitzgerald. Me dio brevemente las gracias por haber organizado este reencuentro; unas palabras fugaces para centrarse enseguida en lo esencial. Retrocedí entonces unos pasos para dejarlos vivir ese momento que yo nunca iba a poder olvidar.

Desde hacía unos días, había nacido un vínculo particular con Madeleine. Nos unía mi proyecto y ahora estaba en primera fila de su emoción. Esa mujer y ese hombre se miraban sin acabar de creérselo. Con los ojos húmedos, pero con una sonrisa inmensa cruzándoles la cara. Por

unos segundos, no consiguieron tocarse. Eso fue lo que más me emocionó, creo. Verlos así, frente a frente, paralizados por el asombro.

Acabaron por besarse efusivamente y cruzaron unas cuantas palabras de cortesía. Yves quiso saber si el viaje no había sido demasiado cansado y Madeleine lo tranquilizó. Seguramente estaría exhausta más adelante, pero por ahora la adrenalina lo eliminaba todo. Se volvieron entonces hacia mí, como dos niños con un adulto de quien esperan una indicación. Era la historia de ellos. Les indiqué con una seña que iba a sentarme cerca. Hubiérase dicho que Yves había escogido este sitio ex profeso para mí. Podía acomodarme en la veranda, del otro lado de la cristalera, y observarlos sin estorbar.

85

Por increíble que parezca, Marie me mandó un mensaje en el preciso momento en que me estaba sentando. Era como si pusiera su benevolente mirada en lo que estaba viviendo. Daba señales de vida en el instante en que me hallaba ante la imagen del amor de toda una vida. ¿Había que ver en ello una señal? Qué remedio. No podía ver en ello sino un eco de los corazones.

Marie me preguntaba simplemente cómo estaba. Le conté lo que estaba viviendo. «Es increíble esa historia tuya. Me habría encantado fotografiar el momento del reencuentro entre esas dos personas...», me contestó entusiasmada. No lo he aclarado antes, pero Marie es fotógrafa. De hecho, fue en una de sus exposiciones donde nos conocimos. No quería hablar de mí en esta novela, pero ¿me queda ya otra alternativa?

No me apetecía nada ir a la inauguración de esa exposición. Así es siempre como ocurren los encuentros; cuando no tiene uno ganas de salir. Fui con un director que esperaba que adaptase al cine una de mis novelas. Cuando me propuso acompañarlo a esa galería, pensé que contribuiría a trabar una relación beneficiosa para nuestra futura colaboración. Pero nada ocurrió como esperaba. En cuanto llegamos, se apoderaron de él otros

conocidos y lo perdí de vista. El local constaba de muchas salas pequeñas y daba la sensación de que pasabas de un capullo de mariposa a otro. Dada la situación, pensaba echarles una ojeada rápida a las fotos por cortesía y volverme a casa. No sabía quién era la artista que exponía y me importaba poco. Nunca había valorado mucho la fotografía como arte (Marie me hizo cambiar de opinión, por supuesto) y deambulé entre los marcos con bastante indolencia.

Algo raro fue ocurriendo progresivamente. Foto a foto, me fui notando cada vez más atrapado en el trabajo de la artista. En un momento dado, me quedé clavado delante de una foto. Era un marco en el que estaba escrita la palabra «Sí». Sin poder explicarme por qué, me sentía conmocionado. ¿A lo mejor me turbó la pura expresión de la sencillez? Me quedé un rato leyendo y volviendo a leer el «sí», hasta el momento en que una voz sonó detrás de mí: «Su presencia es una grata sorpresa». Entonces me di la vuelta para descubrir a Marie. Antes de que pudiera contestarle, siguió hablando y diciendo que le había gustado mucho una de mis novelas. La primera impresión que tuve de ella era que encajaba con la versión humana del «sí». Me pareció feliz y radiante; muy lejos de la imagen del artista ansioso durante la inauguración de su exposición. Se lo comenté y me contestó: «Ah, esta noche no me juego nada. ¡Todo el mundo me va a decir que mi trabajo es estupendo! Incluso usted... Supongo que le ha gustado». Era difícil calibrar el grado de ironía que ponía en sus palabras, pero me encantó su forma de no tomarse en serio a sí misma. Entonces respondí a su pregunta señalando su foto con el dedo.

Sí.

Sí, me gustaba su trabajo, y sí, quería ver de nuevo a esta mujer. Era evidente. Aunque yo no solía ser el hombre más atrevido del mundo, le pregunté si estaba libre alguna de las próximas noches para que pudiéramos tomar algo. Me miró sin decir nada; luego, a su vez, alzó el dedo hacia el «sí».

En mi último cruce de mensajes que había tenido con Marie nos habíamos limitado a mencionar la idea de volver a vernos. No habíamos hablado de verdad de nuestras vidas. Me escribió que su nueva exposición comenzaba dentro de dos días y que contaba con mi presencia. Dos días, repetí mentalmente. Había llegado la víspera a Los Ángeles y eso me obligaría a volver a marcharme ya al día siguiente mismo. Era absurdo hacer un viaje tan largo para una estancia tan corta. Y no podía dejar a Madeleine aquí sola. Por no olvidar que tenía que escribir mi novela sobre ella. Esos datos se me mezclaron en la cabeza sembrando una confusión pasajera. No necesité mucho rato para contestar que me encajaba perfectamente porque volvía mañana y que nada me complacería más que estar a su lado en ese gran día para apoyarla.

Acababa de tomar mi decisión y el corazón me latía por esa decisión mientras seguía mirando a Yves y a Madeleine. Estaban absortos en una intensa conversación. Madeleine parecía alterada por lo que estaba oyendo y me pareció incluso que tenían los dos la cara algo crispada; no tenía ni idea de lo que podía estar diciéndole él. Madeleine volvió la cabeza dos o tres veces hacia mí para comprobar que seguía allí. Le respondí con un gesto amistoso. Como la charla se prolongaba, me puse a leer el *USA Today*. Me arrepentí de no haberme llevado el ordenador para escribir un poco mientras esperaba.

*

ANÉCDOTAS EMOCIONANTES
SOBRE KARL LAGERFELD (3)

Es posible que nos quedemos con la última imagen de un hombre. Cuando se piensa en Lagerfeld, vemos inmediatamente a ese hombre delgado, longilíneo. Una apariencia perfecta para convertirse en un esbozo. Nos olvidamos de que el creador tuvo sobrepeso durante unos años. Es raro, de hecho, volver a ver imágenes de aquella época. Por lo que se desprende de ellas (un control absoluto de sí mismo del que nada parece asomar, ni siquiera un arrebatado de mal humor), cuesta bastante

imaginar que ese hombre haya llevado adelante un combate contra su peso. Hasta el punto de haber dicho este magnífico aforismo: «Hacer régimen es el único juego en que se gana cuando se pierde». Había pues un juego, pero ¿quiénes eran los jugadores? Según lo que me había desvelado Madeleine de su personalidad, me daba la sensación de que se había tratado más bien de un espectáculo que brindaba a la corte de los comentaristas. Así, de forma espectacular, perdió cuarenta y dos kilos. Con él todo era cosa de leyenda. No podía permitirse la mínima mediocridad. Hubiérase dicho que había elaborado su régimen igual que una de sus creaciones. Era preciso que todo el mundo hablara de ello. A mí incluso me faltaba poco para pensar que había engordado solo para divertirse con la mirada con que todos y cada uno irían siguiendo su adelgazamiento. Escribió incluso un libro después. Ese genio del marketing convirtió su cuerpo en una imagen *bankable*. ¿Acaso no acabó por dibujar su silueta en las latas de Coca-Cola? Eso es lo fascinante de Lagerfeld: él fue su mayor creación.

*

Por fin me hicieron una seña para que me reuniese con ellos. Yves me echó el guante enseguida:

—Así que resulta que es usted el biógrafo de Madeleine.

—Sí. Escribo sobre ella.

—Hay mucho que decir, supongo. Y, si me necesita, puedo contarle algunas anécdotas interesantes.

—No, esas cosas te las puedes callar —dijo Madeleine sin conseguir sonreír; seguramente estaba afectada por el contenido de su conversación.

—Le he propuesto que fuéramos a comer a mi casa —siguió diciendo Yves—. Pero Madeleine tiene ganas de descansar. Cosa que entiendo perfectamente. Pueden pasar por allí más tarde. Mi piso está aquí al lado. No es muy grande, pero tengo unas vistas estupendas.

—Sí, vamos a hacer eso. Volvemos al hotel y lo llamo por teléfono dentro de un rato —dije, como un auténtico animador de un viaje organizado.

Se dieron un intenso abrazo, como si tuvieran miedo de volver a pasar cincuenta años sin verse. Propuse que tomásemos un taxi, pero a Madeleine le apetecía andar un poco. Yo estaba deseando interrogarla, claro, pero me di cuenta de que no era el momento. Con lo charlatana que solía ser, estaba callada. Inmediatamente antes de dejarla delante de su habitación, tuve que comunicarle que iba a cambiar mi billete de vuelta para regresar al día siguiente mismo. Me preguntó en el acto si tenía problemas. Mencioné entonces, y sin la menor entonación dramática, un asunto urgente que tenía que solucionar. Respetó mi aparente deseo de no querer decir nada más y no pareció preocuparla en absoluto la idea de quedarse unos días sola. Estaba claro que Yves se ocuparía de ella; y las cosas incluso irían mejor así, sin esa carabina literaria que era yo.

Una vez en mi habitación, descansé un rato. Al despertarme, estábamos a media tarde, es decir, a una hora muy avanzada en Francia. Llamé a Valérie para tenerla informada. Por primera vez, se puso furiosa. La tranquilicé diciéndole que todo iba estupendamente y que Yves era de lo más encantador. Pero según ella mi comportamiento era irresponsable: llevarme a su madre a la otra punta del mundo y dejarla sola allí. Y encima era una mujer enferma. A esto me permití reaccionar; nunca había visto a Madeleine en un estado de debilidad. Antes bien, siempre la había encontrado con ánimo vivaracho y dinámico. Valérie seguía increpándome: «¡Va a dejar a mi madre allí sola!». Me pareció entonces oír la voz de Patrick. Valérie le pidió que repitiera lo que acababa de decir y pude oír: «Lo que tenemos que hacer es ir nosotros». Las vacaciones escolares empezaban al día siguiente y él estaba en paro. Hacía tanto tiempo que no habían ido los dos de viaje. Y, si iban a buscar a Madeleine, volverían a encontrarse un poco más aún. Valérie se calmó al pensar en esa posibilidad; bien pensado, la noticia de mi marcha anticipada a lo mejor era una señal. Podrían intentar encontrar un vuelo para el sábado; tenían algunos ahorros; era el momento de sacarles partido. Los chicos ya eran mayores, estarían encantados de quedarse tranquilamente en casa.

Valérie me mandó un mensaje diez minutos después para comunicarme que habían encontrado billetes para el domingo. Podía avisar a Madeleine, a la que probablemente dejaría sorprendida el giro que estaban tomando los acontecimientos. Pero con todos los episodios improbables que llevaban ocurriendo desde unos cuantos días... A Valérie seguramente le resultaría conmovedor conocer al primer amor de su madre. A lo mejor vería en ello, como yo, una versión de *Los puentes de Madison* con final feliz. Una pasión, una separación, una frustración, pero al final un reencuentro. En la veranda, detrás de la gran cristalera que podría haber sido una pantalla, esta mañana pensé que Meryl Streep había recuperado a Clint Eastwood.

Propuse pasar a verlos el sábado, nada más llegar a París, para contarles los detalles de la historia. Era mi coartada para ver a toda la familia Martin seguramente por última vez. Le había insistido a Valérie para que sus hijos estuvieran presentes, pero tenía dudas de que Lola aceptase verme. Le había mandado una foto de su abuela frente al Pacífico (un nombre simbólico para reconciliarse), pero no me había contestado. A mí seguramente se me daban mejor las personas de edad. Eso se debía a una sensación que había tenido siempre: la de haber nacido viejo. A decir verdad, era algo más que una sensación, puesto que la vida me lo había demostrado: en la adolescencia padecí una enfermedad del corazón que solo suele darse en la tercera edad o en la cuarta. Me tuvieron en observación, me miraron por todas las costuras como a un ejemplar médico excepcionalísimo. No queda más remedio que creer que la vejez me corre por las venas. Pero esa es otra novela.

A última hora de la tarde, Madeleine llamó al teléfono de mi habitación. Me estaba esperando en recepción. Me reuní con ella enseguida. Antes incluso de mencionar su conversación con Yves, le anuncié que su hija llegaba el domingo. Comentó en el acto: «Podría haberme quedado sola perfectamente». Me dio la impresión de que le había molestado que organizásemos una especie de relevo que la metía en una condición de persona asistida.

—Patrick y Valérie han aprovechado la ocasión.

—¡Anda, también viene él! —reaccionó Madeleine, sorprendida. Llevaba mucho sin verlos juntos. Dejando aparte los cumpleaños. Evité contarle lo de las cortinas quemadas y el despido. Bastantes peripecias había vivido ya en las últimas horas.

Salimos del hotel para descansar un poco, buscando un banco frente al océano.

—He avisado a Yves de que nos veríamos mejor mañana por la mañana —empezó a decir.

—Muy bien.

—Con el desfase horario no tengo las ideas muy claras. Y seguramente necesitaba digerir todo lo que nos dijimos.

—¿Quiere hablarme de ello?

—Sí, se lo voy a contar.

Dejó sin embargo que reinase el silencio después de esta última frase, hasta que encontrásemos el sitio ideal para las confidencias.

Pocos minutos después estábamos sentados. Comenzó entonces a contar aquello de lo que se había enterado. Sin más preámbulos, me dijo: «Es homosexual». Dejé pasar un momento: esa hipótesis se me había ocurrido. Ahora parecía algo evidente. Madeleine repitió varias veces que le había faltado lucidez. ¿Quizá fue por la época? ¿Porque no sabía gran cosa de la vida? Y además ese tema nunca se había mencionado con Yves. A ella su vida sexual le parecía de lo más satisfactoria, pero no contaba con nada para comparar ni para entender a un hombre. Así que era ese su malestar vital. Era feliz con Madeleine, pero notaba perfectamente hasta qué punto se movía dentro de una mentira en su relación consigo mismo.

Yves se lo había contado todo del modo más sincero posible, a riesgo de resultar brusco. La verdad es que podría haber omitido decirle que durante la relación con ella había tenido otras con hombres. Muy a menudo con hombres casados y padres de familia. Al igual que ellos, había pensado que podría adaptarse a una doble vida. Tanto más cuanto que sus sentimientos por Madeleine eran profundos. Podría haber tenido una vida conyugal clásica y una vida sexual paralela. Por eso había aceptado la idea del matrimonio. Pero algo le había impedido continuar por ese camino. No

podía mentirse hasta ese punto y traicionar a la mujer a la que quería. Había intentado varias veces hablar con ella, pero las palabras se negaban a salir de su boca. Al final de la relación había caído enfermo. A Madeleine se le había olvidado ese episodio por haber sumergido toda esa temporada en una niebla de la que había que huir. Pero Yves se había pasado varias semanas en la cama con una fiebre que no se le iba. Su cuerpo padecía por lo que no podía decir.

Tenía que escapar. Por supuesto, ya suponía que Madeleine se quedaría destrozada, como también lo estaba él. Y sabía lo espantoso que era por su parte dejarla así, sin entender nada. Pero la confesión se le quedaba por dentro de forma irremediable. Le daba miedo que, después de la revelación, ella considerase el amor de ambos como una mascarada. Al callarse, no pisoteaba su común belleza: tal era su esperanza. Pero lo había hecho mucho peor al dejarla así, en el pasmo del silencio. Engendró en ella un malestar que llegó incluso a darle ganas de morir. Ahora se percataba con claridad; y le rogaba que entendiese que eso era lo único que había podido hacer. Entonces fue cuando se abrazaron antes de indicarme que fuera a reunirme con ellos.

A mí me emocionaba el tono reposado de Madeleine. Le hacía feliz poder al fin poner palabras al abandono que llevaba toda la vida obsesionándola. Yves había querido contárselo todo cuando regresó a París años más tarde, pero ella se negó a verlo. Esa explicación salió mal. Madeleine precisaba algún tiempo para asimilar esta nueva luz sobre su pasado, pero estaba claro que volver a encontrarse los hacía felices; estaban felices y asombrados con el giro que había tomado el destino.

Ya puedo decirlo: Madeleine se quedó todo un mes en Los Ángeles. Y la separación iba a durar poco, pues Yves iría a visitarla a París el siguiente verano. Cenamos juntos los tres. Seguirían contándome episodios de su pasado, pero yo había terminado ya de escribir mi novela. A lo mejor Madeleine iba perdiendo progresivamente la memoria, pero por ahora yo la

veía rebosante de lucidez y de bríos. ¿Y si esta aventura hubiera despertado en ella «la parte que le faltaba a su memoria»? Podría hablarse también de cierto poder de la literatura. No lo sé. Todo cuanto sé es que Yves, cuando estábamos en plena cena, le declaró que ella había sido el gran amor de su vida.

90

Por lo pronto, era de madrugada y yo acababa de aterrizar en París. Cogí un taxi para ir a casa de los Martin. No tenía ni idea de qué iba a pasar ni de quién iba a recibirme. Me quedé asombrado al encontrarme con toda la familia, que me esperaba sentada a la mesa para el desayuno.

Para mayor sorpresa mía, el primero en hablar fue Jérémie: «Desde que entró usted en nuestra familia, mis padres vuelven a quererse, mi hermana está depre, mi abuela se ha ido a Los Ángeles y yo me he vuelto popular. ¿Cuál es exactamente su proyecto?». La pregunta final se parecía a la de Lola, aunque mucho menos agresiva. Y no creo que exigiera una respuesta, se trataba más bien de dejar constancia. Pese a todo, no entendía esa historia de popularidad. «Estoy que no me lo creo...», repitió enseñándome su móvil. Pude ver entonces un vídeo con más de 100.000 reproducciones. Sí, había visto bien la cantidad. Y Valérie lo confirmó: «Es una completa locura...».

Esto era lo que estaba pasando. El día que lo despidieron, Patrick les contó a sus hijos lo que había ocurrido. Como una reunión familiar de crisis. Les contó con detalle las humillaciones padecidas y la violencia psicológica que soportaba en su trabajo. Aunque todo eso ya había quedado esbozado durante nuestra primera cena juntos. Jérémie y Lola tuvieron al fin la impresión de entender el comportamiento cada vez más introvertido de su padre. A todos les sentaba bien ponerle palabras a una situación confusa. Patrick, entregado por completo a la nueva energía que liberaba, no vaciló en contar el episodio de las cortinas ante la mirada perpleja de sus hijos, que consideraron ese acto como de puro heroísmo. Poco importaban

las consecuencias. Aunque Patrick había perdido su trabajo, se había ganado la admiración total de sus hijos.

Una hora después, Jérémie subió un vídeo a las redes sociales diciendo lo orgulloso que estaba de su padre, que se había insubordinado contra el acoso. Y añadió a esa entrada dos *hashtags*: #SoyPatrickMartin y #BalanceTonPatron.[26] Era en cierta forma la versión para asalariados del #MeToo. El vídeo enseguida tuvo muchísimas más reproducciones hasta alcanzar resultados impresionantes. Empezaron a llegar numerosísimos testimonios de asalariados. Todos mencionaban las violencias que padecían en el entorno laboral. Al sentirse unidos, hallaban valor para contarlo todo; ahora que se habían viralizado, corrían muchos menos riesgos. Era la liberación de la palabra de los empleados.

En menos de dos días se podía hablar ya de un fenómeno. Varios periodistas intentaban entrar en contacto con el adolescente que había dado pie al movimiento, así como con su padre. Y la cosa no se iba a quedar ahí. El movimiento iba a crecer tanto que a la compañía de seguros no le iba a quedar otro recurso de volver a admitir a Patrick; y largar a Desjoyaux, por supuesto. Así que la modernidad y sus medios de comunicación podían tener su lado bueno. Pero hubo una consecuencia: la notoriedad de una historia consigue también que se te pegue como una lapa. Durante años, cuando Patrick iba a ver a un cliente, le preguntaban sistemáticamente, con una sonrisita: «¿Y qué le parecen nuestras cortinas?».

Aunque había aceptado estar presente, Lola evitaba mirarme. Pero yo la notaba mucho menos agresiva. Se le iba difuminando el resentimiento contra mí. Reconocía que yo no era responsable del cambio de opinión de Clément. Y, además, sus dudas estaban justificadas. Había empezado a salir en el acto con otra chica. Lola me había mandado a un territorio explosivo intentando desactivar al adolescente menos de fiar que darse pueda. No solo no había sido una historia emocionante, sino que me entristecía caer en la cuenta de que seguía siendo la única relación de Lola con mi novela. Ella

era la asignatura pendiente que más lamentaba. Pero a lo mejor regresaba un día para volver a escribir sobre los Martin y entonces ella sería mi prioridad. ¿Qué llegaría a ser? Todo porvenir es una novela aún en blanco.

92

Ya era hora de separarse. Por supuesto, podía continuar siguiéndolos, pero no me gustan los libros que pasan de las trescientas páginas. Era razón suficiente para establecer una pausa en nuestra relación. Nos separamos de forma más bien afectuosa y, al final, todos me dieron las gracias. En el descansillo, di media vuelta. Quería inmortalizar este momento con una foto. Accedieron muy amables a mi última voluntad. Sentados los cuatro en el sofá del salón, intentando sonreír con naturalidad, observaba a mis protagonistas.

LA FAMILIA MARTIN

Epílogo

1

Intenté dormir un rato por la tarde para estar en forma, pero fue inútil. La excitación impedía cualquier posibilidad de relajar la consciencia. Iba a volver a ver a Marie y el contexto, la inauguración de una exposición, era ideal. Remitía a cuando nos conocimos con un eco estremecedor. Y quedaba absolutamente redondo.

2

Había intentado recabar información sobre su nueva exposición, pero no aparecía nada en internet. Durante años lo habíamos compartido todo; ella lo sabía todo sobre cómo progresaban mis novelas y yo observaba con efervescencia cómo se gestaban sus proyectos. Me gustaba la idea de que vivíamos vidas de creación paralelas sin que por ello estuviéramos en el mismo terreno. Ella, las imágenes; yo, las palabras. Ahí había como una complementariedad artística. Admiraba su capacidad para renovarse, para buscar continuamente nuevas ideas. Cuánto añoraba su vivacidad.

Que me hubiera invitado a la inauguración era un síntoma de lo más positivo. Había precisado: «Me gustaría que vinieras». Es un acontecimiento muy importante para ella; pese a la separación, hay momentos que no se pueden vivir el uno sin el otro.

Me suponía un alivio que el reencuentro ocurriera en ese contexto. Creo que habría resultado intimidante volver a vernos, después de tanto tiempo,

en un café. Sentado hay que rendir mucho más que de pie. Y, además, ¿qué horario hubiéramos escogido? Una comida resulta muy fría, me parece. Un café por la tarde, peor aún. Una copa al final del día estaba muy bien, pero era menos comprometedor que una cena. Al invitarme a la inauguración, se evitaba ese problema del horario. Íbamos directamente al placer de volver a vernos. Pero qué inquieto me sentía al pensar en lo que iba a suceder. Nunca había notado esta impresión de estar quedando por primera vez con una mujer de la que ya estaba enamorado.

3

Cuando llegué, había mucha gente. Me quedé un momento en la acera de enfrente, observando la gran galería a través del escaparate. Esperaba a que Marie surgiera de entre la muchedumbre de invitados. Eso fue lo que ocurrió al cabo de unos minutos; apareció su cara entre dos hombros. Todo el mundo le hablaba, la acaparaba, pero yo tenía la esperanza de que me estuviera esperando. Qué intenso era volver a verla, saberla tan cerca, y mi emoción se superponía a la imagen de Yves y Madeleine detrás de la cristalera. Otra vez estaba en la posición de espectador, pero esta vez tenía que entrar en la película. Tenía un papel que interpretar.

4

Ya dentro, deambulé entre las fotos. La tonalidad del trabajo era aún más jubilosa que de costumbre. Y no sin motivo: su exposición se llamaba «La felicidad». Había intentado captar instantes de alegría acá o allá. Una de las fotos representaba a una familia de cuatro personas deshaciéndose en sonrisas en el sofá de su salón; no pude por menos de acordarme de la foto que acababa de hacerles a los Martin. Otra vez había un eco entre el arte y la vida.

Al cabo de un momento pude por fin abrirme camino hacia Marie. Nos saludamos afectuosamente con un par de besos, aunque pensar en besarla así me hubiera enfriado por completo. Nuestra conversación fue inmediata

y fluida, y Marie volvió a decirme cuantísimo le agradaba mi presencia. Pude darle la enhorabuena, pero enseguida se le vinieron encima otras personas. Solo tuvo tiempo de preguntarme: «¿Te quedas un rato?». Le dije que sí por señas. Me quedaba un rato y, seguramente, más aún.

Sí, más aún. Qué intenso era volver a verla. Había conseguido parecer relajado, ocultar los leves temblores del cuerpo. Ya no podía mentirme a mí mismo: llevaba meses sin dejar de esperar y de inventar este momento. La novela de nuestro reencuentro era la salvedad a mi falta de imaginación. Tenía a veces largas conversaciones fantásticas con Marie. Y resultaba que allí estaba ahora, a pocos metros de mí. Si me dejaba volver a su lado, ¿qué íbamos a hacer? Soñaba con que pudiéramos irnos otra vez de viaje. El destino daba igual. Ahora todo iba a ser diferente. Al carearme con los Martin había captado mejor la medida del paso del tiempo y la urgencia de lo esencial. Había entendido que la vida es el antídoto más poderoso de la ficción. Quería coger a Marie de la mano y, sencillamente, experimentar lo real.

5

Al cabo de una hora había algo menos de gente en las diversas salas de la galería. Estaba frente a una foto cuando oí la voz de Marie detrás de mí. Exactamente igual que en nuestra primera vez. Tanto me gustó ese paralelismo que me di la vuelta despacio. Pero entonces vi a un hombre a su lado:

—¿Te sigue gustando?

—Sí, sí.

—Quería presentarte a Marc.

—Hola...

—Qué tal...

Nos estrechamos la mano y Marc puso la excusa de que tenía que hacer una llamada para dejarnos solos.

—¿Quién es? —pregunté.

—No quería decírtelo en un mensaje, pero conocí a Marc hace unos meses.

—¿Eres feliz? —conseguí articular.
—Sí. Estamos viviendo juntos.
—¿Ya?
—Todo ha ido muy deprisa, y...
—¿Y qué? ¿Estás embarazada?
—Sí.
—...
—No sabía cómo decírtelo.
—Ahora entiendo mejor esta serie sobre «la felicidad».
—A lo mejor.
—Enhorabuena. Te deseo que seas muy feliz —dije, intentando disimular mal que bien lo que de verdad sentía.
—En cualquier caso, de verdad que me gusta mucho que hayas venido.
—Faltaría más. No podía perderme esto. Pero ahora tengo que irme...
—¿No quieres quedarte a tomar algo?
—No, estoy agotado con el desfase horario.
—Ah, sí..., la historia esa de una abuela, estoy deseando que me la cuentes.

Así que nos dimos un beso y me fui de la galería. Ya en la calle, leí por última vez el título de la exposición:

LA FELICIDAD

6

Habría preferido que mi libro acabase de otro modo, pero así son las cosas. Me sentí ridículo por haber podido creer en algo diferente. Fui andando en la oscuridad para volver a casa y pensé por un momento en llamar a Valérie para contarle mi desilusión. Pero no había gran cosa que decir. Me había montado una novela en la cabeza. Marie y yo solo habíamos cruzado unos mensajes amistosos y ella me había dicho que le gustaría que fuera a la exposición esta noche. Y nada más. Era bonito. Y yo había tejido una nueva historia entre nosotros. En el fondo, quizá era la señal de que era capaz de volver a la ficción.

FIN



Título original: *Le famille Martin*

Edición en formato digital: septiembre de 2021

© 2021, David Foenkinos

Autor representado por The Ella Sher Literary Agency, www.ellasher.com

© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2021, María teresa Gallego Urrutia y Amaya García Gallego, por la traducción

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Ilustración de portada: © David de las Heras

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-204-6055-0

Composición digital: MT Color & Diseño, S.L.

Facebook: PenguinEbooks

Facebook: AlfaguaraES

Twitter: @AlfaguaraES

Instagram: @AlfaguaraES

Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

Con más de tres millones de lectores y quince premios literarios (entre ellos el Renaudot y el Goncourt des lycéens), David Foenkinos vuelve con una novela sobre la inspiración y las inesperadas posibilidades de la vida.

«Uno se enamora de las letras de Foenkinos como lo hace de su primer amor.»

Zenda



Un escritor inmerso en un bloqueo creativo decide llevar a cabo una acción desesperada: el tema de su próxima novela será la vida de la primera persona que se encuentre por la calle. Así entra en su vida Madeleine Tricot, una anciana encantadora dispuesta a hablarle de sus secretos y

heridas: del matrimonio y la viudedad, de su trabajo como costurera para Chanel durante la época dorada de Karl Lagerfeld, de la dispar relación con sus dos hijas. Valérie, la mayor de ellas y que vive en el mismo barrio, duda de las intenciones de este escritor, pero decide que puede ser una buena terapia para su madre. Y no solo eso: para que pueda continuar con su tarea, exige al escritor que la incluya a ella en la historia que está esbozando, así como a todos los miembros de su familia, la familia Martin, atravesada tanto por el amor como por el agotamiento de la rutina.

Poco a poco los hilos de todas estas historias se van enredando en una madeja de recuerdos, anhelos, rencores, emociones que parecían perdidas y otras que, con suerte, pueden ser recuperadas.

La crítica ha dicho...

«David Foerkinos está en su mejor momento y así lo demuestra con este libro temerario que incluye sus temas favoritos. Una novela llena de frescura.»

Olivia de Lamberterie, *Elle*

«Una comedia increíble y hábil al más puro estilo Foerkinos.»

Bernard Pivot, *Le Journal du Dimanche*

«La más foerkiniana de todas sus novelas, ingeniosa y magníficamente escrita: una obra singular, ajena a todas las corrientes de la literatura francesa actual. Su estilo rezuma un optimismo incorregible. Una novela brillante.»

Didier Jacob, *L'Obs*

«A través de los personajes de su nueva y encantadora novela, inspirada en personas anónimas a las que entrevistó, Foerkinos se abre como no lo había hecho antes. Una apuesta arriesgada, pero acertada.»

Gilles Chenaille, *Marie Claire*

«Una grata sorpresa: alegre, chispeante y vivaz, pero a la vez melancólica y, sobre todo, llena de piruetas, intercambio de papeles y humor.»

Marianne Payot, *L'Express*

«Muy emocionante y terriblemente bien escrito.»

Nagui, *France Inter*

La crítica ha dicho del autor...

«David Foerkinos es uno de los novelistas europeos más interesantes de la

última década [...], tocado por un formidable don de la invención, sumado a ello un oído perfecto para elegir el mejor sistema estilístico.»

J. Ernesto Ayala-Dip, *Las Provincias*

«Foenkinos apetece mucho.»

Susana Quadrado, *La Vanguardia*

«David Foenkinos ha cambiado tantas veces de registro que sus lectores ya se han hecho al hábito de descubrir a un escritor diferente en cada nuevo libro.»

Telmo Avalle, *Zenda*

«Foenkinos, como Gavalda, como Barbero, consigue ofrecer al lector un poco de oxígeno, de optimismo, en tiempos especialmente sombríos, cargados de preocupación por lo material y donde urge un cambio de valores.»

Emma Rodríguez, *El Mundo*

«Trato de encontrar un equivalente en España de un autor de estas características, moviéndose entre la prosa anestésica y la inventiva más inesperada y no lo encuentro.»

J. Ernesto Ayala-Dip, *Qué Leer*

David Foenkinos nació en París en 1974. Licenciado en Letras por la Universidad de la Sorbona, recibió también una sólida formación como músico de jazz. Entre sus novelas, acogidas con entusiasmo por los lectores y la crítica en todo el mundo y traducidas a muchos idiomas, destacan *El potencial erótico de mi mujer* (Premio Roger-Nimier 2004), *En caso de felicidad* (2005), *Los recuerdos* (2011), *Estoy mucho mejor* (2013) y, sobre todo, *La delicadeza* (2009), que fue merecedora de diez galardones y finalista de los premios literarios más prestigiosos en Francia, como el Goncourt, el Renaudot, el Médicis, el Femina o el Interallié, y que posteriormente fue llevada al cine por el propio autor y su hermano Stéphane. En 2010, Foenkinos, melómano y fan incondicional de John Lennon, decidió publicar una singular biografía novelada, *Lennon*, con la que Alfaguara inició en 2014 la publicación de su obra. En 2015 fue galardonado con los prestigiosos premios Renaudot y Goncourt des Lycéens por *Charlotte* (Alfaguara, 2018), un libro único que rescató del olvido a la pintora Charlotte Salomon. Tras el éxito de *La biblioteca de los libros rechazados* (Alfaguara, 2017), adaptada al cine, Alfaguara ha publicado también *Hacia la belleza* (2019) y *Dos hermanas* (2020).

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En [Penguinlibros.club](https://penguinlibros.club) encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



[Penguinlibros.club](https://penguinlibros.club)



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

Notas

[1] Desde luego, saliendo a la calle en el distrito XVII de París a las diez de la mañana tenía pocas probabilidades de toparme con una gogó.

[2] Esta historia me recuerda al director Claude Lelouch, que ha contado muchas veces cómo su madre lo dejaba días enteros en la oscuridad de las salas de cine durante la Ocupación y que así fue como nació su vocación.

[3] Es lo que se llama un aptónimo: cuando un nombre tiene un sentido relacionado con la persona que lo lleva. En internet se encuentra toda una lista de aptónimos famosos que van del bailarín Benjamin Millepied al filósofo Robert Grossetête.

[4] Aunque bien es cierto que aparece justo al lado de una gestora de cuentas del banco BRED.

[5] Lo que ella no sabía es que, en realidad, no me gustaba nada describir físicamente a mis personajes.

[6] Es increíble lo bien que les queda el blanco y negro a algunas situaciones; subraya un acontecimiento que carece de color.

[7] Como estaba previsto, en cuanto notaba que la tensión narrativa bajaba o que mis personajes no me ofrecían nada que permitiese alimentar el interés del lector, recurría a Karl Lagerfeld.

[8] Mi cara era un libro abierto. En la página del desenlace.

[9] Cada acontecimiento de nuestra vida podría asociarse a una tonalidad líquida; hay momentos zumo de limón y momentos vodka con cereza. Esa mañana, por ejemplo, me sentía bastante entusiasmado con mi proyecto, un ambiente de lo más zumo de papaya.

[10] Frase para meditar sobre ella más adelante.

[11] Y no solo eso, de hecho: había sido buen hijo, buen ciudadano, buen marido, buen padre; en resumen, tenía marcadas todas las casillas del hombre que está a punto de estallar.

[12] Habíamos pasado al tuteo justo antes de que trajeran las berenjenas gratinadas.

[13] Lo mismo sucedía con Souchon y el sushi.

[14] Nunca había visto tanta falta de adecuación rítmica entre la forma de andar y la de hablar.

[15] Es quizá en mis relaciones con las mujeres donde soy novelista por completo.

- [16] Aunque la amistad exista mucho menos de noche.
- [17] Otra metáfora un tanto semejante que usa Albert Cossery en *Una conspiración de saltimbanquis*: un piojo en el reino de los calvos.
- [18] Este *hashtag*, que literalmente significa «manda tu cerdo a la mierda», se utiliza en publicaciones de rechazo a las relaciones de pareja machistas. (*N. de las TT.*)
- [19] Referencia a la película dirigida por Jean Yanne *Tout le monde il est beau, tout le monde il est gentil* (1972). (*N. de las TT.*)
- [20] Pari Mutuel Urbain: empresa francesa de apuestas hípcas que también ofrece la posibilidad de apostar y jugar al póquer en línea; los despachos se encuentran en bares. (*N. de las TT.*)
- [21] A algunas personas preparar una maleta les lleva casi más tiempo que el viaje en sí.
- [22] Decisión absurda: la carne y el pescado saben exactamente igual en las bandejas de los aviones.
- [23] Era exactamente lo que había hecho Alfred Hitchcock. A lo mejor René se había inspirado en él. Durante una travesía del Atlántico con el mar muy picado, Alma, su futura esposa, se retorció de dolor. El realizador aprovechó entonces para preguntarle: «¿Quiere casarse conmigo?». Más adelante, le confesó: «Pensé que tenía que pillarte por sorpresa cuando estabas demasiado débil para decir que no».
- [24] Podría incluso hablarse de una ciudad en una tumbona.
- [25] A los lectores que sienten simpatía por Patrick y les ha gustado su loco coraje, puedo tranquilizarlos desde ahora. Las cosas no irán ni mucho menos como él se imagina.
- [26] Este *hashtag* está basado en #BalanceTonPorc (véase la nota de la página 149) y significa literalmente «manda a tu jefe a la mierda». (*N. de las TT.*)

Índice

La familia Martin

Epílogo

Créditos

Sobre este libro

Sobre David Foerkinos

Notas